

me ire caminando  
por la calle  
como quien va al almacén  
a comprar algo  
antes que se sequen los abrazos  
de mis brazos

y que  
olvide  
la forma  
que tenía la ternura.

desde el ancho camino  
habitado de ausencias  
vengo  
hasta tus ojos de paloma  
con los brazos abiertos  
en interminables andenes  
pesada la cabeza  
de estrellas y de luna  
hacia tu hombro  
de árbol y  
de nido  
que espero y  
que espera  
siempre.

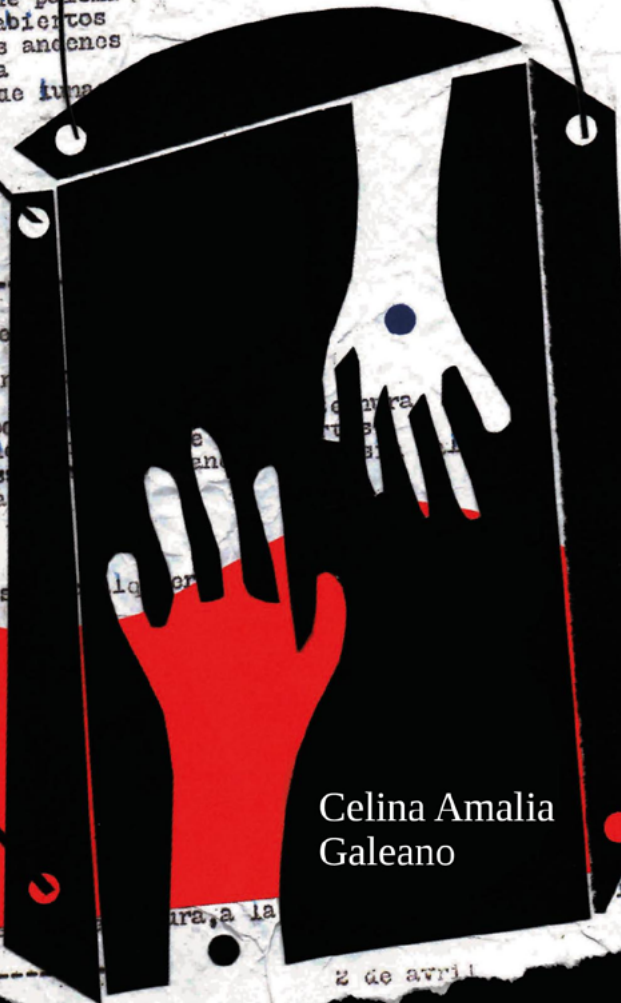
cuando ya nadie  
me ama  
ni reclama mi  
ningún niño  
cuando sea dep  
cuando vea rod  
que me pasas  
buenas palabra  
yo

estarás  
esp

y c  
sea  
por  
ne  
ser  
el  
vez  
no  
tic  
para siempre

# Los Versos Salvados

Celina Amalia Galeano



LIBROS DE INTERÉS SOCIO COMUNITARIO



CONCEJO  
DELIBERANTE  
de General Pico



EdUNLPam  
Universidad Nacional de La Pampa

2 de abril



---

# **LOS VERSOS SALVADOS**

---

Autora:

Celina Amalia Galeano

Artista Plástico:

Rodolfo Torres

Introducción:

María Fernanda Galeano - H.I.J.O.S. La Pampa

Galeano, Celina Amalia

Los versos salvados / Celina Amalia Galeano. - 1a ed revisada. - Santa Rosa: Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa; General Pico: Concejo Deliberante de la Municipalidad de General Pico , 2022.

Libro digital, PDF - (Libros de interés socio comunitarios/3)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-863-467-2

1. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

## LIBROS DE INTERÉS SOCIOCOMUNITARIO

### **LOS VERSOS SALVADOS**

*Autora: Celina Amalia Galeano*

*Imagen de Tapa: "La hoja salvada" (collage), de Rodolfo Torres, 2016.*

Noviembre 2021, Santa Rosa, La Pampa

Revisión de estilo: Nadia Muñoz

Diseño y diagramación: Florencia Mirassón. Dpto. Diseño - UNLPam

ISBN 978-950-863-437-5

© Cumplido con lo que marca la ley 11723

La reproducción total o parcial de esta publicación, no autorizada por los editores, viola los derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

### CO-EDICIÓN

EdUNLPam - Año 2021

Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG

SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

Concejo Deliberante de General Pico

Calle 24 esquina 13 - CP 6360



#### **UNLPam - AUTORIDADES**

Rectorado: Nilda Verónica Moreno



#### **EdUNLPam - AUTORIDADES**

Presidenta: Yamila Ethel Magiorano

Director de Editorial: Rodolfo Rodríguez

#### **Consejo Editor de EdUNLPam**

Gustavo Walter Bertotto

María Marcela Domínguez

Victoria Aguirre

Ana María T. Rodríguez / Stella Shmite

Carla Suárez / Elke Noellmeyer

Lucía Colombato / Rodrigo Torroba

María Pía Bruno/ Laura Noemí Azcona

Alicia María Vignatti/ Silvia Bast

Mónica Boeris/ Ricardo Tosso

Griselda Cistac / Patricia Lázaro



#### **Concejo Deliberante de General Pico - AUTORIDADES**

Presidente: Daniel Alberto López

Vicepresidente Primero: Héctor Viola

Vicepresidente Segundo: Marcelo Capellino

Secretario: Mario García



# Índice

---

Introducción. María Fernanda Galeano - H.I.J.O.S. La Pampa .....	11
Hoja Salvada .....	19
Los versos salvados en la memoria .....	21
Antes del allanamiento .....	23
Coplas.....	23
Chaplin.....	24
Recuerdo de La Villa de Merlo Norte .....	24
Sobreviviente.....	27
Allanamiento.....	27
A Víctor Jara .....	27
Maternidad en Campo de Mayo.....	29
El sople divino .....	29
El alma .....	29
El regazo .....	30
La despedida .....	30
Hermanos .....	30
Para mis hijos.....	30
Los callados .....	33
Comisión Interamericana de Derechos Humanos .....	35
La cita .....	37
Elegía para un día de verano.....	41
Juego de niños .....	43
La Escondida.....	45
La Mancha .....	45
Bautismo de vuelo.....	45
Poliladrón.....	46
Antón pirulero.....	46
El Gallito Ciego .....	47
Barriletes .....	48

Exilio.....	51
Chacarera del exilio .....	51
Documento de exiliada .....	52
Censura .....	53
La siembra .....	54
Una historia .....	56
Madres de la Plaza .....	59
Madres de la Plaza.....	59
Las llamaron locas.....	59
A mi madre .....	61
Para mis hijas mocitas (París, 1981).....	63
Navidad del 82 .....	64
A Víctor Jara II.....	65
A mi hermano Julio, desaparecido en el 77.....	66
El regreso, busco tu corazón... ..	67
Regreso al Valle de Río Negro y Neuquén.....	69
Recuerdos de Montevideo. Verano del 99 .....	71
Playa de Sta. Lucía del Este .....	72
“Solo venimos a soñar aquí en la tierra, a dejar unos manuscritos iluminados” .....	73
Siembra II .....	73
Río de la Plata .....	73
El chaleco nuevo .....	76
Aduana.....	77
El viaje.....	77
Tema: el Miedo .....	78
Ríomar .....	79
Suelta de versos .....	81
Suelta de versos .....	83
Prosa Poética.....	91
El fetiche .....	93
La noche.....	93



El despertar .....	93
Nocturno .....	94
Latidos .....	94
Recuerdos de Chile .....	94
Ocaso .....	94
La masa .....	94
Elegía campesina .....	95
Los que no regresan .....	95
Espantapájaros .....	96
Domingo .....	96
Cuentos.....	97
Palabra allanada.....	98
Tregua.....	122
Un mago en la ciudad .....	124
Panaderos.....	127
El almanaque .....	131
Ayer, hoy.....	132
Barrio .....	134
El viaje de un pato.....	135
La pasión de Juan.....	140
La mosca.....	145
El sol de la siesta .....	145
Campo del Cielo (Chaco argentino).....	146
Casa tomada por escritores.....	148
Juan, la escuela y su pasado.....	148
Regreso al ayer.....	157



# Introducción

---

Lo que nos constituye como seres pensantes y sintientes tiene mucho que ver con hechos que nos superan y nos preceden. Estamos moldeados por una época, un contexto social, familiar e individual. Vivimos en permanente transformación. A medida que sumamos diferentes herramientas de análisis de nuestra realidad, cambiamos, y cada cambio individual también tiene un impacto que nos supera desde lo individual a lo colectivo.

El libro *Los versos salvados* de Celina Galeano, mi madre, es un reflejo de nuestra historia familiar, en un contexto determinado, que la hace relevante porque es parte de la historia de todos y todas también. Al compartirla, ya forma parte de nuestra historia colectiva, con la idea de construir una memoria activa que no está anclada en el pasado. Confiando siempre en el poder sanador de la palabra.

Entonces, es mi intención contar parte de esta historia que, como dije antes, me supera y me precede. Una historia que tengo la suerte de poder contar, no solo por tener la vida, sino por tener la posibilidad de construir mi identidad a partir de relatos, miradas, caricias, canciones, mimos y vínculos cargados de amor, porque puedo mirarme en los ojos de mi madre, hermanas, hermanos, primas, primos, abuela... ¡sigue la lista!

Esta es parte de esa historia, quizá mi versión...

Corría el año 50, por ahí, mi mamá tenía unos 26 años, casada, ya con cuatro hijas, vivía en la comodidad de la burguesía. Un día, en el club de tenis de Olivos, leyó una poesía de Oscar Hermes Villordo:\*

## ***En Huancayo, Perú***

*En Huancayo, Perú, hay una casa.*

*Y en la casa hay un hombre.*

*No sé las señas ni sé el nombre  
de la casa y el hombre.*

*Apenas visto, apenas entrevista,  
les diré lo que pasa.*

*En Huancayo, Perú, perdónenme que insista.*

Me dijeron, y es cierto,  
que en la casa, un viejo restaurant,  
cuando se queda el comedor desierto,  
los niños de Huancayo comen pan.  
Todos los niños pobres, los que tienen  
hambre y ensayan ya, como un mendigo  
hecho de muchas manos,  
el gesto del castigo  
de ser la humanidad de donde vienen,  
de estar entre los hombres, sus hermanos.  
Los he visto parados en la calle  
ante la puerta misericordiosa.  
Para que el hambre no los halle,  
se ocultan en la sombra,  
se hacen guiños.  
Brilla la oscuridad como una rosa.  
El hombre dice: «Entra, si puedes».  
Y el hambre no se asombra.  
El hambre hermoso de los niños  
por la maldad de ustedes.

*Entonces entran, comen.  
Saltan entre las ollas con el salto  
del pajarito en el asfalto,  
del pajarito solo en la ciudad.  
Los que se asomen,  
verán la cara de la caridad.  
Yo no he visto otra cara.  
No sé las señas ni sé el nombre  
de la casa y el hombre.  
Tampoco el hombre preguntaba  
si el hambre es mucho o poco.*

*Les digo esto para  
que dejen sus corteses modos:  
el hambre de los niños es la maldad de todos.  
Si quieren más, yo estaba ahí, miraba.  
Me comía mis lágrimas, la parte que me toca.*

A partir de ahí, empezó a cuestionar su realidad.

Por otra parte, mi tío, Julio Eduardo Galeano, se fue a Tucumán a estudiar Derecho. Como estudiante, presencié el juicio realizado a militantes de organizaciones político-militares FAR, ERP y Montoneros que, después, en la madrugada del 22 de agosto de 1972, fueron asesinados en la Base Aeronaval Almirante Zar, en Trelew, por integrantes de la Armada Argentina. Otros tres sobrevivieron para contar los hechos, aunque fueron desaparecidos durante la última dictadura. En ese juicio, la mirada de una de las acusadas lo conmovió. Con el tiempo, se comprometería en una lucha, en un comienzo estudiantil, que lo uniría a mi padre, Osvaldo Balbi. Poeta, escritor y periodista. También militante que inició viajes al norte argentino desde muy joven con Cristina, su primera esposa, y madre de su hija, Carolina. En Tucumán, realizaba una investigación sobre la situación de los ingenios azucareros que, desde 1967, empezaron a dejar miles de obreros desempleados por la creación de COT (Comité Operativo Tucumán), que buscaba reemplazar a los ingenios por otras industrias azucareras.

Estos hechos aislados no son casuales; en el mundo y Latinoamérica, empezaba a generarse un movimiento, una energía diferente. Se empezaron a escuchar nuevas voces, ideas que debilitaban las bases de un sistema sustentado en la desigualdad social.

Movimientos culturales, intelectuales, estudiantiles y minorías empezaron a luchar por un cambio social. Haciendo arte, educando, escribiendo, formando sindicatos, organizaciones políticas y reuniéndose a debatir ideas y realidades. Ante la necesidad de un cambio, empezó a sonar la idea de la revolución. Los métodos, las prácticas y estrategias para realizarla son motivo de otro análisis.

En mis padres (y ahora empiezo a hablar de nuestra historia familiar, que está plasmada en este libro), la idea de revolución estaba relacionada al pensamiento, revolucionar el pensamiento del pueblo desde las artes como, por ejemplo, la literatura.

Los golpes de Estado en toda Latinoamérica fueron parte de un plan para erradicar las luchas sociales, sabemos que es un plan porque sabían a quién eliminar, se entrenaron para hacerlo de las maneras más atroces.

En nuestro país, previo al golpe de Estado, fuerzas paramilitares empezaron a implantar el terror, avalados por el gobierno de turno. Mi padre y mi tío empezaron a ser perseguidos. En 1977, desaparece mi tío, dejando a una hija de dos años. Mi abuela Beba, como madre, empieza a reclamar por su hijo, se encontró con otras madres y comenzaron su histórica lucha.

Mi papá viaja de Tucumán a Buenos Aires... En la estación de tren, lo esperaba una desconocida, era Celina. Ella sabía que debía ir a esa estación

en ese horario a buscar a un Sr., que iba a estar de traje y con un libro en el pecho. La estación de tren, la gente que iba y venía, y el encuentro de dos seres que se reconocen, se dicen unas palabras en clave, y se van juntos a la casa familiar.

Esa casa quedaba en la provincia de Buenos Aires, ahí vivía mi madre con seis hijos; papá estaba a cargo de su hija, Carolina, ya que su madre, militante también, fue presa política. Después de ese encuentro, mis valientes padres se enamoran y ensamblan esta gran familia con el proyecto de tener más hijos. La primera de ese proyecto vengo a ser yo, que crecía feliz en ese útero cargado de amor y esperanzas.

Unos días antes de mi nacimiento, se festejaba el día del niño con mis hermanos y hermanas, remontando un barrilete. Era agosto de 1978 cuando cae un grupo armado para allanar nuestra casa, se llevan a mis padres en un auto y a mis hermanos en otro. En un primer momento, encapuchados y esposados, mis padres llegan al campo de detención el Vesubio, ahí es la última vez que se ven, se despiden y mi madre es llevada a campo de mayo, como campo clandestino de detención, donde varias mujeres pasaban con rosarios en sus manos, porque así las marcaban para los vuelos de la muerte.

En ese infierno, mi madre vive el horror de parir en cautiverio y ser separadas, estar encerrada en una sucia habitación con las persianas cerradas, ser llamada por un número (la dos) y no saber el destino de sus hijos, de su compañero...

Puertas afuera, el horror de mis hermanas mayores, recorriendo comisarías, buscándonos con el terror de caer también, de desaparecer. Mis hermanos, Alfredo y Andrés, tenían 11 y 12 años; mi hermana Carolina, apenas 9 años. Y deben transitar la odisea de vivir en otras casas de parientes que, afectuosos, los cobijaron.

Mi abuela, Beba Galeano, ya formaba parte de las Madres de Plaza de Mayo. Entre tanto horror, el milagro de la vida latente, pujante. Mujer fuerte y valiente, esa abuela que nunca, ni un minuto de su vida, bajó los brazos.

La casa allanada, destrozada, papeles y libros quemados y, entre ese caos, una hoja de papel sobrevive. Un par de versos tímidos se plasman en ese papel y, a partir de allí, la palabra empieza a sanarnos. De allí, surgen los versos salvados. Esa hoja de papel le recordaba a mi madre que escribió desde que tiene memoria. Intentar recordar todo lo que había escrito fue un salvavidas emocional, y empezar a crear con palabras nuevos textos, con la ilusión de que alguna vez lleguen a los ojos de algún lector y les conmuevan el alma.

Sentimos la “responsabilidad” de haber sobrevivido porque, por razones que aún no llegaremos a entender, mi mamá y yo pudimos salir del infierno juntas. Afuera, a pesar del devastamiento de nuestra casa y del miedo, nos esperaban lazos de amor que prevalecen a pesar de los dolores.

Cada verso, cada prosa o historia tiene un poquito de nuestras vivencias como familia. La dictadura dejó secuelas emocionales que aún perduran, pero que también nos impulsan a seguir, cada uno a su manera, una lucha que involucra la construcción de un mundo más justo. Y como decía mi padre, Osvaldo Balbi, en uno de sus libros, al referirse al poeta Nazim Hikmet: “Poner la fantasía al servicio de la realidad”.\*\* Podría decir tímidamente que es esa, nada más ni nada menos, la intención de Los versos salvados, contar nuestra historia, ponerla en palabras, compartirla y hacerla nuestra en un nosotros que nos interpele a todas y todos como sociedad.

**\*Oscar Hermes Villordo** (1928-1994). Poeta, escritor y periodista nacido en la provincia de Chaco. Residió en la Capital Federal, donde falleció. Fue asiduo colaborador de los diarios La Prensa y La Nación, de Buenos Aires, y de La Gaceta, de Tucumán. Integró la comisión directiva de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores). Fue conferencista y, en tal carácter, visitó algunos países latinoamericanos y Grecia, donde fue especialmente invitado. Como novelista, con *La brasa en la mano*, abordó de lleno el mundo de la homosexualidad, siendo la primera obra de ficción en el país en tocar el tema. Su obra está representada en las más importantes antologías de la poesía argentina. Cuando su verso refleja la vida de los desamparados y los desposeídos, logra tonos de alta densidad poética sin caer en la facilidad de lo melodramático. *Poemas de la calle*, *Teníamos la luz* y *El bazar* son sus libros de poesías.

**\*\*Osvaldo Domingo Balbi** (1945-desaparecido en 1978). Poeta, escritor y periodista. Publicó varios libros como *Historia para dos elefantes*, *Expediente para el asombro* y varios artículos en La Gaceta de Tucumán y la revista Todo es Historia, así como publicaciones periódicas de la editorial Barrilete.



Julio Eduardo Galeano (1950-desaparecido en 1977)



Beba Galeano (1914-1998)



Osvaldo Domingo Balbi (1945-desaparecido en 1978)

*Salvados por tal vez el viento, al meterse por las puertas profanadas de la casa.*



...y, caminaré, y caminaré siempre como enajenada. Ajena a todo lo que no sea la vida misma Y, me iré volviendo loca de a poco; dejaré la razón por todas las buenas razones que hicieron que hoy esté aquí, en carne viva, aguardando lo imposible.

Lo que no pudo ser,  
lo que no puede ser.

Porque es de locos vivir la ternura antes de la guerra, hasta el colmo de amar la guerra para que broten la paz y la ternura de una vez y para siempre. Y para devolver el tiempo de paz anticipado que no me pertenece. Que no nos pertenece. Porque fuimos ladrones del tiempo azul. Y todo el que roba el azul al rojo de hoy está condenado para siempre a esta locura.

La locura de no vivir el olvido.



# Hoja Salvada

De todos mis escritos  
esta es la único que  
quedó luego del allanamiento  
to ¿A donde se fueron  
mis versos?

me iré caminando  
por la calle  
como quién va al almacén  
a comprar algo  
antes que se sequen los abrazos  
de mis brazos

y  
que  
olvide  
la forma  
que tenía la ternura:

-----  
desde el ancho camino  
habitado de ausencias  
vengo  
hasta tus ojos de paloma  
con los brazos abiertos  
en interminables andenes  
pesada la cabeza  
de estrellas y de lunas  
hacia tu hombro  
de árbol y  
de nido  
que espere y  
que espere  
siempre:

-----  
cuando ya nadie  
me ame  
ni reclame mi regazo  
ningún niño  
cuando sea despertada del país de la ternura  
cuando vea redecada mi vida de mil muertes  
~~cuando busque sin hallar~~ cuando busque sin hallar  
buenas palabras  
yo  
sé  
que  
estardé en cualquier andén  
esperándome:

-----  
y caminaré y caminaré siempre como enajenada, ajena a todo lo que no  
sea la vida misma, y me iré volviendo loca de apoco, dejare la razón  
por todas las buenas razones que hicieron que hoy esté aquí, en carne  
no viva aguardando lo imposible, lo que no pudo ser, lo que no puede  
ser, porque es de locos vivir la ternura antes de la guerra, hasta  
el colmo de amar la guerra para que brote la paz y la ternura de una  
vez y para siempre, y para devolver el tiempo de paz anticipado que  
no me pertenece que no nos pertenece porque fuimos ladrones del  
tiempo azul, y todo el que roba el azul al rojo de hoy, está condenado  
para siempre a esta locura, a la locura de no vivir el olvido:

-----  
2 de abril



---

## **Los versos salvados en la memoria**

---



# Antes del allanamiento

---

## Coplas

Quiero recorrer mi tierra galopando,  
aspirando los vientos, Argentina  
Como en lejana niñez lo hacía  
surcando azul el cañaveral verde.

¡Ay, vidita, por tu mirada  
esta penita!

Era de Dios, me dijeron  
al llevarse el angelito,  
pero los pechos hinchados  
¡les dijeron que era mío!

Cuando llegaba la noche,  
alegre me hallaba cantando.  
Desde que encontré amor,  
me halla llorando. Llorando...

Quisiera en tus manos  
ser guitarra  
Quisiera en tus ojos  
ser mirada  
Quisiera en tu pecho  
ser oración

Llora Schunko  
Mama Killa está muerta  
Unos hombres con escafandras  
¡la mataron!

## Chaplin

Hiciste famosos  
los zapatos rotos  
Corazón de pobre  
Esconde el tesoro  
de saber vivir, dijeron tus ojos,  
cuando se cruzaron con esos  
de la gran ciudad.

## Recuerdo de La Villa de Merlo Norte

Sus habitantes eran hacheros de la provincia de Santiago del Estero. La deforestación los arrancó del monte. Al tiempo, recuperaron, las mujeres, el arte del bordado que ayudó a su adaptación al medio.

¡Tani! Tu nombre es chiquito,  
tu cara redonda.  
En tus ojos de niña,  
la pena se asoma.  
Tus manos son fuertes  
acarreando agua.  
Y tu pollerita, Tani  
¡Ay! Tu pollerita  
de lejos, me dice  
¡que sos mujercita!  
Omitiste la omisión al “mea culpa”.  
El acto de no hacer  
es el que más pesa.  
Omitir fue el precio más caro  
que pagaste  
por esta libertad que te esclaviza.  
Abriendo los brazos,  
entregaste tu vida.  
Los clavos  
te clavarón  
en el Vaticano  
para seguir



burlándose de vos.  
Sin embargo, los pobres  
calzan tus sandalias  
para que no olvidemos tu gesto.  
La católica  
edita libros sobre la pobreza  
de miedo  
a tener que dar  
lo que le sobra.  
Me iré por la calle  
como quien va al almacén a comprar algo  
antes que se sequen los abrazos  
de mis brazos.  
Y  
que  
    olvide  
        la forma que tenía la ternura.  
...desde el ancho camino  
habitado de ausencias,  
vengo  
hasta tus ojos de paloma  
con los brazos abiertos  
en interminables andenes.  
Pesada la cabeza de estrellas y de lunas  
hacia tu hombro  
de árbol  
y de nido  
que espero y  
que espera  
siempre.  
Cuando ya nadie  
me ame  
ni reclame mi regazo  
ningún niño,  
cuando sea deportada  
del país de la ternura,  
cuando vea rodeada mi vida  
de mil muertes,  
cuando busque, sin hallar,  
buenas palabras

yo  
sé  
    que  
        estarás en cualquier andén  
esperándome.  
Seremos viejos  
y, pese a todo,  
caminaremos  
el andén  
como antes,  
tomados de las manos,  
recordando  
a los amigos  
que no volvieron nunca.

# Sobreviviente

---

El misterio de sobrevivir. Asumí esa responsabilidad, la de haber salido del infierno, sin odio. Inundada por el bien y el amor.

## Allanamiento

¡Hombre!  
Cuando, algún día,  
descubras las fosas comunes  
buscando a tus hermanos,  
te pido un favor:  
si entre los huesos blancos de los santos  
descubres pedazos de papel escritos,  
trata de juntarlos con esmero  
porque son mis versos...

## A Víctor Jara

Estabas de pie, como siempre.  
El público esperaba el canto  
y, vos, hermano, esperabas  
que las manos desatadas  
pulsaran nueva guitarra.  
Sí, poeta de las manos desatadas.  
La inocencia de tus ojos  
la inclemencia contemplaba.  
Brilló en tus manos la guitarra  
a golpe seco de hacha  
y las notas que surgieron  
salpicaron la muralla  
¡Canta, cantor!  
te rugieron  
¡Toca, cantor!  
se burlaron  
Canta, cantor, si podés  
con las manos mutiladas  
y...

Tu voz rompió el silencio,  
el público te puso alas  
y su canto, con tu canto,  
ascendieron como bandadas de palomas.  
Yo no fui a Letras,  
pero aprendí los verbos,  
sujeto y predicado,  
imágenes sensoriales y metáforas.  
El arte lo aprendí en la calle,  
me lo enseñó el pueblo.

Abriendo los brazos  
entregaste tu vida.  
Los clavos te clavarón,  
en el vaticano,  
para seguir  
burlándose de vos.  
Pero los pobres  
calzaron tus sandalias  
para que no olvidemos  
tu gesto.

La católica  
edita libros sobre la pobreza  
de miedo a tener que dar  
lo que le sobra.

La tristeza tiene un lenguaje:  
la esquina del almacén  
y el cartel de cerrado los domingos.  
La primavera que comienza,  
desde las ausencias  
o desde la esquina,  
que puso límite al recuerdo,  
puede ser que  
todos los barrios de Buenos Aires  
comiencen y terminen  
en una esquina de almacén.  
De pronto,  
mi memoria  
se puso el cartel  
de cerrado los domingos.

# Maternidad en Campo de Mayo

---

## El soplo divino

Cuando naciste, tenía los ojos vendados. Un camisón de seda envolvía mi cabeza. El camisón junto con la Biblia había alcanzado a levantar en el revoltijo del allanamiento. Sin embargo, tenía bien abiertos los ojos del corazón y por eso con suspiros y no con palabras te conté la historia de la vida para ayudarte a nacer a este mundo. Te llené de bien para que no te afecte el mal en el que estábamos rodeadas las dos. Te conté del amor fraternal, que es el grado máximo del amor. Nadie de los que estaban allí notaron la luz y la energía que nos envolvió. Entonces, hablé con palabras sin miedo, con palabras piadosas a los impíos que nos rodeaban: les expliqué lo que era el milagro de la vida, fue un discurso largo que no recuerdo porque no era yo la que hablaba. Y no sé si alguno pudo descifrar el mensaje, creo que sí, pues hice un trato con ellos: no grité en el momento del gozo de la expulsión. El grito de la vida fue un secreto entre vos y yo. A cambio, les pedí verte, mirarte. Me levantaron un poco lo que cubría mis ojos y te miré...

## El alma

Soy como un soplo envuelto en un velo palpitante y húmedo que vaga en el espacio. Soy la invisible medusa en busca de su lugar. Al encontrarlo, me quedaré quieta; suspendida, me dejaré llevar por el vaivén del gozo... Ella, él y los suspiros salados, dulces, rojos, blancos. Polvo de estrellas que fecunda el milagro de un pececito atrapado en un tibio vientre inofensivo.

En ese pequeño mar, viviste hasta que las aguas se vertieron y te dejaron escapar. En ese momento, nos unimos con un gran suspiro. Yo estuve siempre, siempre allí. ¿Cómo explicarte? Fue así:

Tu madre dio un grito, después escuchó unos borbotones como de olas que dejan la playa para volver al mar. Sintió algo tibio fuera de ella, le dio como un escalofrío, un temblor feliz. Te buscó y la buscaste con la boca abierta. Saliste de ella y entré por tus ojos. Dando manotazos, buscaste los hilos invisibles de mi suspiro, del soplo, del aliento que existía antes que yo misma y te ataste a mí. Entonces, te até a tu madre.

## El regazo

Pasaron los días sábado, domingo, lunes. El martes, te envolví en una luz invisible y poderosa. Tanto, que llegaste al regazo de tu madre escoltada por soldados armados. Te dejaste mecer por algo mullido que iba y venía mientras chupabas golosa el néctar de la vida.

## La despedida

Dejé caer otro hilo invisible, que debió recorrer una distancia entre laberintos oscuros, entre gritos de dolor. Entre monstruos disfrazados de humanos pasé hasta atarte a tu padre, a su mirada de militante comprometido con su pueblo. Tu presencia lo salpicó de gotitas saladas como el agua, del mar infinito, y entonces se envolvió de una bruma fecunda y dulce.

Dejé el espacio sideral, dejé el fondo del mar para quedarme aquí, un poco afuera, un poco adentro, de tu ser en el mundo. Estrella y caracol. El tercer hilo enredado a tu padre se hizo más fuerte.

## Hermanos

Así, fui atándote a los quereres, a tus hermanos que, sin conocerte, sintieron tu presencia y te buscaron incansablemente, valientemente, en una ciudad devastada por el terror. Así, fui atándote con hilos invisibles de amor capaces de atravesar los controles militares cantando una canción. Las dos somos un solo y extraño barrilete, sostenido en el espacio por infinitos hilos. A veces, cabeceamos entre las nubes a causa de los hilos que se cortan: el papá Rafa Julio. La abuela Beba con su pañuelo blanco y tantos... Sin embargo, nos quedamos hasta que nos vayamos con ellos.

## Para mis hijos

Preparé siete valijitas, con esas ganas de viajar que te dan los trenes cuando pasan pitando en los andenes o cuando ves más allá de las nubes el vuelo de los aviones, ¡qué sé yo!, de pronto te encontrás preparando valijas con la misma locura de Cristóbal Colon. Lo primero que hice fue llenarlas de flores, rosas, celestes, blancos, amarillos... digo... de escarpines (¡para el camino, los pies son tan importantes!) y fragancia de flores en frasquitos (¡porque una no sabe cuándo se terminan los perfumes o hasta donde

ascienden! Nadie conoce el perfume de las estrellas, salvo aquel al que le gusta oler la noche en un jardín o en cualquier calle).

Me puse a preparar cada valija como una enamorada que tiembla. Porque sabemos dónde comienzan los caminos y desconocemos, como siempre, los finales, aunque el amor nos lleve siempre de la mano.

Una por una,  
viaje por viaje,  
fui llenando valijitas de flores  
hermosas de pétalos perfumados  
con mágicos colores,  
con ternes fragancias,  
para esos

divinos

caminantes

(por esa vieja costumbre de dar la cara a la vida).





## Los callados

---

Calla el canalla, el justo silencia las palabras. Hablemos de los callados. ¿Por dónde empezar? ¿Animarlos a hablar? ¿Calmar sus pesadillas? ¿Gritemos todos donde están los callados? Dónde la mano que abrió la escotilla del avión para arrojarlos al río. El que manejó el camión, el que levantó la barrera para que pasen mujeres preñadas al Hospital Militar. ¿Por qué callan las enfermeras y los médicos? Callan los canallas. Dónde están mis hijos, ¿dónde?, ¿dónde están? ¿Dónde están los ruines, los que callan dónde, dónde están? Los que los amordazaron: dónde están. ¿Los que enchufaron la picana dónde están? ¿Los que ponían la música dónde están, los que arrastraron los cuerpos desmayados de dolor dónde están? ¿Por qué callan los callados? Basta que no callen más. ¿Dónde está la que, en el Hospital Militar, tuvo pena por una nenita NN con orden de no ocuparse, salvo los “de civil”? ¿Y le puso Estela Maris? Le puso nombre. Le pido a ella que ponga nombres. Ella sabrá de qué se trata. Por si no sabe, se lo aclaro, no calles por favor a los canallas. No calles por favor a los canallas. Calla la monjita envuelta. En su negro silencio, arroja la comida a las preñadas y paridas. No calles, no te consagres a la cofradía de los callados. Los callados soldados escoltaban una nena recién nacida. ¿Dónde están? No callen, soldados, no se alisten en las filas de los canallas callados.



## Comisión Interamericana de Derechos Humanos

---

14 de diciembre de 1979. La Comisión visita Argentina. En las actividades realizadas por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, recibe a un grupo de liberados de Centros Clandestinos de Detención. Asisto con mi hija de cuatro meses, doy testimonio de nuestra situación. Relato las dificultades para anotar el nacimiento, ya que no poseía ningún certificado del lugar donde nació. Gracias a amigos que se jugaron la vida al salir de testigos y a la comprensión del funcionario del Registro Civil de Merlo, provincia de Buenos Aires, la anotan como si hubiera nacido en el domicilio de mis hijas mayores. Dejo constancia ante la Comisión de que, por seguridad, no le puse el apellido del padre, esperando un futuro reconocimiento de familiares del padre de la niña.



## La cita

---

¿Cómo estás?  
En la esquina frente a la estación,  
¿cómo estás?  
En la plaza Retiro,  
¿cómo estás?  
En el lugar convenido,  
¿cómo estás?  
En la puerta de mi casa,  
¿cómo estás?  
En el andén,  
¿cómo estás? ¿Cómo estás?  
¿Cómo estás? ¿Cómo estás?  
¿Cómo estás? Como un tren,  
cómo estás cómo estás.  
El ruido de tus palabras  
no se va, no se va.  
No se va  
el eco de tus palabras  
y  
mi memoria  
        amor.

Elegía para un día de verano  
En la ciudad suburbana,  
el sol salió para todos.  
Los colectivos y los trenes  
se llenaron de gente  
rumbo al trabajo.

Serían las cuatro o cinco de la mañana  
cuando lo encapucharon.  
El sol dejó de existir

A la hora del almuerzo,  
las marmitas hirvieron  
en las villas miseria

y los restoranes sacaban  
sus sombrillas a la calle.

No sabía en qué parte  
de su cuerpo  
le dolía el hambre.

A la siesta, las persianas  
se cerraron al sol.  
Los gorriones saltaban  
de rama en rama.

Una música estridente  
asustaba a los ratones  
que iban y venían  
por su carne chamuscada.

De lejos, el río parecía  
fresco y transparente.  
Y el cartel de “prohibido bañarse”  
estaba de más.

Había caudales de sed  
en la herida de su boca.

A la tarde, las veredas y las plazas  
se llenaron de niños jugando.  
En un banco de la plaza,  
una muchacha se sonrojó  
con el primer beso.

A veces, despertaba  
la imagen de su casa con los hijos.

Cuando llegó la noche,  
las ventanas se iluminaron  
con gente reunida  
alrededor de una mesa, o en el patio.

Otra vez, la música estridente.

A la hora de las caricias y los besos,  
a la hora de la luna y las estrellas,  
las parejas iniciaron el cósmico viaje.

Y, más música estridente  
...y, cuando la ciudad suburbana  
dormía abrazada a sus calles  
y los perros le cantaban a la luna

Fue fácil meter al prisionero en una bolsa de arpillera  
y... entonces...  
la misma tierra por la que había luchado  
lo recibió en sus brazos.





## Elegía para un día de verano

---

En la ciudad suburbana,  
el sol salió para todos.  
Los colectivos y los trenes  
se llenaron de gente  
rumbo al trabajo.

Serían las cuatro o cinco de la mañana  
cuando lo encapucharon.  
El sol dejó de existir

A la hora del almuerzo,  
las marmitas hirvieron  
en las villas miseria  
y los restoranes sacaban  
sus sombrillas a la calle.

No sabía en qué parte  
de su cuerpo  
le dolía el hambre.

A la siesta, las persianas  
se cerraron al sol.  
Los gorriones saltaban  
de rama en rama.

Una música estridente  
asustaba a los ratones  
que iban y venían  
por su carne chamuscada.

De lejos, el río parecía  
fresco y transparente.  
Y el cartel de “prohibido bañarse”  
estaba de más.

Había caudales de sed  
en la herida de su boca.

A la tarde, las veredas y las plazas  
se llenaron de niños jugando.  
En un banco de la plaza,  
una muchacha se sonrojó  
con el primer beso.

A veces, despertaba  
la imagen de su casa con los hijos.

Cuando llegó la noche,  
las ventanas se iluminaron  
con gente reunida  
alrededor de una mesa, o en el patio.

Otra vez, la música estridente.

A la hora de las caricias y los besos,  
a la hora de la luna y las estrellas,  
las parejas iniciaron el cósmico viaje.

Y, más música estridente

...y, cuando la ciudad suburbana  
dormía abrazada a sus calles  
y los perros le cantaban a la luna

Fue fácil meter al prisionero en una bolsa de arpillera  
y... entonces....  
la misma tierra por la que había luchado  
lo recibió en sus brazos.

---

## **Juego de niños**

---



## La Escondida

¡1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10! ¡Piedra libre para todos mis compañeros!  
¡Dale! ¡Dale!...

Nunca supe esconderme, siempre me libraban. Por curiosa, asomaba la cabeza y ¡zas! Me pillaban. Lo que más me gustaba era salir corriendo, tocar la piedra y librar a todos los compañeros. Si me escondía con otro, me decían: “¡Quédate quieta! ¡No hables! Que si hablas nos van a descubrir”, me susurraban al oído. Entonces, cerraba fuerte la boca hasta hacerme doler. ¡Abrí la boca, tonta! Yo los embromé y abrí grande los ojos y pude ver a los compañeros en la vereda de la fábrica de enfrente. Era tarde, era de noche, me pareció raro, ¿tan rápido se fue el sol? Allí estaban, cada uno con su cara de siempre, felices y sucias. Me dieron ganas de jugar, de llamarlos, de estar contenta, pero no me acuerdo, juro que no me acuerdo de sus nombres, cómo voy a decirlos si no sé cómo se llaman. Entonces, me puse a correr por la vereda, escuché a mamá que me llamaba, tenía hambre, me dolía la boca y grité “¡Mamá!, ¡mamá!”. Había olor a mate cocido, alguien dijo “A la 9 no le des, le toca cantar, hoy nos decís los nombres de tus compañeritos, ya nos cansaste con tus 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10, el que no se escondió se embroma, aquí no jugamos a la escondida”.

## La Mancha

Mis amigos me gritaron “¡corré que te tocan!, ¡corré que te manchan!”. Entonces, corrí, corrí con todas las fuerzas de mis piernas, haciendo gambetas, corrí y corrí. Mi corazón galopaba por las calles. Los caballos también.

## Bautismo de vuelo

¿Todos listos? ¡Vamos a volar! No se asusten. ¡Vamos a un lugar muy lindo, los llevamos al cielo! ¡Cuando el viento tiró del hilo, sentí unas ganas locas de levantar vuelo con él, lo veía tan alto meneando la cola! Si se iba muy arriba, papá me lo pedía y me hacía reír con las piruetas que le hacía hacer en el aire: saludito, vuelta y vuelta, pumba carnero, y yo saltaba de la alegría y estiraba las manos, tratando de prenderme al hilo, papá me lo daba y me decía agarrate fuerte. Así, volvió a mis manos, sentí el vértigo, estaba volando, estaba arriba con el barrilete agarrada al hilo sosteniéndolo. No sé cómo caí al agua, él se quedó allá, alto, muy alto, se

iba lejos, lejos. Lo seguí con mis ojos hasta que me hundí, hasta que se me fue de las manos. ¡Papá!, grité y él me miró.

## Poliladrón

A veces, los chicos querían jugar al poliladrón. Hacíamos una ronda y yo me decía “por favor, que me toque ser ladrón, que me toque ser ladrón”. Sentía el dedo en el pecho: “Pin uno, pin dos, pin tres, pin cuatro, pin cinco, ¡policía!, pin seis, ¡ladrón!”. ¡Por suerte, me tocó ser ladrón! A los chicos que les tocó ser policías y no tenían escopetas agarraban palitos. ¡Pum! ¡Pum! Nos asustaban. A los que nos había tocado ser ladrones, teníamos que robar el pan que, en realidad, era una piedra custodiada por los policías y correr y correr. Mis compañeros me gritaron ¡corré, corré! Aturdida, corrí como loca y... Pum Pum, me tocó a mí y caí, un compañero me agarró fuerte de la mano, los otros escaparon. No sé nada más, ¿dónde estoy? No veo nada. Ya te vas a acordar. En la “parrilla”, te vas a acordar, en la “parrilla, todos cantan”.

## Antón pirulero

...Y, ahora, ¿a qué jugamos? Ellos no se cansaban nunca, siempre querían más. No paraban nunca, ¡dale! ¡Dale! ¡A jugar! Me dolía mucho la panza. ¡Dale! ¡Dale!

...Y, ¿si jugamos a Antón Pirulero?, les dije a los chicos. Ya no había sol en la vereda, además, estaba cansada y esperaba ver a papá doblando la esquina y ganarles a mis hermanas, llegar primero, el primero para mí es el mejor abrazo, antes de que me empujen para ver qué traía en los bolsillos.

Ay, ay, por favor, déjenme. Dale, ¡dale! ¡Vamos a jugar! Antón, ¡¡Antón Pirulero!!, cada cual, cada cual atiende su juego y el que no una prenda tendrá. Yo estaba muy atenta para no equivocarme con el instrumento que elegía. Muchas veces, elegía la caja chayera, me parecía que su música llegaba lejos, muy lejos, como el viento. Jugaba en la vereda, mirando la esquina, cuando me gritaron: “¡Tenés una prenda! ¡Perdiste, tenés una prenda!”

¿Sabés cuál es la prenda, nena? Desnudate, hija de puta, y vas a saber cuál es la prenda. ¡Ja, ja! ¡Tocame la flauta! Ja, ja. Entonces, corrí, corrí. La esquina estaba lejos, cada vez más lejos. Entonces, grité, grité fuerte como el viento en la quebrada. Escuché el eco de la canción de los amigos.

El eco regresaba a mí, yo estaba allí, mirando el valle, y era el eco el que repetía Antón, Antón Pirulero, cada cual, cada cual...

## El Gallito Ciego

En realidad, nunca me gustó jugar al gallito ciego; salir a jugar con Marilú, sí.

A la siesta, cuando todos duermen y me quedo sola, le cambio las sábanas al cochecito, preparo la mamadera con leche y agua, ¡porque Marilú es de verdad! Después, cuando mamá se levanta, voy a la cocina y me pongo a mirar por la ventana, también miro la pila de ropa para planchar y busco el vestido que más me gusta. ¡Dale! ¡Dale! ¡Mamita, el mío primero, que ya van a venir los chicos! El azul con motitas blancas... Me acuerdo cuando mamá lo cosía en la máquina, yo me sentaba en el piso con el cuaderno y el lápiz y le miraba las piernas, cómo iban y venían. Cuando cortaba el hilo, la máquina se paraba y me miraba: ¿Y? ¿Y? Entonces, ligerito, me ponía a practicar las letras.

En verano, me gusta salir a la vereda y lamer la pared caliente de mi casa, a Marilú también le gusta. Cuando llegan los chicos a jugar, me siento en el escalón del zaguán y espero. No quiero que me vean lamer la pared y que se burlen como el otro día, que les dije “¡prueben qué gustito rico tiene”, y se rieron de mí. Mejor espero a mi amiga. ¡Allí viene! Trajo su hijo en el cochecito. ¿Jugamos a la mamá? Mientras nosotras jugábamos, los chicos corrían de vereda a vereda. Como si ellos fueran grandes, nos mandaron a vigilar la calle y avisar cuando pasara un auto. A veces, nos olvidamos de mirar porque estamos ocupadas con nuestros hijos, entonces pasa un auto justo cuando nos olvidamos y se enojan con nosotras. A veces, les gritamos “¡viene un auto!, ¡un auto!”. Y ellos no escuchan hasta que les tocan bocina.

A mí, el Gallito Ciego me da lástima. Todos salen corriendo y él se queda allí, parado en el medio de la calle, con el señor del auto gritando como loco. El Gallito, si se saca la venda que le tapa los ojos, pierde. Así es que espera que el auto se vaya y regresen los compañeros y sigue el juego, entonces los chicos lo tocan y esquivan los brazos extendidos del Gallito Ciego, que intenta agarrarlos. Yo muchas veces corro para ayudar al Gallito Ciego y me echan a empujones. “¡No vale!, ¡no vale! ¡Vos no jugás!” me dicen los tontos.

A veces, acepto jugar con ellos, siempre que me prometan no burlarse de Marilú. Ellos no entienden que Marilú no es una muñeca. ¡Es de

verdad! Para que me crean, le doy la mamadera y moja los pañales, les digo “¡toquen! ¡Toquen! ¡Está mojada, se hace pipí!”. Y ellos se ríen y encima no me creen. “Si vas a jugar, ¡apurate!” me dicen. Si me demoro, me gritan ¡apurate! Me apuré, senté a Marilú en el balcón, le dije “¡quedate quietita!”. Y le di un beso. “¡Vos sos chiquita para jugar al Gallito Ciego! Te quedás con la tía” y me iba con los chicos. A veces, corría tanto que me olvidaba de que estaba allí; otras veces pasaba cerquita y le gritaba “¡Marilú! ¡Uh, uh! ¡Marilú!” Mamá también gritó para que la escuche: “¡a tomar la leche!, ¡vamos!, ¡vamos!”. ¡Por favor, un ratito más, mamá!, ¡un ratito más! “Está bien, cuando vuelva a llamarte entrás corriendo ¡y sin chistar!”. Y como estaba distraída, ¡zas! ¡Me tocó ser Gallito Ciego! La venda me apretaba mucho, me la saqué de un tirón y corrí a la ventana donde estaba Marilú. “¡Venga con su mamá!”, le dije y me senté en el escalón. “¡No vale, no vale! ¡Te toca a vos! —me gritaron— ¡Te toca a vos!, ¡te toca!”.

Me sentí muy cansada, la cara se me había puesto caliente. Si no iba, perdía, entonces me entregué, pero antes acomodé a Marilú con mi cinturón del vestido azul con motitas blancas. Lo apreté bien para que no se caiga y dejé que me vendaran los ojos. Me dolió y dije ¡ay, ay! Cerré los ojos, me dijeron. Mejor no espíes. Cerré tanto los ojos que vi estrellitas. Me empujaron para atrás y me senté en algo duro. Me asusté por Marilú y la toqué, allí estaba, quietita, atadita con el moño de mi vestido azul con motitas blancas. Escuchaba los gritos de los chicos, “¿Cómo se llaman? Decí los nombres, ¿cómo se llaman?”. Un golpe al lado de mi cabeza me mareó. Era la señal, el juego había comenzado. Yo seguía apretando los ojos debajo de la venda y, de vez en cuando, tanteaba mi panza, Marilú estaba allí, quietita, tal vez ella veía las estrellitas brillando y no tenía miedo. Los que me preguntaban los nombres de mis amigos estaban muy enojados. Yo esperaba que mamá saliera y me llamara a tomar la leche, por eso no sentía miedo. Miraba la puerta de mi casa con el escalón del zaguán, la galería con las flores, el cochecito de Marilú y la pared... La puerta por fin se abrió y mamá me llamó. Quise salir corriendo, pero tenía la pierna trabada. ¡Marilú! Grité, tocándome la panza. ¡Mejor te quedas quieta, nena, el juego no terminó!

## Barriletes

Los niños llegan corriendo a la casa, es la hora de almorzar. Con cuidado, dejan los barriletes sobre un banco de la galería. Al encontrar la



puerta cerrada con llave y que los padres no responden a su llamado, van corriendo a la casa de la abuela, que vive a la vuelta de la esquina. Llegan contentos, entran a la cocina, siguiendo el aroma a torta dulce. La abuela los sigue, hace señas con el dedo de guardar silencio, cerrando la puerta con llave. Hace una llamada telefónica. Al rato, llega un amigo de la familia y suben a la terraza. La abuela pide silencio a los niños que pronto ven a sus barriletes envueltos en llamas. Entre el humo, ven a sus padres con la cabeza tapada y las manos atadas en la espalda, subiendo a un auto. Se abrazan a la abuela cuando el auto parte a toda velocidad.



# Exilio

---

## Chacarera del exilio

Una pena estoy sintiendo  
que no me deja olvidar.  
Chacarera de mis noches  
tu canto donde hay desatar.

Las noches de patio abierto  
perfumadas bajo el parral.  
La luna en el cielo nuestro  
sorprendió nuestro mirar.

Chacarera de mi tierra,  
voz de pueblo y oración  
(fruto de pueblo canción).  
Los milicos no te quieren,  
tienen miedo de tu voz.

Las flores de mi pollera  
te las di como al pasar.  
Y tus manos en las cuerdas  
alegraron su cantar.

Al destierro me estoy yendo  
y no te puedo llevar.  
Nohecitas de verano  
mi llanto te ha de alumbrar.  
Tus manos y la guitarra  
esperando me han de estar.  
Y las noches de mi tierra,  
chacarera libertad.

## Documento de exiliada

Te cambiaron de número.  
La foto con tu nombre  
está registrada en la memoria  
de los ordenadores de la CIA.  
Sus oficinas  
que están en todas partes  
controlan con mil ojos  
cada uno de tus pasos  
y...  
como no pueden ver  
los viajes que hace tu memoria  
y...  
son ciegos de amor y de ideales,  
insaciables se vuelven  
de fotos, de fichas, de sellos y estampillas.  
Te cambiaron de número  
y...  
a tu almita de libre  
¡qué le importa!

## Censura

Mirá:  
yo aquí, en Europa,  
rescaté nuestro ERNESTO CARDENAL.  
Y...  
¿quién rescatará la LUNA reflejada en el PARANÁ?  
Si no es la MAGIA de las noches.  
Las tuyas y  
las mías tan lejanas,  
movidas por eternas traslaciones.  
Y la rotación  
que vuelve en única noche, nuestra noche.  
Y el río con la luna  
y mis lunas sin el río.

Yo rescaté nuestro ERNESTO CARDENAL  
para mi nostalgia.  
Aquí en EUROPA, lo leo  
en el café, en el metro, en el banco de una plaza...  
Para vos, sería tu pena de muerte allá en AMÉRICA LATINA  
donde corre la sangre por las calles.  
Mejor es rescatar unas manos de hambre con tus manos  
o la sonrisa futura de los niños.  
Rescatar los montes, el quebracho, el chañar, los caldenes,  
el viento pampero...  
Amor, aquí rescaté voces antes mudas.  
Aquí puedo rescatar, también, la libertad de nuestro pueblo.  
Amor, sin embargo,  
comienzo la eternidad a partir de la luna en el PARANÁ  
con  
esa lágrima  
esa lágrima... Amor  
en el Paraná,  
amor bajo la luna.  
Amor...

## La siembra

Yo le dije  
a un curioso  
que me deje  
arar tranquila  
De la tierra de mi vida,  
la cizaña  
voy sacando  
para plantar  
esa flor  
que se llama  
libertad  
y podérsela brindar  
al hombre  
que me ha embrujado  
con versos  
de enamorado  
e historias del más allá.  
Que, aunque  
es jugador  
de la cabeza,  
a los premios  
no se juega  
por apremios,  
sino por querer  
la vida.  
El curioso  
insistía, me dijo  
que no era el día  
según el calendario  
para preparar la tierra.  
Y yo seguí  
con la siembra  
como si nada  
escuchara  
del calendario.  
Me río,  
pues me doy  
por desconfiada.

El tiempo  
lo tengo adentro  
del corazón  
y me fío  
cuando, con su latido,  
me dice  
que ya se ha ido,  
en su manto helado,  
el invierno.  
Y la tierra  
enamorada  
se pone a mirar  
el cielo,  
esperando  
al aguacero  
que la haga fecundar,  
¡qué me va ese a contar!  
Si nadie  
lo había invitado,  
que se fue  
como espantado  
con el rabo  
¡¡¡entre las patas!!!

29 de agosto del 83, París.

## Una historia

Y aquí me tienen,  
mis hijos,  
de madre  
que peina canas  
como niña  
enamorada,  
tejiendo sueños,  
callada.  
En la vida,  
hijitos míos,  
el amor  
es lo que vale.  
Hay gente  
que anduvo  
años  
buscando siempre  
al amor  
y que,  
cuando lo encontró,  
ni Lucifer  
se interpuso.  
El tiempo  
lo volvió puro  
y lleno  
de eternidad.  
Al que la distancia  
agranda  
y la vida  
le hace cancha  
para que pueda pasar.  
Y ustedes, hijitos míos,  
que del jardín  
son las flores,  
perdonen  
a esta mujer  
que, en vez de hacer  
la comida,  
escribe



cartas de amor.  
Qué se le va a hacer,  
si en la vida  
lo que vale  
es encontrarse  
el hombre  
con la mujer.  
Una vez que se encontraron,  
nadie los puede parar.  
Y los curiosos se van  
espantados  
como moscas  
porque el dulce  
está encerrado  
en un frasco bien tapado  
con forma de corazón.  
Cuando me llegue la hora  
y me vaya  
de este mundo,  
sobre la tumba  
y las flores  
me ponen  
este cartel:  
“a nuestra vieja  
querida,  
que se fue  
a vivir otra vida  
con el amor  
que encontré”.  
Y si la gente  
se atreve  
a decir  
que estaba loca,  
tápenle pronto la boca  
con la historia de mi amor.

París, 29 de agosto del 83.



# Madres de la Plaza

---

## Madres de la Plaza

¿¡Dónde están mis hijos?!  
Dónde, dónde están.  
Schit, schit,  
¡ahí vienen los perros!  
A disimular.  
¡Viejas de mierda!  
¡Despejen la Plaza!  
¿Dónde están mis hijos?,  
¡dónde!, ¡dónde están!  
Una vuelta más.  
Coraje.  
¡Una vuelta más!  
Los perros se cagan.  
¿¡Dónde?! ¡¿Dónde están?!  
¡Schit, schit!,  
¡los carros azules!  
Es todo por hoy.  
Los perros perdieron  
la presa,  
perdices en el pajonal.  
La Plaza de Mayo  
se tragó las locas.  
¿¡Dónde, dónde están?!  
Los perros rabiosos  
se muerden la cola.  
¡¡¡Tra la-la-la-la!!!

## Las llamaron locas

El coraje es su bandera,  
el pañuelo blanco su escudo de AMOR.  
Su RONDA jamás pidió diente por diente,  
su grito pide justicia a la JUSTICIA.

Fueron locos los que desde el comienzo  
hicieron girar la gran rueda  
de la historia.  
Los dictadores tienen poder,  
custodian la razón.  
Y, razonablemente,  
torturan, y matan.  
Razonablemente  
construyen prisiones, modernas, clandestinas.  
Las Madres de la Plaza  
marchan, marchan, sin armas solo reclaman  
sus seres queridos.  
¿Dónde está mi hijo?  
¿Dónde está mi compañero?  
¿Dónde están mis padres?,  
¿dónde mis hermanos?  
¿Dónde están mis hijos y los hijos de mis hijos?  
¿Dónde están los hijos de esta tierra?  
¿Y los hijos de otras tierras?  
Dónde, dónde; dónde.  
Y la fuerza del silencio  
se hizo grito.  
Dónde, dónde, dónde.  
Retumbe de antiguos tambores  
Dónde, dónde, dónde.  
Pachamama,  
dónde, dónde, dónde.  
El silencio se hizo latido.  
Dónde, dónde, dónde.  
América Latina,  
dónde, dónde, dónde.  
Las Madres de la Plaza de Mayo,  
locura que viene marchando despacito.  
Dónde, dónde, dónde.  
Locura vegetal,  
grito mineral,  
quejido de quena.  
Locura de miedo hecho coraje.  
Tiemblen poderosos  
que las Madres de la Plaza,  
con el pañuelo blanco, el coraje y la justicia,

vienen marchando.  
El bien es contagioso.  
Miren que el pueblo viene marchando  
Las Madres de la Plaza de Mayo le pusieron  
un jueves con mayúscula al calendario.  
Marchando despacito, dieron vueltas por la plaza.  
Marchando con pasitos dieron vueltas por el mundo.  
En silencio, marchando, gritan el nombre de sus hijos.

## **A mi madre**

Una mañana, me acuerdo de que entré a la despensa y no me acuerdo por qué me apreté el dedo, lloré y lloré. Tanto lloré que mi mama trajo una cuchara para juntar mis lágrimas. Me dio rabia, pero, cuando vi mis lágrimas como agüita en la cuchara, me olvidé de que me dolía y las revolví con mi dedo hasta que desaparecieron.



## Para mis hijas mocitas (París, 1981)

---

*“Nuestros poemas en  
papel de Magüey  
Serán llevados por  
el viento  
Como el polvo de  
Texcoco”*  
Ernesto Cardenal

Te escribo una carta.  
Mi carta no tiene pretensiones  
solo pretendo  
que esta hoja de papel  
toque tus manos,  
quede arriba de la mesa  
y aspire los olores de la casa.  
Quizá se caiga  
y mis letras se llenen  
del polvo invisible de la calle.  
O, la posible dicha,  
que la guardes  
en tu cartera  
y tome con vos el colectivo  
O espere con tu impaciencia  
el tren en la Estación de Merlo,  
eso pretendo nada más.  
La hoja de papel  
llena de los olores de la casa.  
La posibilidad de que viaje  
con vos en la cartera  
para perfumarse  
de tus cositas de mujer.  
El colmo de la dicha sería  
si de tanto viajar  
la pobre hoja  
sea un bollo de papel  
que termine en la basura.  
¿Dónde la tiran?  
Tal vez rellenen terrenos bajos,  
¡qué sé yo!  
¡pretendo que se convierta en tierra!

## Navidad del 82

Esta Navidad  
tiene gusto a tango.

Llena  
de amores lejanos.  
La vieja con su pañuelo blanco.  
El viejo socialista de Palacios,  
bancario exonerado en el 53,  
desaparecido en el 62.  
Los hijos mayores aguantando  
el país  
Los hermanos borrados  
y el hermano con su eterna locura  
de patria libre  
desaparecido en el 77.  
Y  
el tango que sangra en París.  
Y  
esta lágrima estúpida  
e  
inútil lágrima  
que no tapa nada,  
que se queda inmutable,  
que vuelve más lúcida la memoria.  
Para que te des cuenta  
de que el cuento de los amores eternos  
es cierto  
como el gusto del mate amargo,  
más rico cuanto más amargo,  
y que los recuerdos  
están prendidos  
como crío a la teta,  
“Y el que no llora no mama”.  
Entonces  
lloro  
y tengo piedad por mi memoria



Casa mía,  
nuestra casa,  
también el lucero  
y tantos árboles  
y esta primavera,  
ahora lejana,  
que empezó  
sin nosotros.  
Y las voces  
y los sueños  
y las risas  
y los llantos  
sin nosotros.  
Y los besos  
sin mi boca.  
Y tu boca  
sin mis besos.  
Y tus manos  
y mis manos  
sin nosotros.

## A Víctor Jara II

De tus manos,  
Víctor Jara,  
brota la música  
cuando alguien  
acaricia las cuerdas  
de una guitarra.  
De tus manos,  
Víctor Jara,  
brota la música.  
¿Te das cuenta de la magia de tus manos?

## A mi hermano Julio, desaparecido en el 77

*Julio Eduardo Galeano: estudiante de Escribanía en la Universidad de San Miguel de Tucumán. Desapareció en Zárate, Buenos Aires, cuando su hija tenía dos años.*

Tenías, como las palomas,  
unas ganas locas  
de cielo azul  
y nido.  
Para impedirlo,  
te pusieron cadenas,  
encapucharon el cielo azul,  
derribaron el nido.  
Sin embargo,  
las palomas  
se quedaron  
en PLAZA DE MAYO.

---

**El regreso, busco tu corazón...**

---



## Regreso al Valle de Río Negro y Neuquén

Una lista de proyectos  
o las proyecciones de los sueños.  
Una lista con mis proyectos  
me decís que vas a hacer.  
Y yo  
la casa con olor a manzanas  
de un sueño  
de dulce de manzanas,  
una lista larga  
“larga como esperanza de pobre”.  
Poblar los años de ausencia,  
recuperar los olvidos.  
Ni olvido ni perdón.  
No hay perdón,  
digo yo. Tres culpables,  
decís vos.  
Una lista para rescatar la memoria.  
Multinacionales, oligarquía, militares  
con olor a manzanas.  
Una casa blanca  
de ventanas abiertas  
como gorriones en la nieve  
pancitas vacías y mojadas  
en el barrio pobre.  
En la lista de mis proyectos,  
poné evolución del amor  
o revolución  
¡qué linda la nieve!, dicen los turistas;  
¡qué fría la nieve!, para vos y yo.  
Uno a uno, serán buscados,  
encontrados, juzgados.  
Los pájaros saltan de rama en rama.  
dicen que, en primavera,  
la tierra desierta de mapuche  
huele a flores.  
Pensaba en ladrillos para el piso de la casa,  
ladrillos tibios y frescos.  
Dice Fournier que esos imbéciles

de los tecnócratas nos venden casas de cemento,  
casas frías,  
cuartos fríos preparados para la tortura,  
camas de hierro y duchas.  
¡Ni olvido ni perdón!  
grita el pueblo.  
A la siesta, en verano,  
los hombres se sientan bajo los árboles  
a orilla del canal.  
Traje semillas de corales para plantar flores rojas.  
Mi hermano soñaba con la primavera para todos,  
hizo proyectos,  
sus sueños no desaparecieron.  
“Tu sangre es BANDERA DE LUCHA”  
dicen los muros de la ciudad.  
Pensaba pintar el techo de la casa de rojo.  
Dicen que los Mapuches viven en comunidades.  
Pensaba, para el invierno que viene,  
tener un telar.  
Me gusta llegar a casa y encontrarte,  
esperar tu regreso me da miedo.  
Y que la lista de proyectos se interrumpa.  
El sol madura el fruto “For export”.  
La pobre cosecha pobreza.  
La distancia maduró el amor  
hasta que la muerte no nos separe,  
¿te das cuenta?  
Vas a escribir también eternidad.  
Nace el amor, nace el hombre, nace el amor.  
Multinacionales, oligarquía, militares  
matan las neuronas.  
Duermen como perritos sobre trapos.  
Afuera, el viento patagónico la escarcha.  
La nieve, el sol.  
Ni olvido ni perdón.  
No hay perdón, digo yo.

## Recuerdos de Montevideo. Verano del 99

Dicen los uruguayos: ¡vamos a la playa!

Yo, argentina y neuquina:

¡vamos al río!

Bajamos a la playa río-mar, río. Me río con los niños. Mar María río tuyo o mío.

Pocitos, arena blanca, el sol me encandila y desvarío: regresan los antiguos médanos, el asfalto cede. Se deja cubrir. Las filas de edificios en torre recobran su condición de efímeros castillos de arena.

Me río y miro las eternas olitas. Juego con los niños y mi niña; tal vez sus risas atraigan a las sirenas y estas se animen a mostrar sus colitas al sol.

Lucas y Tomás aprietan mis manos y dan saltitos de risa y frío. Jugamos con las olas, nos llenamos de pompas de espumitas de río y de mar.

Una ola más grande que las otras barre la arena del fondo. ¡Allí están las sirenitas! Van y vienen, muestran a veces sus colitas de pez y sus ojitos de nenes.

Por la noche, en la playa de pocitos, no hay niños.

Es plenilunio, las sirenitas huyen aturdidas por el agudo gemido de las noctilucas apresadas en escarabajos metálicos y brillantes que cortan la playa con su filo de luz.

La luna se siente culpable, busca una nube y se esconde temblorosa. Pero se queda en el río mar preparando el camino blanco sobre el agua por donde siempre regresan las sirenas a la Playa de Pocitos para jugar.

## Playa de Sta. Lucía del Este

Marrón, marrón.  
Hoy, soy río.  
No me mires.  
Si te miro,  
no te rías,  
no me río.  
Marrón, marrón,  
Hoy, soy río.  
Río mar mío



# “Solo venimos a soñar aquí en la tierra, a dejar unos manuscritos iluminados”

---

Ernesto Cardenal

¡Recuerdo esa tarde en Reta, todo mi cuerpo se había vuelto mar!

## Siembra II

Por el paso de la VIDA, sembré hijos, sembré flores,  
acelgas, árboles,  
AMORES.

Me detuve en mil estaciones,  
en barcos, trenes, aviones.

En algunas ocasiones, me atreví con los Citroën  
a atravesar el desierto.

Y lo doy por cierto

que con los brazos abiertos  
rumbearé a las ESTRELLAS

contenta, como he vivido,

rodeada por los amigos

y, en el corazón, prendidos hijos de sangre y cariño.

## Río de la Plata

Primer día

¿Te vas?

Sí, no aguanto más.

¿Otra vez las pesadillas?

Tengo una imagen grabada en el cerebro.

Segundo día

¡Hola! ¿Cómo estás?

Mejor, sigo con la imagen en la cabeza, a veces pienso en escribirla, hago el intento y no... hay detalles para los que no existen palabras.

¿Entonces?

Pienso en el color, los colores. Pienso en el óleo sobre todo. El óleo también huele...

Una vez, me contaste que tu papá pintaba cielos.

Recuerdo esos cielos... y el olor... eran cielos ungidos... eran cielos...

Tercer día

¿Qué más vas a llevar?

Esa caja.

¿La ato?

Sí, pero recuerda que tal vez la abran en la Aduana.

Bien, ¿compramos algo para almorzar?

No, quiero salir ya mismo, llegar rápido y ponerme a trabajar.

¿Te das cuenta de que son las 11 y el barco sale a las tres de la tarde?

No me importa, podemos quedarnos en la costanera, comemos allí y miramos el río.

Bueno... sí... el río... me quedaré en silencio, me debo este libro, tengo la música y el *dolce far niente*.

Coro

Una caja partió, cruzará el Río,  
una carga pesada arrastra,  
arrastra colores,  
arrastra colores encerrados en tubos,  
arrastra hojas de papel en blanco.  
Cruzaré el río profundo y oscuro,  
cruzaré el río agitado

¡Dejen que se agite esa caja!

¡Dejen que se estremezca!

¡¡Déjenla cruzar el Río!!!

Las tres de la tarde

¡Estás llorando!

No, estoy acuosa, como él...

Nos hacen señas, acomodemos el auto, ya subimos....

Coro

Están cruzando el río de lágrimas  
y ellos, arriba, cerca del cielo.  
Entonces, el viento arrimó las nubes.  
El viento levantó las lágrimas del río,  
ellos se hamacaron con las nubes en el cielo  
y el río se tragó la sombra.

Cuarto día

No me ofendo si preferís la soledad.  
Es que les hablo a ellos y a los colores.  
Busco, busco adjetivos.  
Sigue leyendo que la soledad no está conmigo.

Quinto día

Se siente el óleo desde afuera,  
después que te fuiste comencé.  
No recuerdo si dormí, me pasé envuelta en sueños, feliz.  
¡Aquí está! ¿Y?  
Estoy mirando...  
Es el final, aún me falta...  
Al final, una nena que vuela llevando veredas rayuelas marcadas en  
calles de tierra.  
Calles arboladas y ojos enormes, miradas abiertas, tal vez sean  
ventanas....

Coro

El caballo galopa, cruza el cañaveral.  
El pelo de la niña al viento,  
acompañando el ritmo  
y la caja chayera  
gritando coplas.  
Las crines vuelan untadas de óleo, color y dolor.  
No llores, no llores  
¡¡no llores, retumba el cuero de tu caja niña!!

Sexto día

Zapatitos con botón y soquetes blancos intentan alcanzar algo muy alto,

aparecen unos zapatos grandes acordonados de abuela.

La vereda se llena de zapatos.

Los zapatitos con soquetes se apoyan en la pared.

Una lengua rosada se pega al gris caliente de un muro.

El vaporcito hincha una nariz pecosa.

Coro

Perfume a piedra, a tierra, a lejana arena,  
te lo llevas también.

Carga tu lengua de sabores, nena,  
bajaste la escalera por última vez.

Dale a tu lengua el áspero roce.

Arderá el verano en tu lengua.

El río te refrescará un día.

Un pez te ronda, un gran pez,

vendrá un gran pez a llevarte.

Séptimo día

El río se llenó de zapatos, la lluvia llegó del horizonte y se unió al baile.

Me gusta este,

el de los zapatitos con soquetes blancos y los grandes zapatos de abuela, parece que se están dando un beso

¿adentro de una ballena?

## El chaleco nuevo

*Para María*

Con restos de lana que suman 157 años, tejí un chaleco nuevo.

Con ovillitos de colores viejos, te hice un color nuevo.

Junté recuerdos ovillados, desenredé historias viejas, para tejer una historia nueva:

El tono celeste cielo es de una madeja que esperó, esperó guardada 14 años hasta que llegó el tiempo de juntar los hilos y ponerme a tejer. El violeta de pelo de cabra resistió, la raza mohair, 52 años.

El azul seda de un conjunto que me tejió mi madre hace ya 45 años.

El opaco blanco de un chalequito de Ferni que, entre otras cosas, nos dio la Cruz Roja cuando llegamos a París, comienzo del exilio. Con él durmió calentita, luego lo hicieron tus hijos, María, mis nietos. La tibieza de la generosidad desconocida hace 30 años.

Los rosas, naranjas, la tiza de un saco de la abuela de tus hijos, tienen 17 años esos enulados colores.

Hebras de seda rojo pasión brillan por allí como el misterio de lo desconocido

y... ya está, ¡157 años de historia en este chaleco nuevo!

## Aduana

Aduana de Montevideo. ¿El último trámite? ¿Llegará el carrito por el camino polvoriento sin caballo de tiro? Con solo un pañuelo para secar el calor del verano?

Más atrás, galoparán los fantasmas. A su alrededor, manos jóvenes l'encouragent: il faut marcher, il faut marcher marcher, marcher, marcher!...

La gente pasará, algunos se apurarán, otros se arrepentirán, otros se sentarán a la sombra soñando el final, entonces, explotarán las valijas abriéndose. Volarán las hojas de los libros, se abandonarán al viento. ascenderán para, luego, regresar a la tierra resignadas. Las viejas fotografías buscarán recovecos entre las piedras del camino para no morir. Las cajas de madera saltarán gimiendo su destino de fuego. Entonces, una ráfaga me trae aroma a mar. Me apuro, paso sin mirar, envuelta en palabras. Palabras escritas, viejas fotografías, ardientes recuerdos...

Me apuro. Corro hacia las manos que gritan Il faut marcher, il faut marche...

## El viaje

Había iniciado el viaje y esperé que ella también lo haga.

Ella o él. La oscuridad era completa, aunque seguramente el sol todavía estaba en el tiempo en que se abandonó al viaje.

Me dijo que algunos habían bajado ya, aunque me aseguró que no era su hora ni su destino. Fueron obligados a detenerse, a quedarse. Muchos se negaron, fue inútil, otros gritaron valientes consignas. Lo que más me conmovió, continuó, fueron los casos en los que el viaje se les iba terminando de a poco, lentamente, como gotas de sangre de una herida.

Salimos a la superficie. Estaba sola. Seguí al sol.

## Tema: el Miedo

- ¿Hiciste la tarea?
- No.
- ¿Por qué?
- No pude.
- ¿Por el tema?
- No, por mí.
- ¿Qué tema te tocó?
- El miedo
- ¿Tienes miedo del miedo?
- No del miedo, no, de mí.
- ¡Estás loca!
- Es por las asociaciones.
- Es porque te pones difícil.
- Tal vez. Es porque me da miedo bucear en mi interior
- ¿Entonces?
- Encuentro escenas de pánico
- ¿Tuyas?
- De otros... y, mías también.
- ¿Hiciste terapia para trabajar los miedos?
- Sí, los tengo trabajados, conceptualizados, elaborados. Pero no olvidados.
- ¡Ah! ¡Ah!
- ¡Se me ocurre algo!...
- ¿Sí?...
- Podría trabajar sobre un miedo extraño.
- ¡Bien! ¿Qué clase de miedo? ¿No será un medio miedo?
- Tal vez... Algo especial...
- ¿Un miedo especial?
- Sí... El miedo de tener frente a mí, bajo la lámpara encendida, en medio del silencio de la noche sin estrellas, una hoja de papel en blanco...

## Ríomar

Río de La Plata: eje.  
Río mar, encuentro de dos corrientes  
impetuosas,  
intrépidas,  
bravías.  
El río derramado sobre la tierra dulce, libre.  
El mar tímido extiende suaves ondas saladas.  
¿Quién se pierde?  
Los dos se hacen uno. Dulce-salado.  
Eterno vaivén.  
Uno llega, otro se va.  
Vengo, vas,  
Vas, vengo.  
Capicúa de amor.  
Eros creador. Nace el ríomar.





# Suelta de versos





## Suelta de versos

¡Ah! Los SAYOS que vestimos  
¡Y los ayes que emitimos!!

¡Tenza el ARCO, poeta!  
Lanza tus versos,  
mi corazón espera

¡Ah! El AYO  
que buscaste  
¡¡y la NADA que encontraste!!

Poeta, lanza la flecha de tu verso  
¡aquí está mi corazón!

Están aquí mis versos,  
¿quién vendrá a buscarlos?  
¿Quién los sacará del encierro?  
Del encierro de estas cuatro paredes solitarias...

Te vas...  
Te vas desdibujando...

Circundada de luz,  
circundada de estrellas  
la noche titila oscura.  
Paciente,  
espera el azul...

El cielo  
se acuesta en paz.  
Sobre la tierra,  
solo yo me muevo

Ese fue el día  
en el que el día  
quiso ser día para siempre....

¿Chumalam peuman? ¿Para qué soñar?

¿Chumalam poihien? ¿Para qué amar?  
¿Chumalam quimun? ¿Para qué saber?

El árbol genealógico es como la cadena genética

Todos queremos ser lindos, buenos,  
y hacemos lo que podemos.

Puesta de sol. Puesta de luna. Puesta de lucero.

El lucero se hunde en el atardecer. El atardecer lo lleva a su cósmico viaje.

El lucero juega con las luciérnagas, ellas intentan alcanzarlo, entonces, se cubre con el velo de una nube.

El lucero se aleja, desaparece en el horizonte, es el último punto brillante de la tierra. Un hogar lejano con las luces encendidas. El último guiño y oscuridad.

Acá el gris.  
Más allá, el cielo azul y el sol.  
Aquí, estamos los grises.  
Más allá, el mar azul del Caribe  
y la blanca nieve de las montañas  
Aquí, el gris  
plomo para los grises.  
El tiempo de los Príncipes Azules pasó  
por suerte. Cuestión de dialéctica.

Como mil tambores, la lluvia golpeó sobre mi insomnio.  
Como mil centellas, rayos y truenos sobre mi rabia.

Antes, la vida para mí era un todo.  
Hoy, la vida es un todo más esos momentos.  
Me di cuenta de que lo había alejado para siempre.  
Me di cuenta, también, de que mis ojos no dejarían de mirar el camino de mi deseo.

Mi padre me enseñó la letra e. Como no sabía escribir, le dictaba versitos. Ahora, siento que él me dicta cuentitos.

Como lágrimas,  
acuden

a la memoria

los recuerdos.

Se agolpan,

llegan

sin ser llamados.

Los recuerdos caen,  
como lágrimas,  
en la memoria,  
sin ser llamados, llegan,  
inesperados, intrusos,  
a la quietud de la tarde.

Nuestra casa está limpia,  
sin pelos de gato,  
sin pelusas de lana,  
sin tierra en las ventanas.  
Es noviembre de rosas,  
nuestra casa está sola.

Dejé a las olas el dolor.  
En la orilla,  
los tallos escriben, en la arena,  
indescifrables mensajes,  
mientras un vuelo recorta el azul.  
El cielo se salpica de olas  
y de nosotros.

Este verano,  
que no fui al mar, soñé que  
él, tanteando,  
llegó hasta la hoja  
y al lápiz,  
tocó el margen  
y escribió mi sueño.

A la luz de las estrellas y el lucero, preparó la mochila  
como si el viaje fuera largo, muy largo.  
Se sumergió en el mar, en el fondo del mar.

Luego, nadó hacia la superficie.  
Con las aves, voló la hoja de papel

La tarde en el parque  
espera al viento.  
El otoño arrastra hojas,  
nada es silencio,  
danzan sobre el asfalto.  
Ajenos al azul, al oro del otoño,  
los pasos solitarios crujen.

Mis mañanas  
pobladas  
de suspiros y risas,  
de carreras al baño,  
del olor a tostadas.  
La soledad de mi cuarto  
nunca estaba sola.  
Salpicadas de risas,  
parloteos, susurros  
y alguna disputa,  
mis mañanas de domingo...  
Pasaron los años,  
mis mañanas se pueblan de  
versos y relatos.

Ibas tan rápido,  
que no me daba cuenta cuando pasabas a mi lado...

...No sé cómo llegué hasta aquí. Estaba con los ojos cerrados, tapados por innumerables signos... y los dedos atrapados en extrañas teclas. Quiero volver al comienzo y no hallo la punta, y, no quiero seguir sin desandar el camino.

¡No regreses!, me grita el viento golpeando la ventana. ¡No regreses!  
¡Sigue! ¡Sigue!

Se puso a silbar y todo se puso gris.

Me clavó sus ojos negros.  
Suba, le dije.  
El auto se estremeció con el peso de su cuerpo.

No lo miré,  
no le puse la mano sobre su pierna,  
no hablé.  
Es allí, señaló con su mano.  
Bajamos,  
caminamos en silencio.  
No le dije que quería ser feliz,  
no le mostré los rayos de sol entre las hojas,  
no me paré frente a él,  
no me agaché a recoger flores silvestres,  
no hundí mi cara en su espalda,  
no desabroché los botones de su camisa,  
no me refregué contra su cuerpo,  
no le recorrí la cara con mis manos,  
no deslicé mis dedos por las rayitas de su camisa,  
no lo miré a los ojos,  
no respiré su olor,  
no le dije que me dio miedo tejer una historia.  
Después....  
Él bajó las escaleras.  
Desapareció.  
Desde abajo, me llamó,  
obedecí y comencé a bajar.  
De pronto, las barandas se alejaron  
y los escalones fueron una fría ladera de mármol.  
Grité.

Los bichitos de luz o las luciérnagas, como quieras llamarlos, me recordaron que estamos hechos de polvo de estrellas...

Yo nací dentro del cuenco de tu mano,  
en el ajuste justo de la vida y... luego  
me aletearon unas manitas nuevas...

Anduve muchos caminos  
buscando olvidar tu nombre.  
Y el camino, el camino me decía  
que eras vos el horizonte....

Parir palabras es mi anhelo...

Otra vez, estoy aquí, muda.  
Escucho sus respiraciones y no puedo decirles nada.  
No me ven,  
yo los veo,  
soy la dueña de sus orígenes  
favorecida por el milagro de sus primeras miradas.  
Cántaros puros, derrame de leche y alma...

¡Ah! Qué tarde tan callada,  
puedo escuchar mis pensamientos...

Duerme ya, guagüita,  
que viene la luna  
con su blanco manto  
toda arropadita.

Mi chacra se seca, ¡señor de los cielos!  
Yo solo te pido  
algún aguacero...

El verano me alargaba el dobladillo...  
Las estaciones no tenían piedad de mi vestido preferido...  
Tenía que dejar así, de a poco, a retazos, mi infancia,  
mi cuerpo de niña colgado en un ropero ajeno.  
Mi madre, sentada frente a la máquina de coser,  
le ponía una esperanza al verano...  
Sus manos hábiles transformaban la pena de crecer  
en un vestido nuevo...

Campanillas azules,  
niñez rescatada de un cerco,  
lejanía olvidada que pudo  
ser pura grabada en un lienzo...

...el cielo se queda en la pradera  
azul.  
El cielo se salpica de olas  
rojas  
...y nosotros.  
Alguien vendrá...



Abrirá la puerta... Entonces, los olores encerrados  
se unirán a sus pasos,  
dejarán una huella en el polvo...  
Se escuchará cómo crujen las palabras, ...  
Se abrirá un libro  
y caerán las primeras flores de  
un día,  
de una tarde de sol.  
Alguien vendrá...  
Por fin ascenderá contigo el humo perfumado de cascaritas de naranjas  
y...  
Las palabras ....

En fin,  
amor mío,  
lo único que quiero  
es agitarme con mi pueblo....

Ida la noche,  
la luz se abre paso.  
Amanece.

El parral  
ya no culta racimos.  
Es otoño.

Tus manos  
acarician todo lo que tocan  
y ya no están.

De pronto,  
una explosión de trinos.  
Amanece.



# Prosa Poética

me iré caminando  
por la calle  
como quien va al almacén  
a comprar algo  
antes que se sequen los abrazos  
de mis brazos  
y  
que  
olvide  
la forma  
que tenía la ternura.

-----  
desde el ancho camino  
habitado de ausencias  
yengo  
hasta tus ojos de paloma  
con los brazos abiertos  
en interminables andenes  
pesada la cabeza  
de estrellas y de lunas  
hacia tu hombro



cuando ya nadie  
me ame,  
ni reclame mi regazo  
ningún niño  
cuando sea deportada del país  
cuando ven rodando mi vida de  
~~cuando~~ cuando  
buenas palabras  
yo  
sé

que  
estarás en cualquier  
esperándome.

-----  
y caminaré y caminaré siempre  
sea la vida misma, y me iré  
por todas las buenas razones  
no viva aguardando lo imposible  
ser, porque es de locos vivir  
el colmo de amar la guerra para que proteja la paz  
vez y para siempre, y para devolver el tiempo de  
no me pertenece que no nos pertenece porque fue  
tiempo azul, y todo el que roba el azul al rojo  
para siempre a esta locura, a la locura de no vivir  
de  
ieron que  
no puede  
erra, hasta  
ternura de una  
cipado que  
ones del  
esta condenado  
vidio.

-----  
2 de abril



## El fetiche

La penumbra se agita por el golpe de la lluvia en la única ventana.

Los ojos de los gatos saltan del sillón a la alfombra tapizada de papel escrito. Un trueno hace caer lo que queda del libro; su lomo tallado en blanca madera, desaparecida casi, por siglos de rodar y ser manipulada en búsqueda de palabras.

## La noche

Deja los gatos acurrucados en el sillón, siguen custodiando el lugar, están, tal vez, observando la escena.

Sube la escalera hasta su dormitorio, al poner la mano en el picaporte la puerta se abre y todos se apresuran a bajar del tren. Se deja empujar, saca del bolsillo la pluma y vuela.

Cruza semáforos de colores hasta llegar a la plaza San Martín.

Los puestos de la feria, vacíos; era de noche o ¿era el amanecer?

Sentado en un banco lo vio, caminó hacia él. Cuando el sol apaga las luces de la plaza, olas embravecidas agitan el barco hasta hacerlo encallar en un puerto del mediterráneo. Las olas castigan las rocas. La pluma huye de sus manos y se aleja en el mar.

Solo, desesperado, sin empuñar la palabra, mareado de sed, recibe agua de unas manos de árbol.

Al regresar, la pluma puede recorrer el cuerpo sin hojas. Mecido por las olas, su larga barba puede rosar la orilla del mar. El barco encalla en un puerto. El árbol tallado da unos pasos, vuelve hacia él la mirada. La pluma huye, se escapa, vuela. ¿A qué puerto? ¿A qué mar? Está solo. De la arena, entre las rocas, emergen seres de largas barbas, junto a otros seres sin rostro, solo ojos que miran y gritan: ¡¡Regresa!! ¡¡Vuelve!! La pluma y el libro está allá...

## El despertar

El anciano ofrece su espalda tallada, la pluma enredada en la larga barba. Se recuesta en las hojas escritas de lana negra, ofrecida por los corderos de la paz. Hiladas por las manos de mujeres para escribir en el telar de la vida la historia de los hombres.

Sobre el techo de la casa, tormenta, lluvia, truenos. Despierto, se sienta en la cama, recuerda el libro de la abuela, en el anciano árbol tallado, en las hojas de lana hilada negra.

Entonces, deseó la paz.

## Nocturno

Había estado bajo la única lámpara encendida cuando escuchó el murmullo entrecortado del agua. Entonces, se abrió paso entre las otras, abatidas por la resaca de la noche. Extendiendo la gasa que la envolvía, voló hacia allí.

Ronroneó de placer con la gotita azucarada de una cucharita de café, hasta que el agua la envolvió en un remolino.

## Latidos

Tambaleante, llegó. La luz de la galería le golpeó los ojos. Dio vueltas arrastrando la almohada, tropezó con una silla, y siguió su búsqueda. El canto de un gallo que vino desde el patio la detuvo. Luego, otra vez el silencio. Cerca de la puerta, acomodó la almohada y se estiró sobre el mosaico fresco. Tac, tac, sonó en su oreja, se dio vuelta. Tac, tac, se durmió sin querer. La despertaron los gritos que venían de la galería. Sus hermanas ya nadaban de panza entre el mosaico y el agua de la manguera. Entonces, se acordó de la tortuga, la fue a buscar y se sentó en el agua. ¡Nena, no te pongas la tortuga en la oreja, te puede morder!

## Recuerdos de Chile

...Después, bebí el jugo de las murtillas. El almíbar rojizo, su sabor a bosque me regresó al paisaje, a la humedad de los cerros, a la oscuridad voluptuosa de la vertiente. Entonces, a las frutitas que quedaban flotando en el cuenco, les agregué un poco de crema, para suavizar la nostalgia.

## Ocaso

La primavera se despide, pálida, hasta que las nubes la incendian envuelta en la pradera.

## La masa

La dejo envuelta en lienzos blancos. Pongo un leño más en la cocina, acomodo la olla de la leche y la caldera de agua para el mate.

Había salido el sol. Salgo. El viento abanicando las hojas del parral desoculta racimos maduros. La soledad bulliciosa del campo, la danza interminable de los árboles.

En la pradera, salpicada de flores, las aves se entregan a las ráfagas del este.

Comienzo el rito alabado por gansos, patos y pollitos. Más allá, los corderos, en pequeñas carreras, se acercan al cielo.

...Así, cumplido el culto a la tierra, con la canasta rebosante de frutos de la huerta, regreso a la tibia penumbra de la cocina.

Ella, allí, oronda, tibia, perfumada. La tomo entre las manos, en un enérgico vaivén, hasta sentir las burbujas en las palmas, la voy modelando hasta recuperar la antigua forma de pan... entonces, la ofrezco al calor de las brasas.

## Elegía campesina

En la inmensidad de la cocina, suena la noche, entra sigilosa por la puerta abierta, se mete por la ventana. Atraviesa los racimos, trae de la pradera un fresco húmedo y... los grillos lloran al amor ausente...

Una gota de agua, una gota de lluvia,  
gotitas de agua, gotitas de lluvia  
estallan contra el vidrio,  
se deslizan lentas,  
dibujando caminos en la ventana.

## Los que no regresan

Me apuré, el de las doce de la noche es el último. En el andén, solo había papelitos de colores de las golosinas de la tarde. Empezó a soplar el viento, los papelitos volaban mezclados con la tierra.

Los escaparates de enfrente mostraban las veredas desiertas. El viento se hizo más fuerte y frío, empezaron a caer unas finas y heladas gotas.

Comenzó a llegar gente y todos nos pusimos a mirar la esquina con las ganas de que llegara pronto, como si con nuestras miradas pudiéramos apurar la hora.

Pasaron corriendo, jugando como si la noche no les importara. Iban y venían, se pegaban entre ellos, se pateaban y reían. Vendían golosinas, alguien les compró unos caramelos, no paraban de moverse.

Cuando el andén fue quedándose desierto, se mezclaron con el viento, la tierra y los papelitos de colores.

## Espantapájaros

Espanta, espanta seres, espanta hombres, espanta vida. Es el esperpento, es el nombre de aquel que espanta.

Y... Los pájaros ¿huyen? ¿o juegan con él? El espantapájaros les hace señas justo cuando llega el dueño. Los pájaros no pueden vivir sin el espantapájaros.

Solo cuando llueve se recogen entre el follaje y él se queda allí solo, mirando crecer las lechuguitas. Y ellos, allá arriba, sienten la pena de verlo bajo la lluvia.

## Domingo

Doña Rosenda es un punto en el camino desierto. Su balanceo surge de la barda,\* pollera ancha, multicolor pañuelo cubre su cabeza.

Raza derrotada, Rosenda Nahuelcura. Cruza la tranquera, saluda a los perros. Se queda parada, recobra el aliento. En un rápido gesto, la mano sin bastón disimula el cuchillo en la cintura. Se acerca apurando el paso, apoya su rostro curtido en el mío.

Tarde de visita: No aprendí labores.

Siempre fui sirvienta.

Me escapaba al baile.

Estaba ¡tan sola!

Me quedé dormida y rompí la loza.

Lejos la familia. ¡Lejos!

Así, en la conversa, se apropia del mate, me sigue a la huerta. No es caso de dejar pasar el cuarto menguante. Con siembra y mateada termina la tarde. El camino la vuelve a su ruca. El piño de chivos la deja pasar, después regresan con ella...

\*Barda: ladera cerril, altura 1000 a 1300 metros. Cierta forma de faldeo en la Patagonia argentina.



# Cuentos



# Palabra allanada

## Capítulo 1

—“No se encuentra disponible. Después de la señal, deje su mensaje, que será guardado por siete días”...

—¡Rolo, te espero, apareció la punta del... Necesito tu ayuda! Fotos y filmaciones...

—...No se encuentra disponible...

—Te estoy buscando... te estoy buscando, ¿dónde estás?

—Estoy yendo. ¿Te llamaron? Estás pálido, viejo, bueno, esperaste tanto tiempo y por fin se te dio. Esto recién comienza... En realidad, continúa. Traje mi nueva adquisición, además de este bloc de hojas, no sea que te pase como la última vez que no tenías dónde escribir.

—¿Cuándo? ¡Ah! ¡Sí! Le dije a esa mujer que no tenía dónde escribir a propósito, para que hable, muchas veces el registro asusta, a veces, las palabras escritas son persecutorias... Y tu cámara asusta también. En este caso, vamos a ver primero cómo se presenta la situación. Seré sincero con esa persona, si necesito filmaciones las haremos, ¿bueno?

—¿Ya recopilaste todo esto?

—Sí, y me falta bastante.

—A mí me parece que con este material podrías editar un libro. ¿Cómo te fue en la entrevista con la tía del muchacho?

—Después te cuento, tengo todo grabado, ella se vuelve a Francia, pero quedamos en contacto.

—¿Será cierto lo del proverbio chino?

—¡Salís con cada cosa!

—“Quien sobrevive a una calamidad conocerá una felicidad tardía”

—No sé qué decirte, para mí, los sobrevivientes son un misterio.

## Capítulo 2

*\*Te propongo volver a leer “La cita”*

—Apuremos que salimos ya para San Miguel. Gracias por venir, Rolo, la verdad que no quería ir solo, además, no podemos perder esta oportunidad. No te olvides de que, por fin, él se comunicó con nosotros.

Raúl acomodó las carpetas en la mochila y se paró, se volvió a sentar, tomó el agua que había quedado en el vasito, se quedó como en suspenso, abrió la mochila y sacó una carpeta, la puso sobre la mesa sin abrirla y dijo:

—No me gustaría estar en la piel de los sobrevivientes... Asumir la responsabilidad de estar con vida. Levantar las banderas y seguir, seguir. Ese granito de arena... El compromiso... Cargando las heridas. Las de ellos y las propias cicatrices. No, admiro a los sobrevivientes. Sobrevivir sería una vida sobre la propia vida, una supravida.

Alzó la mirada. Rolo lo escuchaba con los ojos húmedos. Pagaron y salieron del bar.

Los dos amigos subieron al auto, sumidos en sus pensamientos, ni la vorágine de tránsito lograba romper el mutismo que los envolvía.

—Estamos llegando —balbucea Raúl—, estamos llegando —suspira.

Detuvo el auto, se pasa las manos por la cara como si despertara. Con los dedos, se baja los párpados como quien cierra los ojos a un muerto. Recuesta la cabeza, solo se escucha la respiración de los dos. Después, lentamente, pensando cada gesto, puso en marcha el motor. Rolo tuvo miedo, pensó que Raúl no se animaría y bromeó.

—¿Adónde me trajiste? ¡Aquí deben vivir los fantasmas! ¡Allá se ve una parte del castillo embrujado! Brr, brr. Pará el auto que me bajo.

Bajan, Raúl acomoda el brazo sobre los hombros de Rolo, sin apuro caminan, dan vueltas a la manzana. Al pasar junto al auto suben apurados, buscan refugio, las ruedas tiemblan sobre los adoquines.

La vereda está cada tanto invadida por las enredaderas que saltan el muro. Dueñas del espacio de los juegos que antes fueron. También la grama infla las baldosas cuadrículadas de los años 50. Allí, se detuvieron sus ojos...

### Capítulo 3

*\*Te propongo volver a leer “Juego de Niños”*

La entrada era una enorme reja con una puerta al costado.

—Raúl, yo no bajo —siguió Rolo con el tono jocoso.

—Rolo, ¡no me digas que no te imaginabas a dónde veníamos! —respondió molesto Raúl, que deseó estar solo, que nadie le hable, que nadie perturbe este encuentro con el pasado. Rolo lo abrazó cariñoso.

—No, viejo, ni idea, brrr, me da escalofrío.

—Bueno, basta de bromas que esto es serio.

—¿Vos pensás que aquí puede vivir alguien? ¿Un sobreviviente? ¿O una sobreviviente?

—El dato que tengo es que allí vive una sobreviviente y, lo que es peor, avisaron que la sobreviviente desapareció.

Raúl bajó del auto, dio unos pasos y subió.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Rolo.

—Vamos a un barrio a pocas cuadras de aquí. Esta quinta tenía varias hectáreas. A fines de los 40, se construyó la fábrica y se loteó para hacer el barrio... Quedó el casco donde viven los dueños, bueno, los que quedaron, Iván es uno de ellos. Una familia muy querida cuenta los que los conocieron. La abuela era una mujer fuera de serie, era paraguaya. Su padre, médico revolucionario, se vio obligado a exiliarse en argentina en los años 20 y pico. Primero, llegó al sur, a la Patagonia, con ganas de establecerse en Allen, donde estaba el único hospital de la zona. En ese entonces, hacían vuelos sanitarios de Zapala a Allen. Pensó que su madre, la madre del médico, muy anciana, no resistiría el clima, entonces se establecieron en el Chaco, pero esa es otra historia. Una de sus hijas me comentó que ella, la abuela que te cuento, fue para ellas la profesora de la verdadera historia, la historia que no contaban los libros de texto. En los años 50, en clase, ¿te imaginás? Tal vez, algún docente haya reflexionado sobre los conceptos aprendidos en una facultad oligarca como la de aquella época. En realidad, es cierto, uno no alcanza a ver los impactos de las palabras... y no creo que la abuela tuviera otra intención que la de contar la verdad. Pensá, te estoy hablando de los años 45 en adelante. Las hijas llevaban documentos a la escuela sobre la guerra de la Triple Alianza, sobre Sarmiento y libros de historiadores paraguayos, desconocidos por los docentes... Una brava mujer, esas del pañuelo blanco, incansable luchadora por la justicia. Militó hasta que se fue de este mundo.

—¡Llegamos! Casa 22, pero es la de atrás, aquí Casa 24. ¿Habrá alguien? Parece todo cerrado. Bajemos.

—¿Cómo hacemos para pasar atrás? El portoncito tiene candado.

—Allí sale una señora... ¡Hola! ¿Cómo hacemos para pasar a la 22?

La mujer se dio vuelta y gritó:

—¡Isidro, te buscan! ¡Gente! —insistió. Mirándolos de reojo, se metió en la 24.

## Capítulo 4

### Discursos de la abuela Beba

Abuela Beba: mi madre, militante de la línea fundadora de las Madres de Plaza de Mayo, buscando a mi hermano Julio Galeano, desaparecido en 1977. Celina “Beba” Álvarez Macías nació en Paraguay en 1911, madre de cuatro hijos, murió a los 84 años en Zarate, Buenos Aires, con el puño en alto. Aquí, algunos de sus discursos como madre de la Plaza.

*“Queridos compañeros, gracias al pueblo de Merlo por su participación a esta marcha por la plena vigencia de los derechos del hombre. Los compañeros que hablaron antes explicaron con claridad los alcances de esta convocatoria. No quiero ser reiterativa. Como militante por los derechos humanos, representante de Familiares de detenidos desaparecidos y presos políticos de Merlo, quiero agradecer a los jóvenes y no tan jóvenes hayan dejado de lado diferencias ideológicas para lograr la unidad en esta lucha que será sin descanso contra todas las violaciones a los Derechos Humanos, porque nuestra lucha no solamente se limita al derecho a la vida, sino porque va mucho más allá, me refiero a la vivienda, salud, educación, derecho al trabajo, salario digno, contra los despidos, suspensiones, cierre de fuentes de trabajo. Por todo esto, como Familiares, luchamos y seguiremos luchando.*

*Los aquí presentes debemos realizar esta unidad concreta en las tareas que nos permitan mantener nuestras diferencias ideológicas. Aquellos que nos indican como adversarios circunstanciales mientras enfrentamos al enemigo común: oligarquía e imperialismo y sus representantes nativos.*

*En la medida en que estas experiencias se repitan, construiremos entre todas las herramientas reales que nos saquen de la debilidad infantilista que permitió, en anteriores oportunidades, al golpismo apoderarse del poder sin que nuestra voluntad avasallada pudiera manifestarse en una sólida, tenaz e imbatible resistencia.*

*Yo creí que mi paso por la vida no me permitiría disfrutar de tan grande satisfacción, ver a todos los sectores unidos. Esto se logró porque todos comprendimos qué importante es la unidad. Hay algunos sectores vacilantes. Tengo esperanza de que, a otro acto que convoque esta multisectorial, los contemos como convocantes, porque este acto no es el primero ni será el último; nos hemos comprometido a seguir con ahínco esta lucha y pido que cualquier agresión nos sea denunciada e inmediatamente organizaremos una movilización.*

*Nuestra dirección: Juncal 797, Comisión de Familiares.*

*El pueblo sigue siendo agredido. Atentados contra militantes populares, partidos políticos, amenazas, despidos, cierres de fuentes de trabajo. Contra esto tenemos que luchar y demostrar a los fachos que estamos unidos, que esta unidad es nuestra fuerza y nuestra arma. El pueblo unido no será vencido, la historia pasada y presente nos lo demuestra todos los días.*

*Queremos justicia, pero la verdadera, que todos los criminales que hicieron desaparecer 30.000 militantes populares y dejaron nuestro país en la más espantosa miseria sean castigados. Libertad inmediata para nuestros presos políticos. Concretado esto, diremos que se hizo justicia. Un rotundo NO a una amnistía cubierta o encubierta. Que nuestros presos no serán usados para llevarla a cabo”.*

*“Gracias por responder a nuestra convocatoria por una Navidad feliz y la plena vigencia de los Derechos Humanos. Para nosotros, los familiares, hace ya ocho años que no la podemos festejar a pleno, la dictadura nos dejó una o más sillas vacías, que siempre tenemos la esperanza de que el próximo año la ocupen sus dueños. Hace ya muchos años que venimos luchando por saber qué pasó con nuestros familiares y hoy, a un año de democracia, seguimos en esa lucha por obtener una respuesta, queremos llegar a la verdad. ¿¿Dónde están nuestros hijos??, padres, esposos, nietos, hermanos. Aún no tenemos respuesta, así que nuestra lucha continúa. Queremos justicia, queremos que los responsables de este genocidio sean castigados con todo el peso de la ley. Querer esto no es venganza, es justicia, sin ella no lograremos la paz.*

*La dictadura atacó a todos los sectores; así, fueron desaparecidos y asesinados sacerdotes, religiosas, estudiantes universitarios, secundarios, obreros, dirigentes de villas de emergencia, maestros, amas de casa, profesionales de la salud, abogados, artistas, escritores, músicos, periodistas, etc. Atacó a la mediana empresa que se vio obligada a cerrar sus puertas, dejando a cientos de obreros sin trabajo. Aplicó un plan económico de entrega, aliada con la oligarquía, el imperialismo, las multinacionales. Para poder aplicar este nefasto plan, hubo necesidad de hacer desaparecer a 30.000 luchadores por la justicia y equidad, no les bastó privarlos de su libertad, sino que les hicieron perder su realidad física. Un joven que volvió del horror de los campos de concentración me decía: “todo el día nos repetían, ustedes ya no son nadie, están chupados”.*

*En Merlo, nuestra ciudad, han desaparecido muchos jóvenes, algunos aún cursaban los estudios secundarios. En nuestro stand, tenemos sus nombres, les ruego se acerquen y les daremos la lista. En ella, alguno de*

*Uds. encontrará un amigo, un compañero de colegio o trabajo o simplemente un conocido.*

*Nuestros desaparecidos lucharon por salarios justos y viviendas dignas, derecho a la educación y a la salud y, sobre todo, por una niñez bien alimentada y feliz.*

*Nosotros, como militantes de Derechos Humanos, y Uds., que estamos reunidos en esta jornada, no lo hagamos solamente cuando nos convoquen, que nuestra solidaridad sea permanente, que, si la dictadura atacó a todos los sectores, todos estamos comprometidos en esta lucha.*

*Hoy, hay miles de jóvenes que ya recorren el duro camino abierto por nuestros luchadores desaparecidos, unámonos a ellos y en unidad, solamente en unidad la lucha dará sus frutos, marchemos con una sola bandera: el bienestar del pueblo.*

*Debemos estar unidos para defender nuestra joven democracia, fortalecerla y estar preparados para impedir el avance de los golpistas de turno que quieran arrebatárnosla.*

Los convoco por los derechos más elementales de las personas. La vida, la vida en libertad y seguridad. Por el juicio y castigo a los culpables, por una Navidad feliz y la plena vigencia de los Derechos Humanos.

No quiero terminar sin rendir un homenaje a todos los luchadores civiles y religiosos, los que fueron asesinados por la dictadura, con un minuto de silencio. Un caluroso aplauso para los detenidos desaparecidos.

Feliz Navidad”

Raúl y Rolo sin hablar. Subieron por una calle entre muros carcomidos por el tiempo que terminan en una casa con dos balcones; atrás, se ve una galería con las chapas del techo caídas sobre baldosas estampadas.

—Extraño lugar. En la otra cuadra, comienza el barrio. Allí, tal vez sobrevivan los antiguos obreros de la fábrica. Si aquí, en este lugar, desaparecieron más de 20 personas, otras tantas se exiliaron, tal vez regresaron y estén levantando las banderas de los caídos.

## Capítulo 5

CORTE DE RUTA SOBRE EL PUENTE DEL RIO NEUQUÉN.  
*Corte del puente sobre el río Neuquén.*

*Cruzó el puente cuando la ciudad encendió las primeras luces. No había viento, el olor agrio planeaba aún entre las cubiertas quemadas. Un reguero de panfletos chamuscados, mochilas, libros, cuadernos, banderas;*

*hombres, mujeres, algunas con los hijos tapándoles la cara, corrían como hormigas, con el hormiguero destrozado.*

*Él no escuchó las sirenas, ni los ladridos. Tambaleante, llegó al puente, caminó por la senda de peatones; para no caer, se aferró a la baranda. Alguien gritó, le gritaban a él. El río Neuquén corría partido al medio por un montecito. Él siguió allí, la baranda sostenía su cuerpo, alguien trató de levantarlo. Se resistió, no quiso dejar solo al río y pensó en el mar, lo imaginó como una gran caverna oscura y fría que lo alejaba. Entonces gritó: No, ¡¡NO!! Sintió un golpe en la espalda que le soltó las manos. Manoteó en el aire tratando de asirse de algo, de alguien, de los que corrían en medio del aullido de las sirenas. Él trató de correr, tenía frío, algo pegajoso le corría por la espalda y se le metía en la zapatilla. Sintió la boca seca, pensó en las olitas del río y siguió tambaleante.*

*Sin saber cómo, llegó a la calle de su casa, reconoció el portón. El árbol sin hojas. ¡Hijas de puta!, le gritó a la fila de hormigas que llevaban una carga verde, intentó romper la fila, pero no le respondieron los pies, no los sentía. Levantó los ojos y vio las ventanas de su casa, se arrastró sobre los cuadrados de luz reflejados en la vereda. Los hijos se asomaron, apagaron la tele y gritaron: ¡Mamá! ¡Mamá! Es papá, es papá. La mujer corrió, abrió la puerta. Él sonrió, feliz, antes de caer.*

Isidro se asomó a la ventana, ¡ya voy!, gritó. Se escucharon golpes de puertas; al rato, salió con un manajo de llaves y un pañuelo en la mano. Las canas estaban demás en su aspecto joven, aunque caminaba encorvado.

—Sí, yo llamé, esteee, bueno, me presento —balbuceo Isidro—. Soy el hijo menor de, de, deee ella.

Y tendió la mano, sudorosa, mirándolos a los dos mientras seguía caminando.

—¡Sí! Habló conmigo, yo soy Raúl G y él es Rolo, él nos va a dar una mano con la búsqueda, es fotógrafo y trabaja conmigo. Vamos en el auto.

—Vayan, yo voy caminando, es donde se ve la reja y el muro, ¡vayan! Es para allá, en la cuarta calle, corre como esta, van a ver un gran portón de rejas al lado una puerta de entrada de hierro.

Corrió al lado del auto con las llaves en la mano, sujetaba un pañuelo y se secaba el sudor. Cuando se daba cuenta, cambiaba de mano el pañuelo y se refregaba el cuello. Llegó antes que ellos.

—Dejen el auto aquí —señaló mientras guardaba un peinecito en el bolsillo de atrás del pantalón.

Al abrirse, la pesada puerta sacudió la enredadera de gorriones. Raúl y Rolo lo siguieron bajo la maraña de enredaderas, glicinas,



rosales, campanillas azules, madre selvas. Era el pasadizo que, según Isidro, recorría todos los días desde que ocurrió aquello; llegaba justo hasta una puerta de hierro que, alguna vez, tubo vidrios de colores. Isidro, con el llavero colgado de un dedo, hizo ademán de tirar las llaves al aire, cayendo sobre la palma abierta la llave correspondiente a la puerta, a la primera. Mirándolos con una sonrisa de orgullo, mostrando ese gesto practicado, tal vez durante años de soledad que, por fin, pudo mostrar a alguien, así, las puertas se fueron abriendo, previo rito de elección sobre la palma arrugada y ancha de Isidro. Se abrían habitaciones, pasillos húmedos y oscuros. Entonces, el silencio se llenaba de corridas y agudos chillidos. Rolo, con la camarita, filmaba. El haz de luz se deslizaba por las paredes resquebrajadas: mostraban, a veces, ladrillos anaranjados y limpios. Sillas amontonadas en los rincones, los baúles y armarios despedían un olor fuerte a humedad que hacía más siniestra la oscuridad.

## Capítulo 6

*Hombre, cuando, algún día, descubras las fosas comunes buscando a tus hermanos,  
te pido un favor.  
Si entre los huesos blancos de los santos  
descubres  
pedazos de papel escritos,  
trata de juntarlos  
con respeto  
porque son mis versos...*

—¿Buscó bien, Isidro? —preguntó Raúl.

—Sí, sí, acá no está, estoy seguro —dijo, mostrando los zócalos y paredes con el haz de luz de la linterna que temblaba en su mano.

Mostró su palma llena de llaves

—La llave la tengo yo —afirmó—. ¡¡Hace 27 años que la atiendo, estoy desesperado!! —dijo, tapándose la cara, ahogando un sollozo—. Le prometí a la abuela que la cuidaría a la pobrecita —y agregó, levantando la voz—, ¡no sé qué haré sin ella! ¿dónde estará? —gritó.

## Capítulo 7

¿Dónde están mis hijos?  
¡Dónde, dónde están!  
*Schit, schit.*  
*Allí vienen los perros*  
¡A disimular!  
¡Viejas de mierda!  
¡Despejen la Plaza!  
¿Dónde están mis hijos?  
*Dónde, dónde están.*  
*Una vuelta más,*  
¡coraje!  
*Una vuelta más.*  
*Los perros avanzan.*  
¿Dónde, dónde están?  
*Schit, schit.*  
¡Los carros azules!  
*Es todo por hoy.*  
*Los perros perdieron la presa.*  
*Perdices en el pajonal.*  
*La Plaza de Mayo*  
*se tragó las Locas*  
¡Dónde, dónde están!  
*Los perros rabiosos*  
*se muerden la cola*  
*Tra la, la, la, laaaa*

## Capítulo 8

—¿Está seguro de que no tenía por dónde salir? —preguntó Raúl.

—Vamos a sus habitaciones —dijo Isidro—, compruebe usted mismo.

Isidro agito las llaves, inclinó la cabeza, dio vueltas por el pasillo. Había una sola puerta abierta, agitó los brazos, el haz de luz de la linterna iba desde colgajos de papeles y telas de araña a los mosaicos blancos y negros.

—Al pasar por nuestros rostros el haz de luz sentí que nos habíamos sumergido en el fondo más oscuro de la verdad —recordó Raúl.

Isidro se recostó agitado. Movía la cabeza para escuchar. ¿Escuchar qué? Si el silencio era absoluto. Después, caminó, su cuerpo fue desapareciendo, la luz de la linterna seguía sus pasos como si solo las zapatillas caminaran en la oscuridad. Lo siguieron hasta una puerta cerrada con candado.

Rolo, en el pasillo, comenzó a filmar, Isidro se dio vuelta y lo miró. Luego, jugó con las llaves, abrió el candado y se sumergió en las sombras; al instante, todo se iluminó. Rolo, encandilado, apagó la cámara. A su lado, Raúl se tapó los ojos con las manos

—¡Síii! —gritó Isidro y corrió para encender las luces de la araña de cristal, cuyos caireles tintinearón en el silencio.

La habitación no olía como el resto de la casa, se sentía una extraña fragancia a madera, papel y rosas. Las paredes con estanterías vacías y armarios cerrados, sillas y sillones. Una pequeña ventanita abierta a la luz del día parecía el único hueco de entrada o salida a la vida.

Una puerta daba al dormitorio, que se veía tan amplio como la biblioteca. Un enorme ropero ocupaba casi una pared. En el medio, el espejo biselado multiplicaba la luz en colores. La puerta del baño mostraba una bañera llena de agua limpia; los azulejos blancos, orlados de flores rosas.

Recorrían el espacio como si temieran despertar a alguien. Los tres al mismo tiempo se detuvieron bajo la araña, los caireles se balancearon, como si se hubiera abierto una ventana, o como si de ellos se hubiera desprendido un soplo de vida.

Rolo se apartó, encendió la cámara y filmó a Isidro y Raúl, salpicados de colores; se quedó allí. Raúl caminó hacia la habitación, se detuvo antes de entrar, se vio a sí mismo reflejado en el espejo.

—¿Qué me pasa? —se preguntó. De pronto, sintió que, si abría la puerta de ese enorme ropero, encontraría la verdad. Esa sensación de búsqueda infinita de lo intangible, de lo tantas veces añorado. Dio media vuelta y comprobó que las ventanas estaban selladas. Isidro, como excusándose, había dicho:

—Ella quiso cerrar todo, tenía mucho miedo.

Entonces, volvió al espejo y, desde allí, como si a su alrededor hubiera un camino, lo recorrió. Dio vueltas sin sentido, como antes dieron vueltas a la manzana.

Rolo y Raúl regresaron al salón pensando en ese enorme ropero, ¿por qué estaba tan separado de la pared? Pensaron que no tenía sentido esa separación, ¿por qué lo habrían corrido? No se veía humedad que lo justificara. Sintieron que algo significaba ese espacio. Que formaba parte del mismo misterio que envolvía esa casa, esos hechos. Esa historia...

## Capítulo 9

### **La cama**

*Yo tengo un montón de hermanos, yo soy el más chiquito, por eso mi mamá me mimó más y me cuenta secretos. Mi mamá me contó que, cuando ella era chiquita, tuvo que darle su cuna a la hermanita nueva, yo también voy a tener una hermanita nueva, y que la pusieron en una cama que era grande para ella y es por eso que tenía frío y soñaba cosas feas y que, muchas veces, en realidad, no tenía cama y tenía que dormir en el auto porque a su papá le gustaba manejar de noche, mientras ella y sus hermanitas dormían, y que tenían que esperar en una cama de hotel que no le gustaba porque su hermana grande le quitaba la frazada que le tocaba a ella, es por eso que no le gustaban las camas de los hoteles que no la dejaban dormir, pero qué le iba a hacer, si tenían que esperar el camión de la mudanza con su cama nueva, grande. Lo único que tenían de lindo las camas de los hoteles eran los señores desnudos que dormían con las persianas abiertas. Cada año, el camión de la mudanza la seguía, pero, una vez, el camión demoró mucho en llegar, tanto, que le dieron una cama para. Ella sola. Y el hotel parecía su casa y el señor gordo dueño del hotel estaba siempre allí, sentado con sus perros, porque de tan gordo no podía caminar y, por suerte, había otro señor flaco que siempre lo ayudaba para alcanzarle los perfumes. A mi mamá no le gustaba el señor gordo tan perfumado ni la baba de los perros, pero al señor gordo sí le gustaba porque siempre los acariciaba. El hotel tenía muchas camas y había muchas mucamas y una sola para el señor gordo. Me dijo mi mamá que ella pudo ver, cuando abrieron la puerta de la habitación, una mesa llena de perfumes, cremas y talcos. Parece que el señor gordo no podía ir al baño como todo el mundo, me dijo, porque un día vio a la mucama en la pileta del patio lavando una inmensa pelela y la mucama le dijo: “¿ves qué limpia que está que hasta se podría tomar agua en ella?”. A mi mamá le dio asco y se fue a jugar al fondo.*

*Una vez, me contó mi mamá que se cansó de tanto esperar siempre el camión de la mudanza con su cama y quiso tener una grande de esas para enamorados. Ella se había enamorado. Se puso a soñar con camas. Soñó camas con volados, de hierro con pompones de oro, de madera, soñó con camas quietas que no se podían mover, con camas en los trenes, en los barcos, con camas que volaban, con las camas de las mueblerías. Mi mamá estaba enamorada, no sabía de quién, de algo o del príncipe feliz que nunca tuvo cama. En la escuela, dibujaba camas y, bueno, a ella le gustaba. Así pasó el tiempo, siguieron viajando y su cama en el camión de*

*mudanza. Mi mamá me contó que, como había crecido y las hermanas también y que entre mudanza y mudanza habían nacido dos hermanitos, ya mejor no se mudaron más y se enamoró y supo que era amor porque me dijo que el papá se dio cuenta de que estaba enamorada porque no podía cerrar la boca, cuando alguien se enamora siente unas cosquillitas en los labios y por eso es como si uno se estuviera sonriendo. Le pregunté a mi mamá si cuando se duerme se quedan los enamorados con la boca sonriendo, mi mamá me dijo que seguro que sí. Mi mamá se casó, quiso una cama, una especial, una nueva, la de sus sueños, la de los pompones de oro o la de los volados, pero no quiso la cama de la mamá de su esposo. No, decía mi mamá, no, no y no. Nunca la quiso a esa cama de madera oscura, lisa, brillante, pero como mi mamá era la única a la que no le gustaba la cama, que era una herencia de los abuelos y ya habían dormido generaciones, no tuvo más remedio que aceptar, además, mi mamá, en esa época, tuvo que dejar de soñar: sin darse cuenta, empezó a sentir asco a algunos olores y a engordar. Así fue como empezó a soñar, en vez de camas, a soñar con los hijitos y los nombres que les iba a poner. Ella esperaba uno, me dijo, pero soñaba con tener nueve y vivir en el campo y tener una gran cocina ya con jamones colgando y quesos y yuyos secándose colgados del techo. Ella le gustaba acordarse del campo de los abuelos allá en el Paraguay que es otro país, me dijo mamá, y se ponía triste al acordarse de allá, pero enseguida se ponía feliz pensando en los hijitos que fue teniendo y ni se acordó de sus sueños de camas. Mi mamá les compró a mis hermanitas mayores unas camitas con una borla dorada, por lo menos se las compró a ellas, sin decir nada, por las dudas de que alguien apareciera con alguna cama de la familia. A mí, a veces, me da lástima mi mamá, porque ella no pudo ir al campo a vivir con los yuyos secándose del techo, aunque estuvo cerca dos veces y no pudo ser. Siempre la dueña de la cama de mi mamá era dueña también de mi papá porque él le hacía caso. Yo, a veces, me olvido y no le hago caso a mi mamá y mis hermanas y mi hermano también, a veces ella se enoja y nos hace zumbear las piernas con una ramita, pero no se aflige tanto, siempre está contenta y salimos a pasear o a la pileta o a la calesita, pero, un señor tan grande como el esposo de mi mamá, ¿por qué todavía le hacía caso a su madre? Yo, cuando sea grande, a mi mamá le voy a comprar una casa en Bariloche y la voy a cuidar, pero no le voy a hacer caso, ya bastante le hago caso ahora. ¿Por qué no lo dejó ir al sur, a un campo, como su sueño? Allí, comenzó la tristeza de mi mamá, para nosotros, en realidad, la tristeza de ella la convirtió en historias, empezó a inventar como loca cuentos, como cuando era chica, no sé si por triste o qué, ella me contó que inventaba y que el único que la escuchaba*

*sin reírse era su padre. Mi mamá nos contaba los cuentos en su cama, en la cama de los abuelos, una noche se quedó callada y por los ojos que ponía estaba soñando, yo me daba cuenta, y creo que mis hermanos también porque nos quedamos quietos sin chacotear y mi mamá soñaba a sus anchas y, de vez en cuando, abrazaba al que estaba más lejos y allí nos desacomodábamos porque todos queríamos ser abrazados por ella y fue así que salió del sueño y siguieron los cuentos. Al día siguiente, fuimos con ella a la ferretería y compró pintura color blanco dorado, lijas, líquidos raros y mi mamá estaba contenta. Yo sabía que ella había comenzado a soñar con camas. Mi mamá se puso rara, la caja de la ferretería seguía en el mismo lugar, nadie la había tocado, aunque estaba abierta, mi mamá estaba acostada mirando el jardín, me parece que estaba así porque no podía soñar, por algo no podía soñar, hasta que vino la dueña de la cama de mi mamá armando un alboroto, lo mejor fue que nos trajo macitas y caramelos y yo, como soy chiquito y no quería dejar sola a mi mamá, me quedé con ella a upa y escuché: “¡Qué locura pintar una cama! ¡¡Es un pecado pintar una cama tan linda!!”. Y mi papá la obedeció porque era su mamá, como siempre la obedecía. Mi mamá siguió triste y contenta con nosotros. Entonces, como seguramente no podía soñar más o no sé, empezó a estudiar, me parece que algo había cambiado en ella, además ya estábamos grandes o no sé, mi mamá salía sola y tenía otros amigos nuevos. Un día, nos dijo que se iba a separar de mi papá, yo me puse triste y mis hermanas se enojaron con ella y todo cambió de pronto, desde que mi mamá ya no podía soñar con camas ni cocina en el campo ni nada. La mamá de mi papá se enojó mucho con mi mamá, pero ella no le hizo caso y siguió con su pensamiento de separarse. Lo mejor que le pasó fue que ya no dormía en la cama que quiso pintar, dormía en el sillón del living y, lo peor, que la mamá de mi papá quería que mi mamá se fuera y nos dejara a vivir sin ella y no quisimos, ni siquiera mis hermanas, las que estaban enojadas con mi mamá, se quisieron ir. Sí, en esa época, se ve que mi mamá, otra vez, comenzó a soñar. Yo sabía, ella se quedaba así callada, mirando el jardín, y yo leía sus sueños, me quedaba quietito para que los sueños no se le escapen. Soñó sueños de camas, pero muy tristes, camas de piedra, camas llenas de nenitos que se peleaban por una parte de frazada porque tenían frío. Camas mojadas por las gotitas que le caían del techo de chapas. Camas que quemaban como el sol. Camas con nenitos enfermos. Camas sin casa, camas y camas muy tristes. Pero mi mamá, mientras más soñaba con esas camas, se le hizo un sueño muy, muy grande, que hasta yo podía ver un sueño que le salía por los ojos y subía hasta el cielo. Era una cama inmensa, rara, de pasto, árboles, caminos en medio*

del campo y muchos pajaritos con plumitas rojas en el pecho. Tal vez esa cama fue para mi mamá la más linda. Mi papá dormía en la cama de los abuelos y su mamá seguía insistiendo en que bla, bla, bla, bla. Hasta que mi mamá se cansó y trajo un martillo destornillador, tenaza, pinza. Sacó el colchón, se lo llevó un botellero, después de su gran sueño de cama, pasto y campo, llegaron un montón de pajaritos pechitos colorados a ayudarla. La enorme cabecera voló al galpón, los travesaños, el elástico, todo voló al galpón, llevado por los pajaritos. Entonces, en la habitación liberada de la cama que nunca quiso mi mamá, acomodó una para ella sola junto a la otra invisible la que solo yo podía ver, la de pastito verde, árboles y pajaritos y se le fue la tristeza para siempre. Esa noche, cuando llegó mi papá y se encontró que la cama había volado al galpón y como él no creía ni podía ver el sueño de cama, pasto, árboles y pechitos colorados, se fue a otra cama de la casa de su mamá y se dio cuenta de que mi mamá prefería seguir soñando con camas si no podía vivir en el campo ni tener la cama de sus sueños. Resulta que de la cama nueva de mi mamá surgió una cama de música y de cuentos. Mi mamá llegaba tarde a la noche. Se tiraba contenta en su cama y nos abrazaba como si volviera de un gran peligro. Yo adivinaba que ella no quería que a nadie le faltara una cama y veía salir de sus sueños animalitos que adivinaban todo lo que habíamos hecho y era lindo saber que también había un conejito desobediente y un gatito que no se quería lavar. Una noche, mi mamá no me lo contó, pero yo lo vi. La cama de pasto, árboles y pajaritos plumitas coloradas se escondió, se metió atrás de un gran armario. Me parece que tenía miedo de las sirenas y de los señores con botas que andaban por las calles. A mí no me importaba, yo sabía que la cama estaba allí, aunque no la viera. Mi mamá cada vez nos abrazaba más fuerte y siempre llegaba con el conejito blanco, el gato y el elefante y hasta vino con un señor que se quedó en la cama con mi mamá porque él también quería escuchar las historias, aunque él no sabía que la cama de pasto, árboles y pechitos colorados estaba escondida atrás del ropero. A la mañana, mi mamá se quedaba en la cama pensando. Yo sé que pensaba, pensaba en la cama escondida y le iba creciendo la panza o era mi hermanita que crecía, yo la quería ver, pero mi mamá me explicaba que ella tenía que estar allí un tiempo, como estuve yo y mis hermanos. Es cierto, me acuerdo, qué lindo cuando estaba adentro de mi mamá y ella era solo para mí, ahora le tocaba a ella, a mi hermanita, en realidad, como no la veíamos, mi mamá decía que era una nena y su papá que era un nene, era el papá de ella porque yo tenía el mío. Mi mamá me dejaba escucharla y acariciarla a través de su piel. A mí me gustaba poner la oreja contra esa panza tan grande. Mi mamá no lo sabe,

*pero, mientras ella soñaba con las camas tristes de los nenitos tristes, ella, mi hermanita, me contaba lo que pasaba en las calles llenas de soldados porque ella andaba por esas calles con mi mamá, y así supe que había gente mala que no querían que los nenitos tuvieran camas para ellos solos. Mi mamá nos dijo a mis hermanas y hermano que se iba a quedar en casa unos cuantos días porque nuestra hermanita y era hora de que naciera, su almita estaba rondando y quería meterse en ella, porque mi mamá me contó un día que los nenitos, cuando están adentro de la panza, todavía no tienen su propia almita. El alma de los recién nacidos les llega cuando ellos manotean en el aire por primera vez, eso me contó mi mamá y yo le creo. Un día, cuando todos estábamos felices esperando el nacimiento, llegaron ellos, los malísimos. Entraron con muchas pistolas y ametralladoras de verdad, porque tenían miedo de que nosotros tuviéramos todas las camas de los nenitos sin camas, ellos tenían mucho miedo de las camas, parece que ellos no querían que los nenitos tuvieran camas para ellos solitos. Entraron a las habitaciones y para buscar rompían todo, por suerte no vieron la cama escondida atrás del ropero, la cama de pasto, árboles y pajaritos. Buscaron mucho tiempo y se llevaron nuestros dibujitos y un librito de cuentos del elefantito que el papá de la nena que pronto tendría su almita escribió para su otra hija, que no era nuestra hermana, pero era mejor, porque íbamos a tener ella y nosotros una hermanita y eso era muy lindo, me decía mi mamá, por suerte, esa hermana tenía su mamá para ella. Buscaron los malos cosas que les daban mucho miedo. Se los llevaron al papá de mi hermanita y a mi mamá casi no la pudieron meter en el auto porque mi hermanita estaba grande, ella sí que tenía suerte porque, en realidad, mi mamá era su cama. Mi mamá puso una cara triste porque me parecía que no le gustaba dejar la cama atrás del ropero. Yo me quedé un poco triste, un poco contento, porque la cama de pasto, árboles y pajaritos plumitas rojas estaba en casa. Me asusté mucho cuando los señores nos llevaron en un auto, a mi hermano grande y a la que iba a ser hermana de nuestra hermanita. Los tres nos aguantamos, teníamos mucho miedo por las escopetas que llevaban, tal vez pensaban que éramos peligrosos, pero nosotros solo habíamos ido a remontar un barrilete. Yo estaba mareado y cansado del viaje hasta que por fin llegamos a la casa de la dueña de la cama que no era la cama de los sueños de mi mamá. Pero ella nos preparó camas y nos dormimos porque ya se hacía tarde. Yo me acordé de la mochila con mis cuadernos, ¿para qué querían esos señores con armas nuestros cuadernos? Y me acordé de la cama de los sueños de mi mamá atrás del ropero y también no sé, pero me pareció que era mi sueño una inmensa cama de pasto, árboles y pajaritos con plumitas*



coloradas en el pecho y muchos, muchos nenitos durmiendo en esa cama. Pasaron días muy raros hasta que volvió mi mamá con mi hermanita, que ya tenía alma, y me reconoció enseguida, mi hermano más grande que yo la tomó en los brazos y ella estaba muy contenta y mis hermanas grandes también y le prepararon una cama chiquita para ella, pero a la nena no le gustó esa cama y sí la cama de mi mamá. Entonces, mi hermano más grande que yo me dijo que iba a buscar trabajo para comprar una cama para la nena y enseguida se puso a escribir al director de una fábrica que quedaba cerca de nuestra casa, así la nena se ponía contenta, ya que no tenía un papá que le compre su cama. Mi hermano más grande que yo escribió: “tengo que trabajar con urgencia, mi madre ha tenido un hijo y el padre no se encuentra en casa. Dudo que ella pueda trabajar en este año, entonces solicito entrar, puedo limpiar, descargar cosas y ordenar. Además, puedo hacer trámites, depositar dinero, etc. O podría ayudar en la cocina, sé cocinar puchero, milanesas, sopa, carne asada, puré, bifes y otras cosas”. Mientras mi hermano escribía, yo le dije que se apure y que no explique tanto, porque lo que nos interesa es que pronto la nena tuviera su cama para ella, mi hermano más grande que yo me explicó que, cuando uno busca trabajo, hay que decir todo lo que se sabe hacer, entonces siguió escribiendo: “El sueldo, pido que sea considerado, y el horario de 13 a 20 horas, perdone la exigencia, pero estudio y soy un buen alumno y curso séptimo grado en la Escuela de Moreno, y me queda cómodo el lugar porque me tomo el colectivo y en 30 minutos llego. Lo saludo atentamente. Tengo 12 años, los cumplí en mayo”. Mi hermano más grande que yo fue hasta donde estaba mi hermanita y le mostró la carta y le dijo no te preocupes que te vamos a comprar prontito una cama para vos solita. Mi mamá me dijo, cuando le pregunté por qué lloraba, y me contó, el papá de la nena quedó desaparecido. Yo le dije que no llore porque mis hermanas estaban en casa y mi hermano más grande que yo había escrito pidiendo trabajo y que la nena iba a tener su cama. Entonces, mi mamá lloró, pero esta vez de alegría. Una alegría chiquita porque el problema era a la noche, nadie quería su cama y todos dormíamos en la cama de mi mamá más otra que arrimábamos para que entremos todos, los más chicos, mi hermana más grande que mi hermano más grande que yo y mi mamá y la nena. Era mejor así porque el miedo andaba por todos lados. Mi mamá, después, siguió llorando porque se acordaba de que, donde estuvo, había visto las camas más feas del mundo y yo no quise preguntar más y fuimos a ver la cama de pasto, árboles y pajaritos. La tuvimos que dejar porque en el avión no se podían llevar camas y mi mamá me dijo que no importaba porque era tan grande que la podíamos llevar en nuestra alma y que así

*era mejor, por eso yo estoy contento en la cama nueva, porque puedo soñar también con la cama de pasto, árboles y pechitos colorados y al final tengo dos camas y algún día, me dijo mi mamá, vamos a volver, porque la cama nos está esperando.*

Isidro señaló la abertura en la pared. Era una ventana minúscula, ajena al estilo de las habitaciones. Una pequeña claraboya, al nivel del respaldo del sillón hamaca...

—A ella le gusta mirar el atardecer desde aquí, así recibe los últimos rayos de sol. Tiene que ver con un rosal —hablaba como si estuviera solo—. Al rosal lo cuido, lo podo. Lo riego. El rosal, el rosal que creció con nosotros... Si algún día vuelves a pasar por mi casa, te permito cortar una rosa —canturreó.

—¡Isidro, Isidro! —repitió Raúl—. ¡Pensemos, Isidro! ¿Qué le dijo la última vez que la vio?

Rolo, que recorría el lugar filmando, dijo:

—¡¡Raúl, para qué te habré comprado el bloc de hojas!!! ¡¡¡Mirá aquí!!! Hojas en limpio —dijo, moviendo con un pie una pila de hojas en blanco que se desparramaron sobre la alfombra cual immaculados abanicos.

Isidro se sentó en el sillón hamaca y miró por la ventanita.

—Sí, sí, la vi aquí mismo, el domingo estuve aquí con ella.

—¡¡Así que el domingo y hoy es jueves!! —exclamó Raúl—. Cuatro días... —Raúl repitió— ¿Qué le dijo la última vez que estuvieron juntos?, ¿de qué hablaron?

—Como siempre, le traje todo lo que me pidió. Ella tenía siempre la lista en la mano. Controlaba todo, se pasaba horas controlando, le gustaba el olor a papel porque se ponía las hojas en la cara y las aspiraba largamente. La lista era siempre la misma —dijo Isidro, sacando un papel arrugado del bolsillo. Rolo se acercó como para filmarlo; al darse cuenta, Isidro lo ocultó, dando un paso atrás.

Raúl y Rolo se miraron. Isidro continuó como si nada:

—Cuando allanaron, se llevaron todo, vaciaron la casa, solo dejaron los muebles más grandes. Todos los libros, borradores, fotos, poemas que preparaba para editar clandestinamente. Después, los que se salvaron, levantaron los restos de papeles, fotos, astillas del pequeño escritorio y, entre los restos del despojo, una hoja escrita a máquina con un poema:

*“Y caminaré y caminaré. Caminaré siempre, como enajenada, ajena a todo lo que no sea la vida misma. Y me iré volviendo loca de a poco. Dejaré la razón por todas las buenas razones que hicieron que hoy esté aquí, en carne viva, aguardando lo imposible. Lo que no pudo ser porque*

*es de locos vivir la ternura antes de la guerra, hasta el colmo de amar la guerra para que broten la paz y la ternura de una vez y para siempre y para devolver el tiempo de paz anticipado que no me pertenece, que no nos pertenece, porque fuimos ladrones del tiempo azul, y todo el que roba el azul al rojo de hoy está condenado para siempre a esta locura, la locura de no vivir el olvido”*

—Después del allanamiento, después, mucho después... regresó del infierno... yo regresé... ella... ella... —ahogó un sollozo— y no pude... no pude volver a escribir.

—¿No pude? —lo interrumpió Raúl.

—No, no... ella no pudo, a mí me parece que ella se había olvidado o tal vez no escuchaba las palabras.

—¿Escuchaba? —lo interrumpió Raúl.

—Claro, ¿cómo iba a escribir si no escuchaba las voces? —respondió Isidro—. Bueno, ese domingo le traje el pedido. La resma de papel, los lápices, óleos. Sí, ese día le traje óleos —dijo, pensativo, y repitió—, óleos. El vuelto se lo di al administrador, es el que se ocupa de las cuentas. El administrador viene todos los meses. A él no le interesa lo que pasa aquí, solo la plata, paga todo, yo me ocupo del pedido de ella y de la comida. Él había hecho el trato con mi tía y yo seguí, ¿cómo la iba a dejar solita? Miren, ¿ven?

Abrió un gran armario, lleno de resmas de hojas apiladas, cajas y cajas de lápices, lapiceras, acuarelas, carpetas, cartulinas. Parecía una librería. Dándose cuenta del asombro:

—Era lo que ella pedía... —murmuró—. Ella era golosa, le gustaba la comida que le hacía su madre, mi querida abuelita, y yo seguí sus recetas, tortilla de papas, guiso de verduras, ensalada primavera, flan con crema... —Raúl lo interrumpió—.

—Sigamos, ¿qué pasó el domingo?

—El domingo, cuando volví con las compras, el administrador me las había traído el sábado... y, y —Isidro caminó por la habitación, se paró atrás del sillón— ella estaba sentada aquí, esperando el atardecer, pero faltaba mucho para el atardecer, seguro que estaba aspirando el olor de las rosas, como estaban bien podadas daban mucho perfume, porque yo...

—Continuemos, Isidro —rogó Raúl.

—El domingo, cuando traje las compras, ella estaba sentada en el sillón de la bisabuela, al lado de la ventanita, como le dije...

—¿Notó algo raro? —lo apuró Raúl.

—Parecía recién bañada, la trenza le mojaba la espalda, hacía mucho que no la veía con el vestido celeste, tampoco estaba descalza... pero no

me pareció tan raro, solo que calzaba unos zapatitos de taco con punta, como se usaba antes... —Raúl y Rolo se miraron—. Cuando entré, parece que no me escuchó, estaba hablando, conversando con alguien. Al verme, se sobresaltó —continuó Isidro, como si contara una película—. Y, enseguida, ella se puso a acomodar los lápices color por color, no se preocupó por las hojas en blanco... Estaba inquieta, daba vueltas por la habitación, se hamacaba en el sillón y aspiraba el perfume de las rosas. Cuando llegó la tarde y entraron los rayos de sol sobre la alfombra, caminó sobre las líneas de luz como cuando éramos chicos y jugábamos con la sombra. De pronto, gritó, me gritó: ¡Isidro! Como si un recuerdo la hubiera golpeado. Sí, ella caminaba por los rayos de sol, por la habitación, hasta perderse en la sombra de donde salía, con su vestido celeste, sus zapatitos de taco y su larga trenza. La trenza mojada, goteando, como cuando nos bañábamos en la pileta en los veranos, felices, cuando estaba la abuela y todos los que hoy quedan en las fotos. Los que quedaron en las fotos, porque las fotos también se las llevaron en el allanamiento. Éramos una barra, íbamos todos al mismo grado, salvo dos o tres que eran un poco más grandes. Recordaba mamá, recordaba ella... Después de la tarea, salíamos a la vereda y, los domingos, la calle de la fábrica era prácticamente nuestra, casi no pasaban autos. ¡Qué felices éramos!, recordaba mi madre. Recordaba ella... Después, no se escuchó más la sirena de la fábrica, cuatro veces sonaban los turnos, nadie llegaba tarde a ningún lado. En verano, la última sirena nos volvía a cada uno a su casa...

Isidro se secó la cara y, regresando, continuó:

—Hacía mucho que no me llamaba por mi nombre, Isidro, me dijo, llamándome como cuando éramos niños. ¿Te acordás? —Isidro se acercó a Raúl, temblaba—. Tiene razón, ese domingo ella no era la misma.

—¿Cómo que no era la misma? —dijo Raúl.

Sin escuchar, Isidro continuó, recordó las reuniones de la familia, los asados, las guitarreadas, las fiestas de Navidad, las magdalenas que hacía su madre, que hacía

—Ella... ella hablaba con los ojos cerrados. Curiosamente, Isidro tenía también sus ojos cerrados. Y caminaba por los rayitos de sol del piso, como si hiciera equilibrio sobre un hilo.

—En ese momento, me di cuenta de que estaba flaquita, muy delgada, hasta pensé en comentárselo a mi vecina del 24. Aunque ella no cree nada de lo que le cuento, como si no le interesara lo que pasa en la quinta. Ella, la del 24, dice que estoy loco, que allí hace mucho tiempo que no vive nadie. Desde que pasó aquello, la casa quedó vacía, quedaron los gatos,

que son ahora una banda, y que yo lo único que hago es darles de comer a ellos, a los gatos.

Mientras Isidro hablaba, Rolo había abierto las puertas del ropero. La ropa colgada en las perchas, tiesa por el tiempo, cubierta por una pelusa que uniformaba los colores y le daba un aspecto de fragilidad, como si al mover una percha se esfumara. Abajo, la hilera de zapatos cubiertos, también, por la pelusa del tiempo.

Respondiendo a una señal de Raúl, Rolo abrió también un cajón: junto a pañuelitos de colores, una caja, una larga caja: dentro, sujeta con un broche de opaco strass, la trenza, una larga trenza. Mientras tanto, Raúl seguía el relato de Isidro sentado en el sillón hamaca, se balanceaba con la cabeza entre las manos...

—Estoy de acuerdo con usted, Isidro. ¿Cómo es su apellido? El que me dio cuando llamó por teléfono a la oficina, ¿de quién es?

Isidro, metiéndose las manos en el bolsillo, sacó un papel arrugado y se lo dio.

—Ah, sí, sí, algunas personas no ven, no creen.

—Dígame, Isidro, ¿a usted le gusta dibujar?

Isidro levantó la cabeza, tenía el rostro mojado de llanto.

—¿Co-co-cómo adivinó?

Y una gran sonrisa lo iluminó.

Raúl apenas podía contener su emoción, Rolo había dejado de filmar y contemplaba la escena, estaba frente a una revelación, se sintió testigo de algo maravilloso. Raúl continuó:

—Me doy cuenta de que usted es una persona sensible, diría un artista. ¿Se encuentra cansado? —se interesó Raúl. Isidro sacó el pañuelo y se sonó estrepitosamente—. Siga, Isidro...

—Entonces... ¿Sabe? Ese domingo ella no se acordó de los momentos feos, no habló del allanamiento, ni del silencio que los envolvió cuando se los llevaron. No, no habló de eso. Ella recordó, sí... sí... Me dijo: “Isidro, ¿es cierto? ¿Es cierto que el atardecer predice? ¿Es cierto que el color del atardecer será el mismo que el del amanecer? ¿Y vendrá el nuevo amanecer que decía tu papá?” —papá, repitió Isidro—. Y ella siguió hablando a otro que no era yo.

De pronto, Isidro se tapó la boca, empezó a caminar ida y vuelta, a veces se agachaba a mirar por la ventanita. Bruscamente, desparramó las hojas que estaban sobre la mesa, que fueron cayendo como una blanca e interminable catarata que crujía bajo sus pasos.

—¿Se siente bien? —preguntó Raúl, haciendo una seña de esperar a Rolo, que se sentó en el sillón a mirar para afuera—. Si no puede hablar

ahora, no importa, yo le pregunto porque necesito datos para averiguar la desaparición de ella.

—¿De quién? —gritó—, ¡de quién! Mamá... —murmuró, apretó los labios, se tapó la boca con las dos manos conteniendo ¿un grito?, ¿una verdad? Con un violento manotazo, tiró las resmas de papel del armario, que arrastraron cajas de lápices, los colores como arcoíris, sobre las blancas hojas.

Rolo se levantó, el sillón se hamacó solo, inexplicablemente recorrió el camino de los rayos de sol, iba y venía.

—Ella me preguntaba —gritó Isidro—, “¿cómo?, ¿cómo ¿Cómo hago? ¿Dónde están las palabras atrapadas?, ¿a dónde se llevaron mis poemas?, ¿cómo hago surgir en estas hojas tan blancas los colores del atardecer?”

Raúl lo tomó de los hombros como a un niño, él se abandonó y siguió hablando:

—Traté de calmarla, no pude, no pude —sollozó, desprendiéndose de los brazos de Raúl—. ¡No pude!, ¿me entiende? ¡No pude!

—¿No trató de abrazarla de darle un beso en la frente? ¿Un gesto cariñoso? ¿Nada?

—Nooo, se me iba.

—¿Se iba?

—Síi, traté de retenerla, pero la llevaban.

—¿La llevaban?

—Sí, la sujeté de las manos, eso hice, pero ella se me iba, se arrugaba, se doblaba gritando: “¡Dónde están las palabras! ¿¡Los verbos, los nombres, los sustantivos!? ¿Dónde estás, amor, dónde te fuiste? Mi vida, mi vida, nuestra vida, ¿por qué? ¡Que alguien me responda por qué!” —Isidro se sacudió en sollozos, se cubrió con los dos brazos como un niño en falta.

—Isidro, está bien, no se avergüence, llore, llore tranquilo —diciendo esto, Raúl lo acompañó al sillón. Lo sentó, él se recostó mientras los sollozos agitaban su cuerpo.

Rolo y Raúl recorrieron las habitaciones. Isidro se había dormido, aunque las lágrimas no dejaban de correrle en el rostro envejecido por el dolor. Desde la ventanita, estaba oscureciendo. Despertaron a Isidro:

—Bueno, amigo, se está haciendo de noche, ya nos vamos.

—Sí, la noche. De noche también vigilo la casa. Yo los acompaño y vuelvo.

—Mire, Isidro, hoy es jueves, el domingo volvemos. ¿Le parece bien?

—Me parece, me hizo bien la visita de ustedes, aunque soy flojo, ¿no?

Cuando salieron del túnel, ya había caído la noche. Atrás quedó la maraña de enredaderas, el chirrido del portón y el tintinear del manajo de llaves.

Allá, las luces del barrio y música estridente. Acá, las sombras; tal vez más tarde los bichitos de luz aparezcan.

Rolo se quedó contemplando esa ancha vereda y los muros de la fábrica abandonada a su suerte, de vidrios rotos, y al vacío de los juegos de las rondas de un grupo de niños felices. Lo estremeció el espanto y se apoyó en el muro, como hacía un rato se había apoyado en el espacio de la pared y el armario. Raúl lo regresó, apoyando suavemente la mano en su hombro de fotógrafo, diciéndole:

—Te dejo en tu casa y el domingo te espero temprano, después conversamos —como si le hablara a un niño. Regresaron en silencio. Rolo bajó sus cosas del auto. Poniendo su mano sobre la de Raúl al volante, le dijo:

—Espero que sobrevivamos a las historias de los sobrevivientes. Chau, amigo —y entró silbando una vieja canción infantil.

## Capítulo 10

—Necesitaría imprimir también esta lista.

—¿Algo más, licenciado?

—Por ahora no, gracias.

—1976, Fulana de tal: desaparecida... Srta., imprima también la lista de sobrevivientes.

—¿De todos los Centros?

—No, no, solo los sobrevivientes de la ESMA. Agregue... por favor, los transferidos al PEN.

—¿Siempre los de la ESMA?

—Sí, sí, gracias.

—Aquí están, se los puse en una carpetita. ¿Lo ayudo en algo más, licenciado?

—No, está bien, encontré lo que buscaba.

Raúl salió de la oficina hablando solo. Ya en la calle, no se dio cuenta de que Rolo caminaba a su lado, hasta que se detuvo. Agarrándose la cabeza, dijo, casi gritando:

—¡Ya me lo palpitaba! —al ver a Rolo a su lado.

—Pero, ¿qué hacés acá? ¿De dónde saliste?

—Voy a averiguar por unos insumos para la camarita, acá cerca.

—¿Cómo estás?

—Estoy contento, Rolo, muy contento y nervioso, mal dormido, cierro los ojos y veo listas y listas con nombres.

—Está bien, pero ¿la ubicaste? ¿La encontraste entre los sobrevivientes?

—Mmm... veremos qué encontramos el domingo en la quinta. ¿Te espero el domingo a las 10? Chau, descansá.

—Puntual, ¿no?

## Capítulo 11

—¡Hola, Rolo, vamos! El otro día, después que nos encontramos, me quedé pensando. Tenés razón, el tema de los sobrevivientes es un misterio. Viendo las filmaciones, elaboré una hipótesis: que...

—¿Será igual a la mía? —lo interrumpió Raúl.

Llegaron, en silencio, al silencio dominguero del barrio. La Casa 24, con las persianas cerradas. La 22, con el farolito encendido. Una puerta se abrió; por una rendija, la señora de la 24 preguntó:

—¿Buscan a Isidro? Ese no volvió desde que estuvieron ustedes. Él es raro —dijo, apoyando el índice en su sien—. ¡Déjenlo tranquilo!

Diciendo esto, cerró la puerta con un golpe.

Seguramente, Isidro los había escuchado, estaba parado junto a la reja, el portón estaba abierto. Costó reconocer a Isidro, era otro. Raúl y Rolo se miraron, Isidro estaba recién bañado, el cabello más oscuro y peinado para atrás, los rulos le caían sobre el cuello de la camisa limpia, estaba impecable y sonreía por el asombro que, sabía, causaba. No solo él había cambiado; con el brazo extendido, mostró el camino libre de malezas que mostraba un sendero de lajas y bancos bajo algunos árboles: el lugar había resucitado. Isidro estaba impecable, aunque sus manos y la camisa tenían manchas de pintura. ¡Óleo! No lo dijeron, pero cruzaron una mirada que lo decía todo. Isidro, con un gesto, mostró la casa libre de las enredaderas que la ocultaban. Así, desnuda bajo el sol de la mañana, parecía más siniestra, abandonada, sola, descascarada. No dijeron nada, solo una sonrisa para el trabajo de Isidro. Sin hablar, con ese silencio que precede a lo grandioso, lo siguieron por los cuartos en sombra hasta las habitaciones de ella. Isidro, con un aire de triunfo, abrió las dos hojas de la puerta. La luz los encandiló, las ventanas estaban abiertas de par en par.

El aire que entró al abrir la puerta movió las hojas de papel que estaban ordenadas sobre la mesa. En el ambiente, había un exquisito aroma, una mezcla de papel, óleos, tinta y rosas. Isidro seguía inmóvil al asombro de



Raúl y Rolo. Entonces, Raúl gritó: ¡Vamos! ¡Vamos afuera! Tomó a Isidro por los hombros, lo sacudió como si quisiera despertarlo y gritó más fuerte: ¡Vamos! Como quien tiene miedo de perder en un instante algún sortilegio.

Fue fácil llegar al rosal, ya que, como si hubiera adivinado, Isidro corrió hacia allá, era él el que mostraba el camino. Rolo, ajeno al apuro, recorría la pared con la cámara, las ventanas abiertas, los colgajos de enredaderas que se resistían a abandonar la pared que las había sostenido tantos años. La pequeña ventanita estaba allí, la descubrió el ojo de la cámara, con el rosal, Raúl de rodillas ante él, y, con el brazo extendido, señalaba ramilletes de rosas que caían sobre algo. Isidro se desplomó sobre una saliente del muro y se tapó la cara. Rolo siguió el brazo de Raúl. Se encontró con algo, un gran papel, que Raúl, suavemente, fue descubriendo de la hoja. Aparecieron dos dedos largos y finos que sostenían un mensaje, luego aparecieron los brazos, un escote, un rostro perfecto que asomaba entre una cabellera terminada en una larga trenza ladeada sobre el pecho hasta la cintura de un vestido celeste, asomaron también las piernas y unos pequeños pies calzados con zapatitos puntiagudos de taco fino. Los dos se inclinaron a leer el mensaje que ella traía en su mano, se podía leer una palabra incompleta, decía: “LIBR”. La última letra inconclusa, podía decir: libro o libre o las dos cosas. Así, bajo una lluvia de pétalos, ella quedó desplegada. Rolo apagó la camarita, Raúl sostuvo a Isidro como quién sostiene a un niño. Los envolvió la brisa que se arremolinó en la hoja, dándole, por un instante, vida. Isidro, de rodillas, arrullándola, la alisaba sobre su pecho. Raúl y Rolo caminaron hacia un banco semioculto en el follaje. Se recostaron, como si el descubrimiento los hubiera abatido y llegado al límite de la fuerza que los había empujado a esta aventura.

Isidro se acercó con ella entre sus brazos, se sentó en una punta del banco y, como si nada hubiera pasado, dijo:

—El jueves, después de que ustedes se fueron, regresé a sus habitaciones, me tiré en su cama y me quedé dormido. Tuve un sueño... Soñé que ella estaba a mi lado, estaba muy enojada. Me gritó. “¿Hasta cuándo vas a callar? ¡Contestame!”, me urgía, y yo no podía moverme. Me sentía pesado como si mi cuerpo fuera enorme. Ella me seguía gritando. Yo hacía fuerza para abrir los ojos, sentía una urgencia de mirarla, de ver su cara, de mirar sus piernas, tenía ganas de verla, verla, verla, por Dios, solo verla un segundo. Solo escuchaba su voz, su inconfundible voz, su inolvidable voz. Ella murmuraba en mis oídos: “¡Hasta cuándo! ¿Hasta cuándo vas a seguir callando? Si no lo expresás, vas a estallar. ¡Mírate cómo te crece tu cabeza! ¡Mírate! ¡Está enorme! ¡Mírate! Yo sentía que mi cabeza iba a estallar. De pronto, me vi a mí mismo en un enorme espejo. Era yo. Mi cabeza era

como una caja de Scrabble gigante. Mi cabeza estaba llena de letras sueltas que giraban sin sentido, giraban y giraban y cada vez había más. Estaba aturdido, ella me aturdía, aunque no me gritaba, me soplabla las palabras en el oído. “No quiero estar cuando explotes, ¿no te das cuenta de que te quedaste sin sangre? Por tus venas, te corren solo letras, estás lleno de letras”. Entonces, en ese momento del sueño, me sentí aterrado. No me podía mover, ella estaba arriba mío y me susurraba deletreando, como en la escuela, por-tus-ve-nas-te-co-rren-so-lo-le-tras-sí-la-bas-co-lo-res-nú-me-ros que pronto volarán por el aire. Y “¿Quién querrá esos estúpidos signos? Nadie. Nadie. Nadie. ¡Estás equivocado, sí, era por ellos! ¡¡Sí, era por mí!! ¡Sí, era para reconstruir el pasado! El pasado, el pasado, como un eco, el pasado, el pasadooooooooo. ¡Te matará el pasado, te mataráaaaaaaa!”. De pronto, yo estaba sentado en la mesa y ella en el banquito con el vestido celeste, tenía las piernas cruzadas y los zapatitos. Allí, me di cuenta de que la podía mirar. “Elegiste esto por aquello, aquello, ¿te acordás? ¿Y qué de tu voracidad de manejar todo como siempre? ¿De manejar mi vida? ¡Imbécil!” gritó. “Estoy muerta” y deletreó “mu-er-ta, me tragó el Río de la Plata. Desembuchá lo que tenés que contar. Contá, largá, relata. Pegá con el mensaje en el corazón del olvido, como nos decía papá. Despertalos. Solo así la tibia y humilde sangre volverá a tus venas”. Ella ya no gritaba, estaba acostada a mi lado, como cuando éramos chicos y yo tenía miedo. “Ya no estoy con vos. Estoy con ellos, con los compañeros, aquí estamos todos, algún día vendrás con nosotros. No sé cuándo. Cuando te toque. La historia la escriben los sobrevivientes”. Ella se alejaba. “Es tu deber, Isidro, no lo olvides, nunca nos olvides”. Su voz seguía resonando, yo ya estaba despierto, sentado en la cama. Sin embargo, seguía escuchando su inconfundible voz: “Isidro, Isidro, no nos olvides... No olvides que no pudieron allanar las palabras...”.

## Tregua

Bajó del tren. El andén se llenó de silbatos. Se apuró. Cuando miró para atrás, pudo ver a la chica que viajó a su lado, empujada, junto a otros pasajeros. Entonces, caminó como sin apuro, dio vuelta la cabeza y buscó a esa desconocida. Dos soldados la arrastraban, ella gritaba su nombre y valientes consignas.

Ya estaba afuera, no le tocó, corrió a la cita.

—¿Qué te pasó?

—Por un pelito no caigo.

- Cambio de planes.
- ¿Por?
- Vamos en micro.
- ¿A qué hora sale?
- Falta, ven, dame un beso.
- ¿Por qué no nos quedamos aquí?
- No, aquí no.
- ¡No me toques delante de la gente!

Entonces, él abrió la campera y la metió adentro, así caminaron hasta la Plaza.

- Me estás ahogando.
  - Y yo me ahogo por verte.
  - Esos marineros nos están mirando.
  - ¿Te gusta?
  - No, me da vergüenza.
  - Nadie nos conoce.
  - Yo quería tener una casita y...
  - Te quiero.
  - No quiero que empiece el viaje...
  - Va a empezar y va a terminar. Ya lo charlamos. Nuestro tiempo es corto. Somos privilegiados, tenemos el amor.
  - ¿Por qué tiene que ser así?
  - Nuestro amor crece en la distancia. Somos creadores de nuestro tiempo. Estamos separados, pero juntos. Para siempre.
  - Los milicos de los controles deben pensar que estoy loca besando tus cartas, cantando canciones de amores eternos y...
  - Cuídate, ¡loca!
  - Solo una vez casi... ¡Suéltame!, ¡te quiero!
  - No te soltaré jamás, te quiero con locura. Estamos hechos para los otros, para que las cosas cambien para el bien de todos. Ya los viste: duermen como perritos sobre trapos, en cualquier lugar donde los encuentre el cansancio y el hambre...
  - ¡Sí!
  - Dame la mano. Vamos, es hora...
- Sin fin...

## Un mago en la ciudad

Se preparó para pasar la hora y media de descanso. Apagó la máquina y esperó a que bajen todos, no le gustaba descender a la tierra apretado, en realidad nunca le gustó trabajar en la oficina del piso 46.

Antes de tomar el ascensor, recorrió los expendedores de bebidas, sándwiches, galletitas, café, té. Últimamente, los jueves solo sacaba galletitas y té. Estaba muy ansioso para comer. No, los jueves no tenía ganas.

Bajó solo. Se dejó arrastrar por la multitud hasta el parque. Allí, estaba el mago, sentado en el lugar de siempre que, al verlo llegar, se corrió para dejarle un lugar en el banco de la Plaza, acomodando el bolso sobre sus rodillas.

Le hubiera gustado saber qué era lo que guardaba con tanto cuidado, hasta se imaginó que llevaba una varita mágica o tal vez un conejo, una paloma o pañuelitos de colores, ya que era un mago, su bolso tenía que ser una secreta caja de Pandora. Este pensamiento lo alertó.

¿No era acaso Pandora un regalo de los dioses a los hombres? ¿No fue acaso el comienzo de sus desgracias? ¿Por qué tengo estas ideas? De pronto, tuvo ganas de volverse, no a la oficina, no, ganas de andar como antes, recorriendo el parque o sentado en un banco. ¿Por qué dudar de este misterioso personaje? ¿Y de las noches que solo esperaba ver el correo para encontrar los misteriosos caminos del mago? Así se hacía llamar él, en realidad, después de conocerlo me di cuenta de que era de verdad un mago. Por eso, no podía contárselo a nadie, era mi secreto y ahora dudo sobre este ser que tanto bien le hace a mí soledad. Un ser especial, raro, siempre muy atento. Al escucharlo, lo que me atrajo las primeras veces que nos encontramos antes de conocer su secreto de ser mago, fue su capacidad de entender, de descubrir lo que está atrás de las palabras. Soy mago, me confesó, te puedo hacer viajar por los caminos que amas... Así comenzó todo.

Quise enterarme dónde vivía. Un gesto serio del mago me hizo olvidar la pregunta, tal vez viva en un cuartucho, en algún sótano abandonado. Al principio, no me atreví a pagarle su magia, hasta que un día de lluvia, bajo el único paraguas, él me llevó a un maravilloso lugar, estuvimos muy cerca uno del otro. Cuando regresamos, noté el cuello de la camisa, sujeta por el moñito negro de corbata sin botón y muy gastado el puño, que sujetaba el paraguas, tampoco tenía botón y estaba deshilachado. Entonces, al irme, le dejé un billete sobre el bolso. El mago, sumido en su magia, no se dio cuenta del billete. Seguramente, al salir del hechizo, lo guardará. A partir de ese día, todos los jueves pagaba el precio de mi felicidad. Pensando en

la supuesta pobreza del mago, él, pensé que los magos, tal vez, no hacen automagia.

El chistido del mago lo volvió a la realidad. Se sentó en el lugar que le dejó, se recostó en el banco, se desabrochó el primer botón de la camisa lentamente, se agachó y se desató los zapatos, se sacó las medias y sintió la tierra bajo sus plantas, se sonrió cerrando los ojos, sabía que bajo ningún concepto podía abrirlos, aunque una abeja le pique la nariz, le recomendó el mago. Se relajó, esperó a que le coloque los tapones en los oídos para no escuchar el eco de la ciudad, le dijo el primer día que se los colocó. Había llegado al campo, podía ver el pico nevado del volcán, escuchó las aves, se acercó al camino bordeado de bambúes, sintió su aroma, la boca se le hizo agua saboreando los deliciosos brotes, sintió su música maravillosa, la melodía del viento meciéndose entre las gruesas y erguidas cañas de ese laberinto único. De pronto, las ventanitas de los cilíndricos farolitos se encendieron, anunciando que la noche llegaba. El vaho perfumado de la tarde lo envolvió. A lo lejos, se asomaba el verde bosque semioculto por la enorme sombrilla roja de la abuela. Cesó el viento, un silencio precedió los acordes de un tango, el tango era la señal del fin del viaje, escuchó los últimos y esperó, sintió los suaves dedos del mago abriéndole los oídos y otra vez la ciudad. Un susurro le avisó que podía abrir los ojos, sin embargo, no los abrió hasta no haberse abrochado la camisa lentamente, se puso las medias y los zapatos, se sacudió unas fibras secas de bambú de los hombros.

Dejó el billete sobre la valijita azul semiabierta y empezó a caminar como si todavía estuviera en el camino de su infancia. Los bambúes se fueron transformando en los árboles del parque, lentamente abrió el paquete de galletitas y, por la bombilla, sorbió el té frío, atravesó el parque, esperó la luz del semáforo y se dejó arrastrar por la multitud. En el ascensor, ya no le importó el apretujón ni los apuros. Todavía estaba allá, en el camino de los bambúes, cuando activó la máquina. Mientras tanto, en el parque, el mago sacaba la billetera y guardaba prolijamente el billete mirando aquí y allá, desconectaba el grabador y acomodaba los perfumes de acuerdo con las etiquetas de la caja de perfumes. Con un pañuelo de papel, limpió los auriculares y los acomodó prolijamente en la caja que tenía el número 46. El mago era prolijo, cada cliente tenía sus propios auriculares. Cerró la valijita azul, la acomodó en el medio del banco y esperó a la señora del 52, que almorzaba en el último turno. Se concentró en ella, en la isla que tanto amaba, abrió el bolso, eligió la música y preparó los perfumes, sacó una bolsita con arena y...

El cráneo y el rosal

Al llegar, me encontré con la mujer. Con su sonrisa, justificó al científico, sacudiendo el rosal con una mano ensangrentada.

—¿Ya dio aviso al... cómo se llama? Arqueólogo, antropólogo. ¿Vendrá? ¡Es urgente! —insistió, señalando al científico que no dejaba de sacudir el bendito rosal.

—¡Basta! —le grita la mujer, tratando de que suelte la rama que se iba oscureciendo. El sol se había ido ya.

—El equipo del museo avisa que no puede llegar a causa de un accidente en la autopista —respondí casi gritando.

El científico, sin mirarme siquiera, camina en silencio hacia la casa, se sacude el polvo, se saca las botas embarradas, mientras el lucero se abre paso entre las hojas del eucaliptus.

Dudando de la veracidad del encuentro de una calavera bajo el rosal, me despido con la promesa de acompañar en la mañana al antropólogo del museo.

Esa misma noche, el informativo da la noticia del lugar del accidente en la autopista con una borrosa filmación tomada por un piloto de una aerolínea privada. Un objeto volador emitiendo chorros de luces que desaparece exactamente sobre un camión cuyo acoplado rodaba bajo el puente. Dicho camión transportaba restos óseos de un frigorífico, quedando volcado sobre el pavimento, envuelto en una extraña luz.

Pensé inmediatamente en mi amigo el científico con el cráneo encontrado en el jardín bajo el rosal.

Al día siguiente, busqué al antropólogo del museo al llegar, no bien se abrió el portón de la casa del científico. El antropólogo miró hacia arriba olfateando el aire, caminó, esquivó la fuente, cruzó los canteros y se inclinó ante el rosal como si hubiera conocido el lugar entre todos los que formaban la glorieta; escarbando la tierra, extrajo el cráneo. Lo tomó con una mano; con la otra, iba arrancando cuidadosamente raíces y pequeñas piedras incrustadas, así entró en la casa, sacando pétalos de rosas de las órbitas, que no alcanzaban a caer al piso. Desaparecían. Buscó un lugar con la mirada y lo colocó sobre la mesa ante los gestos atónitos del científico y su mujer. Yo ya conocía al antropólogo y pude intuir que algo raro estaba ocurriendo, le alcancé la mochila, la abrió sacando una carpeta verde y un rollo con extraños jeroglíficos que extendió sobre la mesa. La mujer del científico se apresuró a retirar las carpetitas de ñandutí y las porcelanas.

—Este cráneo no corresponde a ninguno de los registrados hasta ahora —dijo, mostrando dibujos sobre las hojas cuadriculadas, con la mano apoyada en el enorme cráneo.

—¿Es un fósil? —preguntó el científico

—¿Es humano? —preguntó la mujer, corriendo a cerrar la ventana—. ¿Será de un bicho? —gritó, agarrándose la cabeza— ¡¿Y si anda por el parque?! —se sentó en un sillón, se tapó la cara con las manos y se quedó allí, petrificada.

El antropólogo se acomodó unos extraños anteojos y, como si nadie estuviera allí, se sumergió en los papeles cuadriculados, murmurando palabras ininteligibles. La máquina iluminaba extraños jeroglíficos. Se detuvo, se dio cuenta de nuestra presencia.

—Este problema no me dejará dormir —dijo, cerrando la máquina. Con movimientos lentos, se sacó la linterna de la frente, no logró apagarla y la metió en la mochila junto al cráneo y, sin saludar, salió.

Miré a mis amigos, diciéndoles “los llamo más tarde”. El antropólogo subió al auto sin hablar, lo dejé en el museo. Vi cómo subía lentamente los escalones del enorme edificio, noté la mochila que se hinchaba como un globo emitiendo luces. Bajé del auto y corrí hacia él; encandilado por la luz, trastabillé, caí. Cuando levanté la cabeza, el antropólogo levantaba los brazos, tratando de retener la mochila que ascendía iluminada, dejando una estela de pétalos de rosa. Los empleados del museo salieron ante mis gritos, la calle se llenó de gente tratando de juntar los extraños pétalos que, al contacto con las manos, desaparecían...

## Panaderos

La oficial Stella y el cabo Wilson se colocan barbijos y guantes al ingresar a la panadería; atraviesan un oscuro pasillo hasta el lugar donde se amasaba el pan. El horno de ladrillo con la enorme boca abierta era lo único que se mantenía en pie en medio del revoltijo de ollas, amasadoras, estanterías rotas, bolsas, tachos, platos, sillas. La oficial Stella advierte al cabo Wilson:

—Con cuidado, cabo.

La oficial Stella se coloca una linterna en la frente y alcanza otra al cabo Wilson.

—¿Y esto cómo se usa, oficiala Stella?

—Cabo Wilson, ¿ve el elástico? Se coloca así.

El cabo cierra los ojos por un instante, la oficial había encendido la linterna.

—Mire bien dónde camina, cabo. Allí, un poco más lejos, está la marca con tiza.

—La veo, oficiala, digo... oficial Stella.

—Proceda a tomar las fotografías.

—No puedo enfocar con la linterna en la frente.

—Bien, yo ilumino y usted saca las fotos. Mire, mire atrás del banco, ¡no! ¡Del banco que está abajo de las patas de la mesa!

—¿Cuál, oficiala?

—Oficial Stella, cabo.

—Sí, disculpe, es la primera vez que estoy en un procedimiento tan, tan.

—Está bien, cabo, continuemos.

El cabo caminó lentamente, tratando de seguir el haz de luz de la frente de la oficial.

—Sí mi oficiala, oficial —dijo, cayendo de bruces sobre una mesa, que, al moverla, descubre un cuadro, una pintura al óleo.

—Mire, ¡un cuadro!

—¡Saque fotos!, ¡del cuadro, del lugar!, ¡de todo!, yo lo ilumino.

El cabo se levanta, se sacude la ropa y revisa la cámara, comienza...

—Bueno, ya sacó bastante. Venga con cuidado, traiga el cuadro.

—Sí mi oficiala... sí, mi oficial Stella.

El cabo encendió la linterna y retiró con cuidado el cuadro, dejando una parte del marco atrapado con las maderas de la mesa, envuelto en una nube de polvo. Se dio vuelta, pudo por fin salir, sorteando los restos de una repisa, con el cuadro en alto.

De pronto, una mujer irrumpe en el lugar llevándose todo por delante, el cabo se detiene y mira hacia donde se encontraba la oficial Stella como diciéndole ¿qué hago?

La mujer, al ver el cuadro, pega un grito, más que grito un alarido y se desmaya. Cae sobre una silla rota y unos cucharones envueltos en trapos.

La mujer en cuestión es hija de los “panaderos”, despierta en una cama de hospital. Junto a la cama, un oficial y un abogado intentan tomarle declaración.

La mujer delira, grita: ¿por qué? ¿Por qué?

Habla en inglés.

El oficial no entiende nada, mira de reojo al abogado que ¡tampoco entiende nada de inglés!

—¡El cuadro! —grita— ¡El cuadro que les mandé de Sídney! Parecían ellos, my mother, my father... —de pronto, se sienta en la cama, mira hacia todos lados— ¿Dónde estoy? ¿Qué me pasoooo?

El oficial le recuerda la situación, el llamado urgente a presentarse en el lugar...



—Sí, sí. Está bien, perdóneme. Hace treinta años que no vengo a mi país. No sé cómo pasó el tiempo, mis padres nunca quisieron viajar. Australia es muy lejos, escribían.

El abogado le dijo, acercando una silla:

—Cuéntenos la vida de sus padres, lo que recuerde...

La mujer se recostó en las almohadas.

—Ellos fueron los primeros panaderos del pueblo, la panadería siempre estuvo allí, donde los encontraron —comenzó a sollozar. El oficial le alcanza un paquetito de pañuelos, ella los abre lentamente y se suena ruidosamente la nariz—. Al principio, los ayudé; luego, me fui al extranjero, allí me enamoré y me casé, formé mi familia, tengo tres hijos. De vez en cuando, recibía noticias de ellos, de la panadería, de los amigos, hasta que, sin darnos cuenta, cada uno se metió en sus cosas, ellos aquí y yo allá. Así, pasaron los años...

La mujer deja de hablar, se toma la cabeza con las manos, las lágrimas corren por su rostro. El oficial le alcanza otro paquetito de pañuelos, ella en lugar de aceptarlo busca entre las sábanas y encuentra el que le había dado antes, saca uno y se seca la cara.

—Mis padres nunca cerraron la panadería, aunque con el tiempo el pueblo creció y se abrieron otras. El pueblo dejó de ser pueblo, se asfaltaron las calles... se convirtió en una ciudad...

Golpe en la puerta de la habitación, ingresa el cabo Wilson, saluda al oficial golpeando los talones.

—Traigo un mensaje de la oficiala...

—¿Cómo? —lo interrumpe el oficial.

—Digo, la oficiallll —marcando la ele—. Oficial Stella.

El cabo Wilson entrega un sobre, saluda y sale. La mujer continúa:

—Las últimas noticias que recibí de ellos es que les estaba yendo mal en el negocio: los impuestos, la prohibición del horno a leña por la contaminación del ambiente, las exigencias de bromatología.

La interrumpe la entrada de una enfermera:

—Buenos días, señora, el Dr. le ha dado el alta con esta receta y el informe que tal vez necesite para los trámites que tiene que hacer. Bueno, señora, aquí está su ropa, se puede vestir, me llama si me necesita.

La mujer se queda mirando la puerta por donde salió la enfermera. Se hace un silencio, un largo silencio. El oficial se acerca a la cama:

—Bueno, la dejamos, a la tarde nos encontramos en esta dirección —dice, entregándole una citación judicial.

El abogado, ensimismado en sus pensamientos, no escuchó al oficial.

—Dr. Álvarez, Dr. Álvarez, ¡nos vamos!

—Este... sí —mirando a la mujer. La saludó con una sonrisa.

El oficial movió la cabeza, sorprendido. Salen, en la puerta de la habitación tropieza el oficial con el abogado que se había puesto pálido.

—Perdón, Dr., ¿se encuentra usted bien?

—Sí, sí, nos vemos a la tarde.

En la vereda de la panadería, una antigua construcción que parecía abandonada, se reunieron algunos vecinos, entre ellos la portera de la casa de departamentos.

—Todos los meses después de que cerraron salían los dos a cobrar la jubilación. Este mes no los vi.

—Sí, hace tiempo que no salían...

—Noté que le habían cortado la luz.

—¡Tiene razón! Yo veía una luz, podría haber sido una vela...

—Yo pensé que habían viajado al extranjero... Hasta que comenzamos a sentir ese olor...

—¡Sí, el olor!

Alguien llamó a la policía.

—¡Silencio! Viene la hija.

—Mírala, ¡parece mentira cómo pasó el tiempo!

—Igualita a la madre, pero flaca.

La hija se para en la puerta, sale la oficial Stella.

—Buenas tardes, señora, lamentamos lo sucedido y los trámites que es necesario que realice.

—Buenas tardes, gracias.

Al llamado de la oficial Stella, el cabo Wilson se presenta con un barbijito para la señora que pregunta:

—Dígame, por favor, dígame, ¿cómo fue exactamente?

Caminaron lentamente hacia la vieja cocina iluminada por una lámpara de emergencia que hacía más siniestras las sombras.

—Aquí los encontraron —la oficial señaló el lugar marcado con tiza.

—¡Cabo Wilson! —llamó imperativamente la oficial Stella, anticipándose a la escena dolorosa que provocaría en la hija de los panaderos la fotografía de los cuerpos.

El cabo se la da a la señora, que la toma suavemente, la mira, se la pone en el pecho, la vuelve a mirar, camina dos pasos, se detiene, da vueltas, abre la boca en un grito mudo y la arroja violentamente. La fotografía muestra a dos ancianos vestidos con delantal blanco y cofia a la antigua usanza en la misma pose que en el cuadro, pero acostados en el piso de la cocina sobre una manta. Cada uno tiene en sus manos un trozo de pan que, luego, la autopsia confirmó que ese pan fue el motivo de su deceso.

Envuelta en llanto, sale murmurando:

—¿Por qué me fui? ¿Por qué? Los abandoné, ¿por qué me fui lejos, tan lejos de mi país? ¿Y ahora? Dios mío, ¿y ahora?

Se acerca el auto que la conducirá a la morgue, el abogado le abre la puerta y se sienta a su lado. Dice:

—Todo esto es muy triste para usted, la entiendo y la comprendo con el corazón.

La mujer, secándose los ojos, lo mira sorprendida. El abogado continuó...

—Permítame que le diga gracias, usted me ha ayudado.

—¿Cómo? —lo interrumpe la mujer que no entendía.

El abogado repite:

—Gracias, estaba a punto de ir a vivir a Francia, a una empresa donde me ofrecen mejores condiciones económicas, y usted me ayudó a desistir de mi proyecto, me quedo aquí. Ya les di la noticia a mis padres, les di una alegría...

La mujer, con lágrimas en los ojos, le pregunta:

—Dr., ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Juan.

—Bueno, Juan, usted me emociona, ¡no se imagina cuánto! Su decisión ha aliviado mi dolor. Gracias.

## El almanaque

Amanece en la pradera, los ojos de la abuela siguen las nubes que se lleva el viento. Dejó de llover, murmura, entra y comienza a encender la cocina. Por un momento, las llamas lo iluminan todo. Contra la pared, cuelga un almanaque, una lámina en colores representando en primer plano una joven campesina sonriente; atrás de ella, un joven con las herramientas en el hombro. El paso del tiempo borró el brillo, no así la imagen que nada tenía que ver con la realidad del trabajo de la abuela y su joven nieto.

—¡Levántese! —gritó la abuela desde la cocina.

Me tapé la cabeza con la colcha deseando que la lluvia continúe.

Abrí la ventana, el humo de la cocina comenzaba a invadirlo todo. Tendré que limpiar el caño, me dije. Pensé en el pantalón mojado y en la bota que había roto ayer, arreglando la portera. La abuela entra y me ofrece un mate:

—Venga pa' la cocina que le corto pan.

Miré por la ventana, el sol brilló en la cañada.

En la cocina, comimos sin hablar, la abuela dejó el mate arriba de la mesa y salió. Al abrir la puerta, el viento balanceó el almanaque, había dejado de marcar los días y los meses, el paso del tiempo no había borrado la imagen sonriente y feliz de una campesina. Me preguntaba: ¿qué le veía de lindo a ese almanaque la abuela, que siempre renegaba del trabajo que le daba atender los animales, la huerta, los frutales? La miré por la ventana, estaba cargando las herramientas en la carretilla, vestida con ropa de trabajo gastada por los soles y el tiempo.

Me puse el pantalón húmedo, me senté frente al calor de la cocina para arreglar la bota. Busqué algo para tapar el agujero, ni un pedazo de cartón, nada, entonces lo vi, miré el almanaque, lo arranqué, lo doblé varias veces y lo acomodé tapando bien el agujero.

En la pared, en lugar del almanaque, quedó un cuadro blanco.

—¡Mentira! —grité, recordando la sonrisa de la campesina—. ¡Mentira! —volví a gritar, poniéndome la campera húmeda y el gorro. Abrí la puerta y salí, la abuela me esperaba. Antes de trancar la puerta, entré la cabeza, miré el hueco blanco y volví a gritar:

—¡Mentira!

—¿A usted le pasa algo? —preguntó la abuela.

## Ayer, hoy

Exposición de un estudio de Picasso sobre la obra “El abrazo”. Museo Picasso, Barcelona.

### Ayer

Parada junto a la valija, busca con la mirada. No vino... un sollozo la ahoga. El andén queda desierto, solo ella. Arrastrando la pesada valija, camina hacia el hall de entrada. Escucha su nombre por el altoparlante; se acerca al lugar indicado, le entregan un sobre. Busca un banco y se sienta. Mira a su alrededor, comienza a abrir el sobre. Una entrada al Museo Picasso, una reserva de hotel que deja sobre su falda, una carta, su nombre escrito con esa letra tan conocida. Antes de abrir, la besa, esos trazos tan suyos, tan queridos. Aspira el olor a tinta, luego comienza a leer, las

lágrimas ruedan por sus mejillas. Busca en la cartera un pañuelito bordado con el que seca cuidadosamente su llanto.

Un maletero le lleva la valija hasta la parada de taxi.

El reencuentro con la ciudad de Barcelona le hace olvidar por un momento el desencuentro. Una especie de alegría la invade. En el hotel, se cambia rápidamente y sale, el taxi la espera.

Hoy, era el último día de la exposición del estudio de Picasso sobre la obra “El abrazo”.

El inicio estaba allí, sobre hojas blancas custodiadas por cristales. El camino hacia el abrazo... le había dicho él, te van a gustar, bosquejos para llegar a un deseo, gestos primarios, mágicos gestos... Picasso dibujó un hombre y una mujer, las miradas, los pasos, los brazos, las manos. Así, sobre hojas blancas, una tras otra, caminan ella y él, hasta que el artista los une en pinceladas de colores.

Ella se sienta frente a la obra. Mira la hora en su reloj pulsera, se sobresalta, son las siete de la tarde, sale apurada del museo, tiene que llegar a tiempo al hotel, él la llamará a las ocho.

## Hoy

Con el celu en la mano, baja del tren, se despide de un grupo de jóvenes. Se acomoda la mochila, mirando a su alrededor. Camina hacia el hall de entrada.

Suena el celu:

—Entonces, ¿no venís? Mandame por mensaje la dire del hotel. Chau. ¿Taxi? No, gracias, me voy a reencontrar con las calles de Barcelona.

Camina, a cada rato se detiene, lee un mensaje o lo envía, o contesta llamadas.

Cruzando la avenida, suena el celu, se apaga, vuelve a sonar:

—Entonces mañana voy a la expo en el Picasso. No, hoy no puedo, salgo con unos amigos. ¿Qué, qué? ¿Amigos, gente que conocí en el tren son re-maca qué? ¿Cómo que hoy es el último día de la expo? ¡Entonces me lo pierdo, sí, me pierdo el estudio del “Abrazo”! Bue, mañana lo veo por Internet —sigue caminando, mira la hora en el celu—. ¡Pá, qué tarde se hizo!

## Barrio

La ambulancia llega al barrio cuando amanece. Desde los techos, unas débiles columnas de humo suben al cielo, la lluvia que permanece en los charcos. Por un instante, la pobreza fue bella y callada. El silencio escondido atrás de las precarias viviendas fue quebrado por la ambulancia intentando sacar las ruedas del barro. Así, patinando, llega a la casa, igual a todas, salvo por un caminito de cemento que baja hasta la calle y por un cartel pintado junto al timbre que dice: “TOKE TINVRE Y EPERE”

El despertador estalló en la oscuridad. El reloj ocupa la pared, las agujas son dos brazos sujetos por el codo que terminan en dos manos, el dedo índice marca las horas y el meñique los minutos. En lugar de números, ojos abiertos y fosforescentes para las horas y rojos para los minutos. Doce ojos iluminaron la oscuridad de la habitación. ¡Buen día!, se dijo y se levantó de un salto. Miró el reloj, que volvió a sonar. ¡Buen día!, se repitió. Se acercó a la cama y tiró de una cuerda verde, el techo de la habitación se corrió como una cortina. A raudales, entró una luz blanca del cielo azul cruzada por bandadas de aves multicolores. Suspiró feliz. Bailando, fue hasta el baño, se metió bajo la ducha tibia, recorrió su cuerpo musculoso con un jabón perfumado. Se llenó de espuma y de placer. Luego, se vistió. Impecable, frente al gran espejo, observó las rayas del pantalón que caían perfectas sobre el brillo de los zapatos. Satisfecho de su pinta, fue a la cocina, puso a calentar agua para el té sobre un fuego increíblemente azul. Abrió la pesada puerta del aparador donde colgaban grandes tazas en perfecta hilera. Tazas blancas con bases pequeñas y rosadas como pezones.

Estaba contento. ¡Estoy contento!, gritó y comenzó a jugar con ellas, con el dedo las rozaba una por una: “Me quiere mucho, poquito, nada, me quiere mucho, poquito, nada!”. Descolgó una taza, le dio un largo beso, la frotó contra su pecho, la posó sobre el mantel rojo y lentamente derramó el té en ella. Con las dos manos, se llevó la taza a los labios. Antes de beber, pasó la lengua sobre los bordes redondeados. Cerrando los ojos, suspiró inundado de placer. ¡Ah!, ¡ah!, exclamando a cada sorbito.

El despertador agitó sus manos. En un segundo, su regocijo y la taza estallaron en estrellas blancas. Se levantó de un salto, se limpió la boca, con el mantel trató de borrar el deseo, se enredó en él, se quedó inmóvil envuelto en la extraña capa, abrió los brazos, dio media vuelta y salió.

Llegó a la parada del colectivo. La calle estaba desierta, oscura. Pasó uno, después otro. Hizo señas desesperadas. Llegaré tarde, se dijo. No paraba ninguno. Todos tenían un número que no alcanzaba a ver. Hacía

fuerza con los ojos, con el cuerpo, con todo, una fuerza desesperada e inútil, no alcanzaba a ver. De pronto, los colectivos tenían, en lugar de números, ojos fosforescentes, enormes, brillantes, estridentes. Entonces, corrió, corrió como loco a grandes pasos, a grandes saltos. Cada vez más aturdido, gritó: ¡Ya voy! ¡Ya voy! Abrió su único ojo, movió la cabeza golpeándose de un lado y del otro. ¡Ya voy!, volvió a gritar.

El techo de chapa estaba allí sobre él, goteando, como todas las mañanas, tac, tac, tac, sobre los diarios acomodados arriba de la frazada. Al treparse a la silla de ruedas, se dio cuenta de que estaba mojado. Jadeando, llegó a la puerta, levantó el trapo que la cubría con el muñón derecho. ¡Hoy no voy!, gritó. ¡Hoy no salgo!, sollozó. La ambulancia dio la vuelta en la calle embarrada. El sol había salido ya.

## El viaje de un pato

Mientras preparo la valija, me acuerdo del pedido de mi hija mayor

—Cuando vengas otra vez, no te olvides de traer un pato.

—Y, ¿me podés traer dulce? No te olvides, abuela.

¡Ah! ¿Cómo puedo olvidarme de ellos? Vivo lejos, pero los tengo aquí, cerca, siempre. Claro, así se burlan de mí: les dije, ¡llegó la abuela del campo!! ¡Claro, abuela, si sos del campo! Lindos recuerdos tengo, que me ayudan, me sacan el cansancio de tanto viaje para verlos. Bueno, bueno, tengo que apurarme.

Fui a la cocina, elegí un lindo pato del freezer, traté de meterlo en una bolsa, pero no entró, era bastante grande, más de 3 kg. Busqué otra y luego lo envolví en diarios, para que no pierda el frío, y otra bolsa plástica más gruesa y, por último, en una caja de unas botas que me había comprado. Envolví la caja con papel madera y la até con hilo de algodón sujeta con cinta engomada. Miré el paquete satisfecha. Nadie pensará que aquí hay un pato congelado, me tranquilicé. Espero que no me revisen en la aduana. ¡Llevar un pato a Bs. As.! ¡Se hace de todo por los hijos!

El pato o la caja con el pato, acomodado en el portaequipaje del asiento número 13, pasó el control sin calentarse. A las 5:30, llegamos a Retiro, del micro salían ZZZ, la única despierta era yo, el pato me había quitado el sueño. Todavía era de noche y pensé en las cuadras que tenía que caminar hasta la parada del colectivo 93; de pronto, sentí miedo. Pero... crisis obliga... El taxi y el remis pasaron a la historia desde que me jubilé. Pienso que la gente, a la edad que más necesita, menos tiene.

Siempre que llego a Retiro tengo la sensación de que me siguen y sobre todo a esa hora, a la madrugada. Me tranquilizo, sabiendo que es el miedo y que ese miedo me cuida, ¡vaya paradoja! Camino rápido, seguida por el traqueteo de las rueditas de la valija. El pato colgado del hombro pesa más de 3 kg, mucho más.

Los vendedores ambulantes de las calles de la estación siguen durmiendo bajo improvisadas carpas de polietileno. Otros, en los escalones de los portones clausurados del ferrocarril. Otros, en sillas junto a sus puestos, algunos deambulaban envueltos en el sopor del sueño, trasnochados, conozco los stands con exhibiciones de prendas, pantalones multicolores, zapatillas, camisetas de fútbol, ropa interior. Las ofertas dependen de las estaciones. Los relojes, juguetes y artículos electrónicos están siempre.

De pronto, siento un empujón y un brazo alrededor del cuello. En un abrazo disimulado, otra persona se me acerca, me saluda en voz alta como si me conociera y se hace cargo de mi valija, descolgando la bolsa con el pato de mi hombro. Se me para el corazón. Me parece soñar. Desesperada, miro a mi alrededor, nadie parece darse cuenta de que me asaltan. No te asustes, viejita, y largá lo que tenés abajo del saco.

¡Ay, mi carterita! ¡La plata y los documentos no! Me apretaron el brazo con más fuerza. ¡Sí, sí!, les dije, mientras era empujada dentro de un auto que estaba estacionado. Apenas nos subimos, arranca a toda velocidad por la calle desierta. Les di la carterita con la plata y los documentos.

—¡Ah, con que tenés tarjeta! Vamos, vamos rápido a un cajero —le dijo el pelado mientras revisa la valija al que conduce. Y esto, ¿para qué sirve?, en tono de burla, mostrando mi gorra de ducha, todo—. ¡Porquerías! —de pronto, no me importó que tirara mis cosas. En ese momento, se me fue el miedo.

—Más vale que tengas guita en el banco o sos boleta. Y, y, y aquí, ¿qué tenemos? ¿Qué traes, viejita? —levanta el bolso con el pato.

—No, noooo —grito—, ¡es un encargo muy importante! Ni yo sé lo que contiene esa caja —les dije muy segura. No sé qué me pasa en ese momento, de pronto me agarra un coraje antiguo de cuando era joven y militaba—. ¡Debe ser algo muy delicado, joven! —insistí. Y comienzo a llorisquear. ¡Se me había ocurrido algo genial! ¡De película! En lugar de estar asustada, me divierto, sobre todo con el desconcierto de los asaltantes. Me acerco al que tenía al lado y le susurro:

—¿Sabe qué? Una persona del pueblo donde vivo dijo que lo lleve al aeroparque urgente. Casualmente, cuando ustedes me asa... digo, cuando me encontraron, yo buscaba un taxi...

—¡Al aeroparque! —gritan los tres asaltantes al mismo tiempo.



El auto corre a toda velocidad por la Avenida Costanera. Me zamarrean.  
—¿Qué tenemos que hacer? —a mí no me gusta que me traten así.  
—Síiii... Sí, al mostrador de Marig.  
—¿Qué más? ¿Qué más? —se apuran.  
—Tengo que dejar la caja en el mostrador de Marig, y que espere a una persona que lo va a retirar y que camine al tercer teléfono público que va a sonar tres veces y que, después, camine a la sala de espera frente a Marig y me siente en el tercer asiento de la tercera fila.  
Los ladrones se codean y, dándole un golpe en la espalda al que conduce, gritan:  
—¡¡Metete, al aeropuerto!!  
Uno de los ladrones, el pelado, abraza a la caja con el pato y le dice al que maneja:  
—Che, esto está frío —y al otro— ¡Tocá!...  
—¡Estás soñando!  
Llegamos al aeropuerto, a esa hora está casi desierto, estacionan y, cuando bajo, me aprietan contra la puerta.  
—¡¡La contraseña!! ¡¡Largá la contraseña!!  
—Sí, sí —les respondí, tratando de pensar, no se me ocurre nada. Me dan un empujón más fuerte, uno tira la valija y mete las cosas desparramadas en el auto. Enojado al no poderla cerrar, cae un libro.  
—Claro —me apuro—, hay que mostrar este libro.  
Me lo sacan de un manotón y caen fotos, florcitas secas, hojas blancas, un montón de cositas que siempre guardo. Uno de los ladrones lo abre.  
—¿En qué idioma está?  
—No sé, me lo dieron así.  
—Bueno, ahora, viejita, hacete humo —dándose vuelta, le dice al que maneja— ¿Te acordás, no? Tercer teléfono, el mostrador...  
—Sí, sí, ¡me acuerdo de todo!  
—Bueno, vieja, tomá tu valijita y tu carterita, total seguro que tenías dos mangos en el cajero  
Pero otro dijo, agarrándome del brazo:  
—Antes de que te hagas humo, vamos a repasar: dejar la caja en el mostrador, tercer teléfono, sonará tres veces y sentarse en el tercer asiento de la tercera fila con el libro de mierda.  
—Sí, sí —les contesté, contenta de mi invento.  
El que maneja dijo:  
—Che, mejor que la vieja deje la caja en el mostrador y nosotros hacemos el resto.

—Tomá, y andá rápido, dejás la caja donde te dijeron y te hacés humo, ¿viste qué buenitos que somos?

Llegaron al salón. Barig todavía estaba cerrado, menos mal, pensé para mí, ¡menos mal! Dejo la caja y, arrastrando mi valijita, salí para afuera apurada, di la vuelta y... regreso por otra puerta. Los espío, ellos se ocupan de mirar la caja sobre el mostrador, sentados en el tercer asiento de la tercera fila, y otro se ubica al lado del tercer teléfono.

Al primer policía que encuentro, le explico que tres ladrones me asaltan y me obligan a dejar una caja en el mostrador de Barig. No le doy detalles, tampoco mentí. Lo único que pretendo en ese momento es salvar el pato y mi libro. Yo ya estoy salvada de que me roben los ahorros del cajero. Mientras le cuento, el policía se conecta con su radio. Las puertas del aeroparque cierran. Yo sigo al policía al trote con mi valijita. Él está apurado y parece inquieto después de que observa la caja sobre el mostrador. Me dice sin mirarme:

—Está bien, está bien, quédese tranquila.

Casi le digo que adentro de la caja hay un pato de la chacra que tengo en la provincia, de lo linda que es la vida del campo, los pajaritos... Él no me puede escuchar, está muy ocupado.

—Vamos —dice el policía. Señala el tercer asiento de la tercera fila—. ¿Son esos los sujetos?

—Afirmativo —respondo, me copio de él que, a cada rato, dice por radio “afirmativo”. Se acerca un señor con dos perros:

—¡Qué lindos perritos! —le digo—, ¡me gustan mucho los perros! Los quiero acariciar cuando me doy cuenta de que es un policía de civil con los perros. De pronto, veo cómo los ladrones caminan sin tocar el piso, llevados por dos policías cada uno. El pelado me miró y cerró fuerte los ojos, ¡si hubiera podido, me mata!

A mí todo me parece un sueño, es raro estar allí. Nos acercamos al mostrador, yo siempre atrás del policía. Él no se da cuenta de que yo estoy a sus espaldas. Solo necesito recuperar el pato de la chacra, que está a punto de descongelarse, la bolsa mojada deja sobre el mostrador de Barig una agüita rojiza. Los perros mueven la cola y se relamen. Los policías no entienden nada. Yo escucho.

—Drogas no parece, mi sargento; bomba que eche agua, tampoco. Yo, atrás de ellos, les golpeo la espalda, trato de explicarles que adentro de la caja había un pato.

—Es un pato —dije—, ¡es un pato! ¡Es un pato! ¡Es un patooooooooo! —yo grito y ellos están muy nerviosos. Me amenazan que si no me voy en ese mismo instante me llevan presa. Una señorita policía me toma el

brazo, muy simpática, se sienta conmigo en un banco. Me calma como si estuviera loca. Yo aprovecho y le cuento lo que me pasó cuando caminé desde la estación Retiro hasta la parada del 93.

—Les tuve que inventar una historia a los ladrones frente al cajero, ¿se da cuenta de un asalto, señorita policía? Y me sale la historia de la caja misteriosa, la saqué de los informativos de los ataques... Ella, la policía, ya no me escucha porque hablaba por su radio.

—Un pato, un paaato, un p-a-t-o —deletreaba.

—¡En la caja hay un pato!

Los policías que rodean la caja que ya hace agua se acercan a mí diciendo:

—Señora, piense, ¿esa caja es suya?

—Sí, les dije que sí.

—¿Qué contiene? —insisten.

—¡¡¡Que un pato de mi chacra!!!

Entonces me llevan del brazo, la señorita policía lleva mi valijita y otra vez:

—¿Es suya esta caja?

—Sí, señor, la señorita policía sabe la historia de la caja, de lo que me ocurrió desde la Terminal de Retiro hasta la parada del colectivo 93 que va a Palermo, donde vive mi hija mayor a la que le llevo el pato porque ella tiene una buena receta —mientras hablo, observo que las puertas del aeropuerto se abren y todo está como que aquí no ha pasado nada.

Un policía abre la caja, claro, cómo no va a chorrear si la bolsa está abierta y allí está él, grande, amarillo, precioso. Alguien trajo del bar una bolsa, una gran bolsa donde acomodaron al pato. La señorita policía me acompaña al taxi

—Que lo disfrute —me dice cuando me entrega el pato.

El taxi arranca, le di la dirección y, de pronto, escuché la sirena de la policía. Un móvil obliga a detener el taxi, se baja un uniformado con el libro y me lo entrega con una gran sonrisa, moviendo la cabeza.

## La pasión de Juan

### PERSONAJES

Juan, obrero metalúrgico.

María, su mujer.

Doña Isabel, amiga de María.

Delegado 1.

Delegado 2.

Delegado 3.

Delegado viejo.

Hijo menor e hijo mayor de Juan y María

### *Acto 1*

La cocina comedor de una casa prefabricada: heladera, cocina a gas, lavarropas, mesa de fórmica color naranja, con las sillas haciendo juego, televisor, cortinas floreadas en la ventana.

Juan recibe el mate que le ceba María. No hablan. Se escucha el juego de niños en la vereda.

JUAN. —Bueno, antes lavabas en el tacho.

MARÍA. —Ay, JUAN, quería sacar también la máquina de coser así coso para afuera y te ayudo con las cuotas del lavarropas.

JUAN. —No, además, sacá la cocinita de dos hornallas del galpón así la arreglo.

MARÍA. —¡No! Juan, la cocina ¡NO! Está bien, lavo en el tacho, ¡pero la cocina no!

María le alcanza otro mate que Juan rechaza. Con aire cansado, se levanta, se cuelga el bolso al hombro y sale mirando el piso. María se queda con el mate en la mano y contempla su cocina tan ordenada y limpia, la mejor del barrio, como dice doña Isabel cuando viene a mirar la novela.

### *Acto 2*

Un año después, en la cocina comedor, María y doña Isabel.

DOÑA ISABEL. —¿Usted cómo anda, María?

MARÍA. —Mal... qué quiere con tantos chicos...

DOÑA ISABEL. —Por lo menos, a su marido no lo echaron.

MARÍA (con cara cansada). —No, no lo echaron. ¡Ojalá lo hubieran hecho! Ahora, se pasa de reunión en reunión en lugar de buscar alguna changa, ¡el sueldo no alcanza!

DOÑA ISABEL. —¡Quién sabe, María! ¡Así no se puede seguir! Y su marido se preocupa por todos... Parece que, en muchas fábricas, también hay problemas. Las quieren cerrar, sale más barato lo importado, dicen...

MARÍA. —Voy a preparar unos mates; hoy, nos quedamos sin novela... Si el domingo Juan no tiene reunión, la arregla.

DOÑA ISABEL. —¡Lástima! Se estaba poniendo linda, ¿no? Justo que la chica aceptaba salir con el hijo del patrón... y...

MARÍA (llorando). —¡Otra vez! Esta cocina de mierda ¡pierde gas! ¡Ya estoy harta!

DOÑA ISABEL. —Bueno, María, ¡no se ponga así! Me hago una corridita hasta mi casa y le traigo un calentador. Así tiene también para hacer la comida esta noche.

MARÍA (mira las descoloridas cortinas y suspira). —Bueno, gracias...

DOÑA ISABEL. —No es molestia, hija, ¡qué se le va a hacer!

(sale)

### Acto 3

En la cocina comedor, dos años después, el ambiente parece más grande. Una desvencijada mesa reemplaza a la de fórmica color naranja, las sillas no están, las reemplazan unos bancos de fabricación casera. Un pedazo de trapo que cuelga de dos clavos reemplaza a la cortina. María lava en el tacho.

Entra Juan, llega contento, más temprano que de costumbre

MARÍA (sorprendida). —¡Juan! ¡A esta hora!

JUAN.—¡Ponete contenta, negra! Ya vas a ver, las cosas ¡van a cambiar! ¡A este sistema podrido lo vamos a dar vuelta!

MARÍA (asustada). —Pero cómo, Juan, ¿cómo?

JUAN. —Poco a poco, mi negra. ¡Tenemos que luchar! ¡Reclamar lo que es nuestro! ¡No dejar que cierren las fábricas! El cierre traerá el hambre a nuestro pueblo.

MARÍA. —¡Tengo miedo, Juan! ¡Dicen que los que hacen eso son comunistas y los matan!

JUAN. —¡Qué comunistas ni comunistas! Lo dicen los ricos para asustar a la gente. Nosotros estamos por la justicia. ¡Y lo que es justo es justo! ¿Acaso el Cristo no dio su vida por un mundo más justo? Y decime, ¿el Cristo era comunista? ¡En esa época, no existía el comunismo! Solo eran grupos de personas que se oponían al Imperio Romano, siguiendo las enseñanzas de Jesús. ¿No te acordás lo que nos enseñaba el cura?

MARÍA. —Sí, me acuerdo, ¡y no volvió nunca más al barrio!...

JUAN. —¡Vamos, negra! Agarrá la libreta del almacén, comprá un kilo de carne y te hacés un guiso de esos que hacés vos, que esta noche vienen unos compañeros.

MARÍA. —¡Juan! ¡hoy es Jueves Santo! ¡Y no se come carne!

JUAN. —¡Andá con tus historias de Jueves Santo! ¡Eso lo dicen los monseñores gordos, que comen con los milicos!

María sale con la libreta y una bolsa. Juan se lava y acomoda la mesa, unas sillas y cajones con almohadones. Saca papeles de su bolso; de entre las tablas de la pared, unas revistas que acomoda en la mesa. Llegan los compañeros delegados de fábrica. Algunos vienen de lejos, cansados, contentos. El más viejo trae una guitarra y se pone a “puntear”. El resto bromea con él que, hasta hace poco, estuvo preso.

DELEGADO 1. —¡Dale, viejo! ¡Contale a los muchachos cómo hiciste para salir!

DELEGADO 2. —¡Parece que hizo palanca y dobló las rejas!

DELEGADO 3. —A ver, viejo, ¡mostrá la palanca!

DELEGADO VIEJO. —¡Mi mamá me la dio! —detiene el gesto, recomodando rápidamente la guitarra.

Entra María, saludan y se acomodan en los cajones y sillas alrededor de la mesa.

JUAN. —Bueno, muchachos, ¡¡¡a trabajar!!!  
(Saca una hoja de arriba de la mesa, algunos delegados extienden papeles escritos, se miran)

DELEGADO 2. —Empezá, Juan, leé vos...

...Y EL VERBO SE HIZO CARNE...

...YO CONSPIRO

TU CONSPIRAS

NOSOTROS CONSPIRAMOS...

### *Acto 4*

Pasaron varias horas. Los chicos comieron, el más pequeño en la rodilla de su papá; los demás compartieron el plato de los hombres. María no se sentó, iba y venía de la olla a la mesa. De vez en cuando, miraba por la ventana o se iba adentro, acomodando ropa.

Los chicos se acostaron, María pasó un trapo a la mesa, puso vino y un pan casero. Y se sentó junto a Juan.

Los delegados acomodaron los papeles, escondiéndolos entre sus ropas, en los bolsos, en los zapatos....

DELEGADO VIEJO. —¡Por si las moscas! —se puso a tocar una chacarera.

MARÍA. —¡¡Parece una fiesta!!

Todos estaban contentos, cantaban, María también se puso feliz, y también rio de los refranes. Miró bien a su Juan y recordó su fiesta de casamiento y se sintió orgullosa de él. Y pensó que no tenía que tener miedo. Se recostó en la silla y se quedó dormida.

JUAN. —Bueno, muchachos, brindemos por la Patria, por la Justicia, ¡¡por un mundo mejor con trabajo y pan para todos!!

Todos levantaron los vasos y comieron el pan en silencio.

CORO DE DELEGADOS. —Por vos, Juan, brindamos, te damos gracias por abrirnos los ojos y mostrarnos el camino de la no violencia, y, y...

JUAN. —¡Déjense de pavadas! ¡¡Fuerza, compañeros, y a trabajar!!

Uno de los delegados pide permiso para retirarse. Abraza a Juan y le palmea la espalda. Con un apresurado “chau, compañeros”, se retira. El resto se mira sin comprender

DELEGADO VIEJO. —¿Y a este qué bicho le picó?

Al amanecer de esa noche, Juan sale para la fábrica. María lo mira irse, parada en el portón, con el mate en la mano.

## Acto 5

De tarde, doña Isabel llega corriendo, agitada.

DOÑA ISABEL. —¡María, María, prenda la tele!

MARÍA (llega del patio secándose las manos). —¿Qué pasa, doña Isabel, que pasa?

DOÑA ISABEL. —¡Hay lío! ¡Los milicos están en la calle!

MARÍA (prende la tele y se sienta). —¡Mire, doña Isabel! —contenta—, ¡mire a los obreros marchando, agarrados de las manos!

DOÑA ISABEL. —Mire... están pasando la fábrica, de...

MARÍA (grita). —¡Juan! ¡Juan! —llora— ¡Juan, te dije! Juan, ¡noooo!

DOÑA ISABEL. —No se preocupe, m'hija, él sabe cuidarse...

María llora, entran los niños, que vienen de la escuela, y los abraza.

En la tele, comienza la transmisión de red nacional, comunicado número uno.

María mira, a través de las lágrimas, al Gral. Videla dando el mensaje...

María se queda clavada en la silla. Doña Isabel atiende a los niños. Toman la leche y miran la película "La pasión según San Mateo". El hijo menor corre a los brazos de María, llora impresionado cuando azotan a Jesús.

HIJO MENOR. —Mamá, mamá, ¿por qué le pegan a Jesús?

MARÍA. —Él predicaba el amor y la justicia para todos.

HIJO MAYOR. —Como papá, ¿no es cierto, mamá? Que no quiere que se cierren las fábricas ni que la gente se quede sin trabajo.

MARÍA. —Sí, hijo, como tu padre.

## Acto 6

Al día siguiente. María no se había acostado esperando a Juan. Llegan dos delegados de los que estuvieron en la última reunión, estaban irreconocibles, afeitados y con traje de oficinista. María reconoció al viejo.



DELEGADO VIEJO. —María, señora, venimos... para decirle... nosotros seguiremos la lucha... Juan no ha muerto...

MARÍA. —Juan, Juan. Yo sabía, lo mataron, dígame, lo mataron.

VIEJO. —¡Entregó su vida... no ha muerto! ¡Quedamos nosotros! ¡Sus hijos! ¡Usted misma!

DELEGADO 2. —Compañera, a usted no le faltará nunca nada... estamos nosotros, los que quedamos.

DELEGADO VIEJO. —Yo la voy a acompañar, esta tarde nos entregan el cuerpo de Juan. ¡María! ¿Me oye?

MARÍA (pensaba en la fiesta de su casamiento). —Sí, sí —sonrió entre lágrimas—. Si mañana...

## Acto 7

Al día siguiente, el pueblo cantó siguiendo el cortejo fúnebre. El ruido de las balas no se escuchó. En las iglesias, tocaban las campanas. ¡¡Era Domingo de Pascua!!

### La mosca

Camina como borracha, dando la impresión de que, a cada paso, va a caer.

El veneno hace su efecto lentamente. Sin embargo, la vida, como una poderosa fuerza, la sujeta sobre la mesa y hace aún más grotesca su marcha hacia ninguna parte. De pronto, un extraño sonido envuelve su cuerpo, comienza a girar una y otra vez. Su lucha por la vida me pareció demasiado larga... busqué la paleta y... ¡plas!

### El sol de la siesta

El camino de tierra reverbera hasta la casa, encerrada en un verde de higuera, parral y sauce llorón.

Todo parece dormido bajo el sol rajante de la siesta.

Ella emerge de la oscuridad, tambaleante, envuelta en el sopor del sueño. Sopla las brasas, quiebra unas ramitas, las agrega, hasta que las llamas iluminen el rostro transpirado. Pone al fuego la caldera y se mete en el baño. Con un tarro, se tira agua. Temblando de frío, se jabona la cabeza y

con un trapo se friega el cuerpo, todavía joven. Lleno de espuma, el sexo late bajo la friega. Lágrimas calientes chorrean por su cara.

El agua fría borra su soledad, atrapada en el triangulito oscuro de la pared blanca. Entra a la casa. Sobre la hornalla, la tapa de la caldera baila por el vapor, la aparta y se pierde en la oscuridad del cuarto.

Al rato, sale envuelta en las flores de un vestido. Peinada en una trenza larga, sujeta a la cabeza con un broche rojo. Preparada para ir al pueblo.

Mira por la ventana el camino polvoriento y se pregunta cuándo irá a llover.

Prepara el mate y se sienta. Sobre el hule gastado de la mesa, hojea una revista. Mujeres hermosas, vestidas de fiesta, con lindos peinados, alegres, casas grandes, autos brillantes. Recetas de cocina van desfilando ante sus ojos. Las moscas interrumpen la mirada, hasta que arrolla la revista y las aplasta un mar azul, la fotografía de un casamiento, una camioneta surcando la orilla de un mar. Así morían las moscas, entre bellezas brillantes. La revista fue a parar al fuego y las bellezas se retorcieron hasta desaparecer envueltas en llamas.

Mirando para afuera, piensa. Cuando venga el turco en el carro, me corto las crenchas y me hago la permanente, le compro tela para una blusa y... Escucha pasos y un tacho que se vuelca, mira para afuera, asustada. Su caballo está abajo del sauce, al lado del carro. Mira el camino, nadie, se dice. Al escuchar el chirrido de la tranquerita, se sobresalta, deja el mate, que se derrama sobre las revistas. Abre la boca para gritar y se traga el grito, mira otra vez para afuera, ni los perros junto al caballo se movieron. Quién sabe los gatos, piensa. Acomoda el mate, le iba a dar una chupada y escucha clarito su nombre.

## **Campo del Cielo (Chaco argentino)**

Cuando el andén se quedó desierto y los últimos en irse ocuparon el último taxi, me acerqué a la ventanilla, justo cuando el empleado cerraba con apuro y, al verme, sorprendido, respondió que el próximo tren pasaba en una semana. La estación se quedó a oscuras. Para el próximo martes... Sus palabras se hundieron en las sombras de la noche. Cansado, me senté bajo el cartel de "Campo del Cielo". Me despertó la luz del sol, me paré, las vías me encandilaron y caí. Alguien me ayudó a regresar al banco diciendo:

—Yo también espero, aunque es otro el tren que espero —susurró.

Y, dándome la espalda, la mujer comenzó a alejarse; la brisa abultó su blusa azul. No pude ver su rostro, solo dos trenzas negras que se balanceaban al ritmo de sus pasos calzados con extrañas y brillantes botas.

Volví al hotel. Al atardecer, salí a caminar, regresando al andén y a fotografiar el viejo vagón sobre carriles oxidados, tal vez por el peso de rocas de extraños colores, seguramente provenientes del lugar donde, hace cuatro mil años, cayó una lluvia de meteoritos. Guardando la cámara, caminé por el andén y la vi. Salía de las sombras de los árboles, la misma, la misma blusa azul, las mismas botas. El rostro descubierto por la tirantez de las trenzas que hacían más insólitos a los anteojos redondos y oscuros que le ocultaban la mitad del rostro. Pensé que tenía, en sus manos enguantadas, un teléfono; al acercarse a mí, noté que era solo el brillo de sus guantes. Estaba cansado, no le di importancia a su aspecto.

Regresaba de una reunión con filmaciones sobre algunos restos de meteoritos y sobre la creación de un parque nacional de meteoritos.

Ella me miraba con sus grandes anteojos de sol. Entonces, creí importante contarle sobre los hechos que me trajeron a Campo del Cielo. No sé si me escuchaba, algo me hizo continuar con mi explicación:

—Hace cuatro mil años, cayó la mayor lluvia de meteoritos sobre el planeta tierra, aquí mismo, en Campo del Cielo...

De pronto, la mujer se levantó, y se fue, confirmando mis suposiciones de la “gente rara” que venía a visitar estos lugares. Me puse el sombrero sobre los ojos y me quedé dormido.

Al día siguiente, luego de estudios y reuniones, regresé al andén, atraído por el viejo vagón cargado por incógnitas del espacio sideral. El andén, apenas iluminado por una lamparita, dibujando sobras.

Al regresar del recorrido por la vieja estación y contemplar por enésima vez la carga del viejo vagón, la vi, estaba sentada en el banco debajo del cartel de “Campo del Cielo”. Me senté a su lado, agotado por una extensa jornada, sin ganas de hablar con nadie, menos con ese extraño personaje de lentes oscuros, de noche. Me quedé dormido, no sé cuánto tiempo pasó. La sentí a mi lado. Cuando me tocó el brazo, una sensación de frío, en el calor del Chaco, me despertó.

—Ya viene —dijo ella con un extraño acento—, ya regresa...

Yo solo vi el viejo vagón que siempre estuvo allí cargado de restos de meteoritos. ¡Sí, sí! Un vagón se acercaba, se detuvo frente a nosotros, las ruedas lanzaban destellos azulados, pequeñas ventanillas iluminadas, algunas con hirientes reflejos, otras suaves, una negra, completamente oscura, todas con números rojos centellando. Con su mano enguantada y helada, me arrastró por el andén. Gritaba con palabras incomprensibles.

Me aferré a una roca verde que cayó del viejo vagón. Ella comenzó a elevarse en el extraño objeto, era una ráfaga con su vestido azul al viento, las trenzas y las botas formaban un brillante arcoíris. Las ruedas comenzaron a girar entre destellos opacados del polvo de las vías. Agarrándome la cabeza, grité, grité como loco al verlo remontar, subir, elevarse y yo sin cámara, sin teléfono, sin nada para registrar, solo yo.

## **Casa tomada por escritores**

Una tarde, las antenas de TV, DIRECTV, se apagaron. Los teléfonos celulares quedaron sin señal. Desapareció Facebook, Internet. La gente de ese barrio hizo una precipitada mudanza hacia los lugares donde funcionaban “las comunicaciones”. Entonces, los escritores se juntaron en una casa, donde tenían prohibida la entrada a ellos como a otras artes. Además de proscriptas las Remington, lapiceras a tinta, lápices de colores, óleos y todo material plausible de ser modelado por las manos y ni hablar de la música y sus instrumentos. La casa era grande y blanca. Colocaron un cartel, un gran cartel: “Casa tomada por escritores, se necesitan PALABRAS”.

La noche se derramó sobre la casa tomada por escritores y la luna alumbró a los poetas que escribían entre las flores.

A la mañana siguiente, el cielo se puso azul, azul profundo, oscuro. El viento, al mecer las copas de los árboles, descubre a las hojas estampadas de palabras. En la calle, los cables que transportan la luz, sujetos a altos postes, fueron un pentagrama; al posarse las aves, las palabras se convirtieron en canciones. Fue así que, a ese barrio, fueron llegando escritores, poetas, músicos, pintores, escultores, poseedores de todas las artes del planeta tierra.

## **Juan, la escuela y su pasado**

La altiplanicie basáltica patagónica sirve de borde a un vasto valle encerrado por los ríos Neuquén, Limay y Río Negro. La orilla de la ciudad, por el suelo arcilloso, es apta para la fabricación de ladrillos.

El padre de Juan es peón de un horno de ladrillos. Habitan una precaria vivienda cerca de la cancha donde se apilarán los ladrillos para que se oreen antes de quemarlos.

La barda enrojece y convierte los charcos que ha dejado la lluvia en espejos de colores. El humo de las casitas de los ladrilleros asciende como un soplo de vida en medio del paisaje de arcilla. En la casa de Juan, alumno de séptimo grado, la madre se acerca a la cama donde Juan permanece tapado de pies a cabeza. Los hermanos se visten en silencio, lo miran de reojo. Luego, salen por una abertura que comunica a la cocina.

La madre está allí, Juan estira el brazo, toma un libro de un cajón que hace de mesa de luz junto a su cama. Su gesto hace que una vela caiga al piso de tierra apisonada. La madre levanta la manta, destapa al niño que tiene un libro abierto sobre el pecho. Sorprendido, se levanta de un salto, corre un trapo, que tapa la abertura que hace de ventana, y se vuelve a acostar. Entra la luz, la madre se inclina, levanta la vela caída y la coloca en la botella.

—Levántese, ya e' hora

—¡Déjeme, no voy más a la escuela!

El padre se asoma por la abertura de la cocina:

—¡Déjelo! Que no vaya más a la escuela así me ayuda. Sigue soplando el viento de abajo, hay que tapar el aserrín.

—¡Noo, noo! Mejor que aprenda la escritura. ¡Vamos, m'hijo, levántese!

—Déjeme, en la escuela, enseñan cosas que no me gustan, voy a ayudar con el aserrín.

La madre se seca las lágrimas con el delantal y sale. Los hermanos se ponen las túnicas blancas con la mirada fija en el hermano mayor.

—¡Ustedes no escuchen a su hermano! ¡Van a llegar tarde! ¡Empiecen a caminar!

Juan se sienta en la cama mirando a su madre. Se toca el pecho.

—Me duele aquí, madre.

—A la tarde, viene la dotora, en un rato salgo pa' la salita a pedir turno y paso por la Escuela a platicar con su maestra.

Juan se tira en la cama, se tapa y grita:

—¡Nooo!

La madre, como si no lo escuchara, dice:

—Ahorita le sirvo un té.

La madre se anuda el pañuelo en la frente y sale. Camina agachada, el viento la empuja, la envuelve.

Otras mujeres salen de sus casas, iguales a la de ella, caminan juntas, apuradas. A su derecha, la imponente barda; a la izquierda del camino de los hornos, se divisa el canal de riego, cortinas de álamos custodian los

frutales. Ellas saben que el río está a diez kilómetros de allí, bajando impetuoso de la cordillera, el río Limay.

Las mujeres cruzan el puente del canal principal, llegan a la salita, se sientan y esperan a la enfermera, que pronto sale, saluda con una sonrisa, trae un cuaderno y llama a cada uno de los pacientes.

—Para dentista Huenuleo, Painemil, Antinao. Para la doctora Jara, Tripailaf. Señora Curapil, el pediatra va a demorar un ratito.

La enfermera se acerca a la madre de Juan:

—Señora Huaiquillán, ¿qué necesita?

—Un turno para mi hijo, Juan, tiene 13 años.

—Ya está anotado.

—Gracias, a la tarde lo traigo —saluda y sale. Camina rumbo a la escuela.

En la escuela, el portero le dice:

—Tiene que esperar al recreo, le avisaré a la maestra de Juan.

La madre de Juan se sienta en un banco a esperar. Llega la maestra y se saludan.

—¿Qué le pasa a Juan? Estamos preparando un trabajo sobre el 12 de octubre. Está muy entusiasmado. Incluso se lleva un libro de la biblioteca para leer en la casa.

—Mire, señora maestra, no sé lo que le pasa, más tarde lo traigo a la salita. Sí, está contento por demás. Esconde el libro que trajo, no quiere que los hermanos lo toquen. ¿Sabe, maestra? No tenemos comodidá, cuando termina la temporada, el patrón nos corta la luz y el agua para que nos váyamos. Pero, ¿adónde vamo a dir? El leía con la vela. Hora ya empieza la temporada y tenimo luz. Dígame, maestra, ¿aprende bien m'hijo?

—Sí, señora, es uno de los mejores, lee bien y le interesa la historia.

—¡Aaaah! Mire vé.

—¿Es lejos el horno donde viven?

—Una media hora si no hay mucho viento.

—Bueno, después de que lo lleve a la doctora, si le parece, voy a hablar con ella y después paso por su casa, para hablar con él y que me cuente qué le pasa, animarlo para que participe en el acto del 12 de octubre, hacemos una obrita, él hace de cacique. Estaba investigando porque quería hacer del cacique Sayhueque.

—No sé, maestra, el camino está muy malo, pase otro día, no sea que rompa su auto.

—Sí, espero que seque... Realmente me preocupa su hijo. Además, se lo extraña en clase.

—Ah... Me voy rapidito así lo traigo a la dotora ...

En la casa:

—Aquí tiene el agua caliente. Ligerito, báñese, dejé el pantalón al lado del fogón pa' que se seque. ¡Vamos, m'hijo, se hace tarde!

—¿Qué, recién llega y ya sale? —dijo el padre.

—Dejé el hervido en la cocina pa' que coma.

—¿Y no van a comer?

—¡Qué! ¡Si noy tiempo pa' comer! ¡Vamos, ligerito, hijo!

En la salita, Centro de Salud:

—¡Escuchen! ¡Escuchen! Todos los que tenían número para la doctora, les aviso que no va a atender hasta el miércoles de la semana que viene. Los que esperan al doctor, avisó que viene un poco atrasado.

—¡Mala suerte! ¿Cómo estai, m'hijo? ¿Cómo se siente?

—¿Vio?, ¿tanto apuro? Ya vamos pa' las casa. Estoy bien. Usté siempre exagera, vamos...

En la casa:

—Cámbiese el pantalón ligerito y el calzado.

—¡Déjeme ir donde la abuela, mamá!

—¿¿Cómo?? Vaya, vaya, vaya a platicar con su padre, de paso me los llama a sus hermanos. ¡Es hora de que dentren!

El padre está en la cancha donde se apilarán los ladrillos para que se oreen antes de quemarlos. Los hermanitos juegan, empujan una pelota con un palo. Llega Juan y dice:

—La mamá me manda preguntar si tengo permiso para ir donde la abuela

—¡Mírelo! ¿No estaba enfermo? ¿Qué dijo la dotora? ¿Que tiene vaguesa?

—No, hoy no atiende, hasta la semana que viene...

—Mire vé, uno se puede morir tranquilo. Andan ocupados los dotore, ¿y la escuela?

—Deme su permiso, la abuela me debe andar soñando, por eso me pide d'ir.

—El camión del patrón va a buscar leña cerca del puesto. Sale mañana temprano y estará volviendo mañana a la noche, si alcanza a pasar por la balanza. Prepárese pa' salir temprano. Vea con su madre si le podemos mandar harina y azúcar. Arréglese con ella.

Juan llama a los hermanos y gambetea la pelota, está alegre, feliz. Topa a los hermanitos y los arrea hasta la casa, todos ríen felices y les grita:

—Mañana me voy donde la abuela, voy a comer COCHI COFQUE (pan dulce). ¡¡¡Síii!!! ¡¡¡les voy a traer!!!

En el puesto de la abuela, lo reciben los perros. Don Huenuleo, el marido de la abuela, lo acompaña a los chiqueros. Allí, la abuela reniega con la cerda parida. Tiene en la mano un lechoncito muerto, aplastado, se lo entrega al marido que se aleja seguido por los perros. La abuela saca un trapo del bolsillo y se seca la cara mirando fijo al muchacho y, sin decir nada, lo abraza. Juan se sacude en sollozos. En silencio, entran a la casa. La abuela pone agua en una palangana, se la ofrece sin mirarlo. Entra y sale con una toalla. Solo se escucha a los teros y el cacareo de las gallinas. Ni brisa hay. El sol ya está alto.

—Síntese, m'hijito, caminó mucho parece. ¡Mire su calzado! ¿Me alcanza esos palitos? Vamos a arreglar el fuego... Me enteré que andai retobao, que quiere abandonar los estudios. ¿Será cierto?

—Mire vé... y ¿quién le anda con cuentos?

—Un pajarito, el Fürüfü-hué. ¿Está malito? ¿No le gusta el estudio?

—Me gusta, abuela, me gusta tanto que me duele acá, se me aprieta el pecho, no respiro y lloro. Me da vergüenza que me vean así en la escuela.

—Que no se diga, un muchachón como usted. Ya va pa' los 12, ¿no?

—Noo, pa' los 14, en diciembre. ¡Me gusta mucho leer! Con la maestra, estamos investigando la historia, la conquista de América, Colón. ¡Abuela, nosotros somos indios! ¡¡¡INDIOS!!!! Tenemos el apellido. Ande usted, va para el Camar'ricun. ¡Es nuestra comunidad! Está en el paraje Colipilli, departamento de Ñorquín. Donde usted va para el Camar'ricun y a traer piñones.

—¿Y vino hasta aquí pa' decirme que somo indio? Qué, no me diga, el nieto Tañi Iom ¿no sabía que somo mapuche?, ¿qué no sabe que su apellido e' Huayquillan?, ¿no conoce que Huaiqui e' punta de lanza? ¿Y Llanca perla de collar?

—Es que no me doy cuenta. A las maestras siempre le tengo que decir cómo se escribe y me da vergüenza. Abuela Cucú, me siento mal, estoy leyendo libros. Antes de que venga Colón, había mucha gente aquí y en todo el territorio, en toda América, estaba poblado de comunidades con sus costumbres, sabían más que los que llegaron, mucho más. Ellos vinieron a matar, a robar, y yo, en la fiesta del 12 de octubre, en la escuela, quería hacer del cacique Sayhueque, que fue el último y leí sobre él, me dio mucha lástima, me atacó la pena, porque vivían en un lugar maravilloso. Era el cacique del "País de las manzanas" y me pude imaginar su dolor. Leí que Sayhueque resistió cinco años. Cuenta doña Cayupan, la que se salvó del



malón blanco. A sus abuelos, los mataron con lanzas y tiros. A su padre, le cortaron el dedo gordo de la mano y la lengua. Antes de que mataran a su madre, cuenta doña Cañupan, que la escondió debajo de unos cueros, le recomendó que salga solo cuando no escuche más nada. Cuando el silencio volvió, salió de su escondite con otro niño, que luego fue su compañero de toda la vida, Aquilino Marilohan. Caminaron y caminaron y se refugiaron con Sayhueque. Me aprieta el pecho, me duele, ellos fueron crueles. Pa' eso vine al puesto, pa' que me cuente.

—¡Pobrecito mi nieto! ¿Sabe? No tengo memoria. Ia casi no puedo acordarme del antes, de mi madre, de mis abuelos. Ellos sí sabían sacar todo, contar lo que pasó lejos en el norte y en las costas, ahora ia no encuentro nada dentro mío. También tengo dolor como usted.

—Cucú, en los libros que leí, dicen que las dificultades que los pueblos originarios sufren hoy tienen que ver con la desmemoria, con ir olvidando la lengua, no poder encontrar las palabras para contar nuestra historia, para que alguno de nosotros la escriba alguna vez. ¡Cucú, abuela! ¡Yo quiero aprender! Aprender desde la memoria de mi familia. Le pido por favor que me lleve a Colipilli.

—¿Sabe, mi nieto, que tengo sueños en lengua? Y cuando me despierto me ataca la desmemoria. Antes, teníamos tierras, éramo contento, cerca del río, no faltaba agua ni comida, ni nada, la “Mapu” cuidaba que no falte... Ahora, mi pariente tienen que pagar con chivito pa' pasar la estancia pa' la veranada.

—Voy a conocer a mis parientes, si usted me lleva. Les voy a contar lo que dicen de nuestros pueblos los libros. Le voy a preguntar, tal vez encuentre otros como yo, tal vez comencemos a querer nuestra lengua, aprenderla y poder escribir nuestra historia desde la memoria y desde los secretos encerrados en las rocas y en la tierra.

—Y... ¿qué eso que le dicen lo libro a mi nieto?

—No, abuela, no se lo puedo decir, dicen cosas tristes, feas, por las que tuvieron que pasar nuestros pueblos. Pehuenche, huiliche, pampas, diaguitas, onas, maticos, aimará y ¡tantos! y que siguen pasando. ¿Escuchó hablar de una gran rebelión en el norte? ¿Del Túpac Amaruc?

—Ricuerdo, ahorita que usted menciona, al Túpac Amaruc. Ricuerdo a mi finada abuela. Como un sueño, se me viene.

—Sí, abuela, Condorcanqui, el jefe de los comuneros.

—Sí, mi HUENCHRU PÑEÑ, nieto, lo voy a llevar, usted está llenito de püllü, de energía, ¡¡de vida!!

Juan se levanta, mira hacia afuera, se queda parado, parece sumergido en el paisaje amarillento de la estepa. Busca la mochila y, con ademanes

lentos, saca un paquetito de papel azul y una hoja de cuaderno escrita de los dos lados que ofrece a la abuela.

—Sírvese, abuela, aquí le copié para usted la Cantata, de Atahualpa Yupanqui, del sacrificio de Túpac Amaruc.

—Si me la lee, m'hijito, yo no sé leer. Dispué la voy a guardar en esta vasijita, PORUÑA, de mi finada madre. Las van a leer sus primos cuando vengan pa' ayudar en la esquila, alguno van a la escuela, ¿sabe? Así que usted no me abandone la escuela, ya vé todo lo que pudo saber en los libros. Lea, lea, mi nieto.

Juan se para frente a la ventana, un rayo de sol ilumina sus manos y la hoja de cuaderno que tiembla...

*CANTATA A TÚPAC AMARU, LA CAPATAZA  
(Atahualpa Yupanqui)*

*ERAN LAS PRIMERAS CLARIDADES PINTANDO FANTASMAS EN LAS ROQUEDADES, CERCA DEL CUZCO. HUYENDO DE LOS VIENTOS FRÍOS, SE DILUÍA LA MADRUGADA. "ERA LA HORA EN QUE EL CANTO DEL GALLO CAVA LA MINA DEL ALBA". SOMBRAS DE SOLDADOS ASCENDÍAN HACIA LA MESETA LLEVANDO A JOSÉ GABRIEL CONDORCANQUI, EL JEFE DE LOS COMUNEROS DE TINA. EL TUPAC AMARUC. EL CACIQUE DE LA COMUNIDAD QUECHUA, CORPULENTO DE HONDA VOZ VIGOROSA. EL HOMBRE TIERRA QUE DECIDÍA POR MUCHOS EL ANHELO DE TODOS. LIBERTAD!! ENTRE LAS PEÑAS PONCHOS ESCONDIDOS ESPIABAN LOS MOVIMIENTOS DEL OPRESOR.*

*JOSÉ GABRIEL CONDORCANQUI FUE SENTADO SOBRE UNA PIEDRA GRANDE, JUNTO A UN POSTE DONDE SERÍA AJUSTICIADO, EN EL PROCEDIMIENTO DE "VIL GARROTE". UNA CUERDA SUJETARÍA SU CUELLO, Y EL TORNIQUETE DARÍA VUELTAS EN MANO DEL VERDUGO.*

*COMENZÓ LA EJECUCIÓN. PERO LA CUERDA SE TRIZÓ, QUIZA GASTADA. MUCHOS AÑOS DESPUÉS, EL POETA ABREU GOMEZ TRANSCRIBIRÍA EL COMENTARIO " ;HARÁ FALTA MUCHA CUERDA PARA AHORCAR A TODO UN PUEBLO!"*

*FUE ENTONCES, Y YA EL SOL REINABA SOBRE LAS CUMBRES CUANDO JOSÉ GABRIEL FUE SUJETO CON LAZOS EN SUS EXTREMIDADES A CUATRO CABALLOS, CUYOS GINETES A UNA ORDEN, TIRARÍAN HACIA LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES.*

*LA HONDA VOZ DEL CACIQUE NO PIDIÓ NI CLEMENCIA NI FAVORES. SÓLO CRINES AL VIENTO DEL ANDE Y UN SONIDO DE ESPUELAS, PRONTAS A HERIR ÍJARES PARA CUMPLIR UNA BARBARIE. PARA DESPEDAZAR A UN CORAZÓN ESTAQUEADO.*

*UN GRAN TESTIGO, UN ETERNO TESTIGO: EL SOL, Y A TRAVEZ DE LAS PEÑAS, UN PUÑADO DE OJOS RASGADOS, DESESPERADAMENTE FIJOS EN EL HOMBRE QUERIDO EN EL AMADO TATAY DE LOS INDIOS COMUNEROS.*

*DE PRONTO LA ORDEN, SIN VOZ QUE TEMBLARA SIN DIOS QUE LA ENMUDECIERA, SIN UN SOPLO DE ALMA BUENA CAPÁZ DE DETENERLA.*

*Y LA VOZ ESTALLÓ, COMO UNA CAMPANA DE MUERTE, ENEMIGA DEL SOL Y DE LA PIEDRA, ENEMIGA DEL VERDOR DEL MAÍZ QUE SE MECÍA EN LA LADERA VALLE ABAJO.*

*NI UN CÓNDOR EN EL AIRE. NI UN RASTRO DE VICUÑAS. SÓLO EL VIENTO DEL ANDE.*

*CONCLUIDO EL SUPPLICIO, RECOGIDOS LOS LAZOS, ELLOS FUERON DESCENDIENDO LA MESETA. INSTANTES DESPUÉS DESAPARECÍAN ENTRE LOS PAJONALES, COMO PUMAS HARTOS.*

*JOSÉ GABRIEL CONDORCANQUI QUEDÓ AHÍ, COMO UN CÁNTARO ROTO ENTRE LAS PIEDRAS. PERO EL VIENTO APRENDIÓ A DECIR SU NOMBRE, Y LO REPITIÓ EN TODAS LAS QUEBRADAS, POR TODO EL TAHUANTINSUID LOS CUATRO NOMBRES DE AMÉRICA INDIA.*

*¡TÚPAC AMARU!... ¡TÚPAC AMARU!... ¡TÚPAC AMARU!...*

Solloza Juan, la abuela se agarra la cabeza como si el viento del Ande se la quisiera arrebatar. Juan cae de rodillas frente a ella y hunde su joven cabeza en el pecho de la anciana.

En la casa del horno:

—Prepáreme el delantal que mañana voy a la escuela. La abuela me curó el dolor del pecho.

La madre, como si hubiera adivinado o tal vez el pajarito Fürüfü-hué le contó lo que pasó en el puesto de la abuela, abraza a su hijo, se da vuelta con el delantal blanco en la mano y sale al patio. Lentamente, lo mete en el fuentón, hecha agua mirando al cielo.

De pronto, el viento levanta gotitas que caen sobre ella como lágrimas. Se enjuaga las manos... Abre la puerta y entra con el sol... Juan está allí.

Juan, cansado, se duerme y sueña.

Sueña que vuela sobre la Meseta del Perú, recorre zonas áridas. Se acerca al río Neuquén, pasando por zonas donde, en pequeños puestos, pastan cientos de cabras. Llega al borde de una barda de 200 metros de altura. Abajo, se extiende una franja roja de arcilla donde hornos de ladrillos lanzan llamas de fuego envueltas en humo. Sigue su vuelo entre casas de adobe hasta encontrar un agujero en una de ellas. Queda atrapado, no puede salir, se revuelca en unas mantas tejidas con guardas de colores y un enorme papel azul escrito con letras rojas, la Cantata Túpac Amaru. Estalla un trueno.

Juan despierta, tiene la hoja azul en sus manos, apretada. La lluvia la salpica de gotas como lágrimas.

Juan sopla sobre la hoja azul y la guarda dentro de un libro. Se escucha la lluvia en el techo de chapa, Juan se tapa y se duerme.

*Nota de la autora:*

*Esta historia es un recorte de la vida de un niño descendiente de mapuche (para pluralizar, usamos: Pu Mapu Che o Mapu que Che). Descendiente de uno de los tantos pueblos originarios que pueblan nuestro País y todo Sur América.*

*Solo unos días nada más de la cotidianidad de un niño, que refleja el dolor y la discriminación de los argentinos “morochos”.*

*En Juan, descubrirse mapuche no le genera malos sentimientos, sino que experimenta unas ganas desesperadas de recobrar la identidad. Es la IDENTIDAD la que nos hace dignos y cuando decimos DIGNIDAD hablamos de un sentimiento fundante del amor. Ajeno al odio, a la envidia, al resentimiento, a la enfermedad.*

*Los personajes son ficticios, salvo la Cantata de Atahualpa Yupanqui y el relato sobre el cacique Sayhueque (1818-1903). Los apellidos Mapu que Che fueron utilizados con el debido respeto.*

*La Patagonia mesetaria está formada por mesetas escalonadas de oeste a este. Arbustos bajos adaptados a los fuertes vientos provenientes del oeste y a la extrema aridez de la zona. Paisaje parecido a una gran escalera. Sobre la barda, se encuentra canto rodado. Los terrenos más antiguos están constituidos por areniscas, limolitos y arcillitas, en los cuales predomina el color rojo.*

*Finalizada la Campaña del Desierto, el general Roca solicitó la reserva de tierras sobre el río Neuquén, considerando que estos tenían un valor estratégico.*

## Regreso al ayer

Queda atrapado en una densa nube. Cuando se cree perdido, un golpe de viento lo saca de las sombras, sueña tantas veces este momento que siente miedo. El dejarse llevar por las alas, dejarse llevar por el sueño. La noche de noviembre sin luna se aclara. Iván Álvarez baja la mirada a la tierra, busca el lugar y se entrega a las ráfagas que suben del mar, se encuentra sobrevolando la autopista, una cinta gris que se abre paso entre la oscuridad de los árboles. A veces, se divide en dos pequeñas ciudades que se desvanecen, tragadas por las sombras.

—Me acerco... ¡Este es el lugar! —grita.

Observa el plano del GPS, suspira, mira al lucero cuando se hunde en ese amanecer. El amanecer del regreso. Con la luz, aparecen las sierras. La fuerza de las alas al chocar con el viento lo alejan de la autopista, se deja llevar. Planea hasta una loma. La casa está, la casona dibujada, marcada, nombrada en ese plano aprendido de memoria desde el día aquel en el que sintió en sus manos el hilo del barrilete junto a la mano de Perla, como si de pronto el pasado borrado de la memoria pudiera, al fin, dar hilo a su historia.

Desde Marsella, a miles de kilómetros de ese lugar olvidado, de ese otro cielo, con la mano de Perla en su inicio de vuelo, su bautismo, arriba, entre las nubes a merced del viento, Perla grita, él se une al grito... De pronto, la ladera de la Campiña Francesa se colorea de alas, siente en sus manos la fuerza del hilo de los barriletes de la infancia. Los colores, entregados al viento; los parapentistas van y vienen. Perla se abraza a él, ella sabe que él recordó algo de su infancia, bajan a tierra. En el club, saludan a los amigos, cargan las alas en la camioneta, salen. Iván llora en silencio. Voy a regresar, murmura; repite, voy a regresar.

Sin haberlo programado, lo invitan a un encuentro de parapentistas en Uruguay, no lo puede creer, como si su deseo de regresar al lugar de la infancia después de tantos años se concretara mágicamente.

Después de 15 años, la casa de su infancia está allí, cubierta de enredaderas, mudo testigo de su doloroso pasado, ese pasado borrado de su memoria. Enciende el motor del parapente, sube, se eleva, entonces, allá abajo, comienza a buscar a ese niño que fue. En ese día del pasado, también es noviembre, las praderas ondulan bajo el sol de la mañana. Ese día del pasado que Iván viene a buscar, que no puede recordar... Un niño corre con el barrilete al viento, se abre camino entre las ovejas. En lo más alto de la loma, la casona; abajo, al oeste, la estación de ferrocarril "Las Flores", las casas del pueblo con calles arboladas. En el horizonte, al este,

se asoman las chimeneas del Ingenio azucarero apagadas, la sirena de los turnos en silencio y los sembradíos de remolacha abandonados, oscuros, secos.

El niño no entiende, mejor que no escuche, mejor que no pregunte. Iván Álvarez, 9 años, siente el tirón, el barrilete le pide subir, le pide hilo, el niño se acuesta en la tierra y lo mira, mueve el brazo y lo hace bailar, saludar. Desde lejos, parece que el barrilete está atado a la tierra, a merced del viento, como los otros abajo, cerca de la casona, atados al alambre junto a la ropa tendida al sol. De pronto, el silencio de la tarde se rompe. Por el camino, suben a toda velocidad varios autos que frenan a la entrada de la casa, Iván se asusta, el barrilete se escapa de sus manos. Lo mira irse con el viento, mientras un terror lo invade. Corre, tropieza y cae. Cuando recobra el conocimiento, escucha gritos, mira los perros correr en llamas, aullando de dolor, hasta caer. Los barriletes atados al alambre se retuercen incendiados. Un hombre con el lanzallamas ríe a carcajadas. Alguien sale de adentro de la casa, se escuchan disparos. Iván se toca la frente y siente sangre. Se acuesta y mira el cielo entre las nubes, busca su barrilete. Le duele la cabeza, llora, intenta pararse y no puede, intenta gritar y no le sale el grito, pasan las horas, los autos salen envueltos en el polvo del camino, comienza a oscurecer. Su madre grita su nombre. Iván la escucha, no puede responder, abre la boca y no le salen las palabras. Al verlo, la madre corre, llega hasta él, lo toma en brazos como a un bebé sollozando. El niño tiene los ojos abiertos a las nubes, escucha chirriar la roldana del aljibe, siente el agua sobre el cuerpo. Quiere gritar y no puede, quiere hablar y no le salen las palabras, solo siente el agua, mira a su madre que se tira baldazos y se refriega el cuerpo, se deja vestir. Luego, corren, prendidos de las manos, tomado muy fuerte de esa mano que lo salva en medio de la noche. De pronto, de un tirón, se suelta y corre hacia la casa, grita: ¡mis barriletes! “No, Iván, ¡¡¡nooo!!!”, la madre le retiene y siguen corriendo a la casa de la estación. “¡Vamos, Iván! Está Juan”. Iván mira hacia la estación de tren, corre hacia Juan, su mejor amigo, con el que construye los barriletes. Llegan agitados por la emoción y por la marcha. Se sientan alrededor de la mesa. Iván llora por los barriletes quemados, Juan lo consuela. Don Solís, padre de Juan, sale y vuelve a entrar, diciendo que los muchachos de la FEUU están prontos para llevarlos a la frontera. Se abrazan llorando, Juan le da a su amigo un libro de Julio Verne, lo abraza al decirle “no llores, vas a volver, vamos a seguir el juego de preguntas, construiremos barriletes, iremos a pescar, miraremos la luna hundirse en el horizonte, no llores”.

Iván reconoce la casa por las fotos que le muestra su madre, busca en la mochila el libro que le ofrece su amigo al despedirse, busca en su

memoria su rostro, el de Juan, nada... Se estremece de presentimientos, toca tierra feliz, vuelve a subir hasta que las alas aletean en vuelo rasante, se deja llevar, da una vuelta. Más allá, descubre el pueblo oculto por los árboles. La vieja estación del ferrocarril, los postes de señales, las vías que se hundan y reaparecen

—¡Como en el sueño, como en el sueño! ¡Como en el sueño!  
—grita, feliz.

Entonces, se une a una ráfaga de viento, regresa a la loma que sostiene su casa. Se libera de las correas que lo aprisionan, camina tambaleante, se tira en el pasto, despierta cuando el sol está alto, el calor murmura en sus orejas, se levanta, sacude los brazos, espanta las moscas que lo sacan del sueño.

Atrás de la casa, ubica un lugar para guardar las alas. Las arrastra, un vientito en contra lo aferra más a las correas. Aquí me quedo, le dijo a las alas, no me inviten a volar, me quedo aquí, voy a buscar el... sus pensamientos se interrumpen por unos gritos.

Abajo, en el camino, alguien corre.

Arrastra las alas, se acerca al borde del camino, pregunta:

—*Vous avez besoin de quelque chose.* ¿Necesita ayuda? ¿Qué le pasa?

La persona que corre se da vuelta a mirarlo y grita más aún. Iván Álvarez no entiende, camina hacia el galpón para guardar las alas.

—¿En qué idioma hablé? ¿El hombre se asustó al verme o al ver las alas?

En el pueblo de la vieja estación, Juan Solís se despierta, intenta recordar algo, escucha, le parece un motor, ¿estoy soñando?, se pregunta. Luego, se vuelve a dormir.

Al amanecer, se levanta, abre las ventanas, es una costumbre, explica una tarde en el bar, levantarme antes de que salga el sol y abrir las hojas de la ventana con los dos brazos. ¿Por qué los dos brazos? preguntan en la mesa. Porque la ventana tiene dos hojas y... En ese momento, se interrumpe Juan, nadie entiende el gesto de abrir los brazos y a nadie le importa ni les parece un milagro la salida del sol. Es algo suyo que no vale la pena explicar. Sí, se dijo, es mi rito. Siente cómo sus brazos se estiran sujetos a las hojas de la ventana como alas desplegadas al amanecer. Cierra los ojos y aspira, se llena de la humedad perfumada del campo, espera la salida del sol.

Esa mañana solo quiere rescatar los sueños de la noche. No piensa en la rutina de la mesa del bar. Es una mañana diferente, no sale de la casa hasta la tarde.

Esa mañana, se sumerge en su vida y escribe:

*Cerca de las Sierras. Bajo la bruma de la sinrazón, sobrevive mi pueblo....*

*El cierre del Ingenio Azucarero trajo dolor, rabia, impotencia a la región. Se cierra la estación del ferrocarril, un día el tren se fue y no regresó. Se cierra la escuela, dónde estudié. Se cierra el Almacén de Ramos Generales. Se cierra el club, donde se hacían los bailes. Se cierra la estación de servicio. Se cierra la tienda. El colectivo interurbano deja de pasar. Queda el pueblo: la canchita, la plaza. El asfalto de la calle principal, se puede decir que el asfalto está cuando llueve. Y estamos nosotros, los grandes, los que quedamos atados a nuestras casas, al sillón de los sobrevivientes. Creo que no nos animamos a volar, por eso nadie nos reprocha nada, no hay nada nuevo, todo igual. Ellos, los hijos del pueblo, no creen en milagros, lo abandonan, a veces vienen de visita, de paso a lugares más pintorescos que este, “El rincón del pasado”, se burlan, por aquí no pasa nadie, ni turistas ni vendedores. Nadie. En la autopista, no está el cartel que anuncia nuestra estación, es como si el camino hubiera desaparecido. Y nos quedamos jugando a las bochas, al truco, Sergio se aguanta, no cierra el bar. Una vez por semana, trae el diario que pagamos entre todos; en el verano, jugamos a las bochas, viene gente de las chacras a caballo y se pone lindo, aunque las mujeres se quejan de los borrachos. A mí me hubiera gustado... ¡tantas cosas me hubieran gustado! Cuando leo a Julio Verne, sueño con subirme a esas extrañas máquinas voladoras.*

*Con el golpe de Estado, el ingenio se cierra. Allanan la casa del administrador en el momento en que están reunidos varios obreros con los delegados del sindicato.*

*Los suben a los autos a los que se resisten, los ametrallaban allí mismo, utilizan lanzallamas, matan hasta los perros. La señora del administrador logra escapar, se esconde en un galpón, espera a que se vayan y corre a la pradera donde Iván, su hijo, remonta barriletes. Los hacíamos juntos, recuerda Juan, en un lugar del galpón; luego, los colgábamos del alambre que pusimos a ese fin. Yo no estuve en ese momento, ese año iba al liceo de tarde... a Iván el vuelo de los barriletes lo salvó del horror, pensé esa noche, cuando nos despedimos.*

Juan deja de escribir, llora, llora a los gritos. Recuerda los barriletes que construye con el niño y que atan al alambre. Antes de correr a la pradera a remontar los más grandes y coloridos, imagina a su amiguito ver los barriletes retorcerse, envueltos en llamas. Luego... la despedida a ese amiguito..., la última vez que lo ve alejarse abrazado a su madre...

Juan sale al patio, da unas vueltas, regresa. Continúa escribiendo:



*La dictadura, crisis, el tren deja de pasar. A mi padre, jefe de la estación, lo dejan que siga ocupando la casa cuando se cierra la estación. Finalizo el secundario, voy a la ciudad a estudiar, vengo los fines de semana, a veces, en esas visitas, me encuentro con gente en la casa, son reuniones clandestinas, le dicen los padres. No estuve en el pueblo ni cerca de mi padre cuando lo dejaron cesante del ferrocarril, me recibo de profesor de Historia. Me quedo en la ciudad. Mi madre me visita de tanto en tanto. Me entera de hechos que, en realidad, están lejos de mi vida, el pueblo ha quedado lejos. Aquí, en la ciudad, tengo un buen trabajo, me enamoro, con ella hacemos proyectos, pensamos casarnos, viajar, hasta que reacciono cuando mi padre se suicida. Una noche, se cuelga del poste de señales. Como no vino a dormir, mi madre se asusta y piensa en el secuestro de tantos ferroviarios o que se ha quedado en el bar, a veces lo hace, sufre la situación política, todavía no ha cobrado la indemnización, hace changas, espera también que, en cualquier momento, le pidan la casa, eso lo deprime, se hace adicto a la bebida.*

*Regreso al pueblo, mi madre me cuenta que esa madrugada unos vecinos lo encuentran colgado, salen a avisarle a los gritos que ella no entendía y comienza a correr con ellos hasta el poste de señales, donde lo ve suspendido. Mi madre, entre sollozos y gritos, me toma del brazo y me lleva hasta el lugar, se levanta viento, mi padre se balancea allá arriba. En el poste de señales, el peso de su cuerpo mueve la chapa dando paso quién sabe a qué tren invisible, o tal vez mi padre está dando señales misteriosas. Los vecinos, mudos, la mirada prendida allá arriba, me puse a mirar yo también, llorando de impotencia... estaba azul como su uniforme de señalero, con el que seguramente se vistió antes de dar la última señal, porque tenía la gorra puesta. Quedó hasta la tarde cuando vino la policía, los militares y el forense.*

*—“Miren la escalera contra el poste, estaba decidido, dijo el comisario, se soltó sin patearla, eso indica su determinación de quitarse la vida”—le explica al periodista del diario.*

*Después del suicidio de mi padre, decido abandonar la ciudad, regresar al pueblo. Comienzo a trabajar en la escuela secundaria del pueblo vecino, hago 15 kilómetros por día, ida y vuelta, en mi motito que, en realidad, es la de mi padre. Esa escuela está a un paso de cerrarse, se mantiene con pocos alumnos y algunos adultos que quieren terminar el secundario. Mis compañeros de la ciudad, mis amigos, nadie entiende mi decisión de quedarme en el pueblo, me ofrecen horas de cátedra en el colegio de los maristas. No acepto. Mi novia no me quiso acompañar. Te vas a arrepentir, después va a ser tarde para volver. Discutimos, lloramos. Una noche,*

vino feliz y me muestra la aceptación de la beca de Amnesty Internacional con el pasaje. Allá, en Europa, voy a poder hacer algo por los presos y los desaparecidos, aquí corro peligro, la felicidad de mi novia confirma mi voluntad de regresar al pueblo. Ella quiere hacer algo por ellos, los que dieron su vida para que las cosas cambien, aquí nadie escucha. La última vez que nos vimos fue en la despedida que le hicimos todos, colegas y amigos, después fuimos a nuestra casa llena de huecos, apenas el colchón y cajas y valijas y más cajas. No pudimos hacer el amor, estábamos vacíos, como las paredes sin cuadros, sin fotos, sin... no pudimos, ella lo intentó, yo no pude, yo me entregué al abandono, como mi pueblo, como las vías ocultas de malezas esperando que alguien, sin saber cómo ni por qué, les devuelva la vida, o tal vez yo pudiera hacer algo que aún no sabía...

Cuando salgo del aeropuerto, llueve, el avión atraviesa las nubes y desaparece la cara mojada de lluvia, de llanto. de impotencia por no poder vencer los lazos que me atan al pueblo. Sin embargo, en el fondo de mí, una sensación de contento, un presentimiento de que algo bueno va a ocurrir. Me tapo los oídos con las dos manos, cierro los ojos. El dolor de la separación, la muerte de mi padre, el pueblo, las vías sin tren, todo se sumerge en las nubes. El dolor vuela ya en ese enorme avión.

No vuelvo a enamorarme, nos escribimos hasta que, sin darnos cuenta, las cartas de ella se convierten en tarjetas postales que no puedo contestar. Mi paisaje, siempre el mismo. Sueño con ella, con la mujer, con el amor...

Nunca hice un viaje en avión. Lo que hago es correr como cuando era chico, corro, si hay viento mejor, trote entrecerrando los ojos, me imagino tener alas, las enormes alas del dibujo del libro de Julio Verne.

Ahora, me doy cuenta cómo nos aislamos de todo, hasta del otro pueblo. Nos une una ruta vecinal que se desdibuja bajo las retamas. En el verano, las abejas se adueñan del perfumado y, ahora, amarillo camino.

Pese a todo, la vida está, los recuerdos están, nadie puede olvidar lo lindo que fue este pueblo. Aunque parezca mentira, esperamos, seguimos esperando. Las vías, las vías. Me acuerdo, de niño, el silbato del tren de carga que se metía en mis sueños. Sentado en la cama, mirar la noche, imaginar las luces del tren que se alejaba con su agudo silbido. Soñando que me voy a lugares fantásticos, desconocidos.

Cuando pasaba de día, se abrían las ventanas y las puertas de las casas para saludar en amistosos gestos.

El silbato del tren fue el soplo benigno que me sostuvo después... cuando las puertas y las ventanas de las casas se cerraron, algunas para siempre. Los campos abandonados, cubiertos por la maleza. Cerrado el

*ingenio, no se cultivó más la remolacha azucarera... En las noches, se escuchan disparos. El silbato del tren se ahoga con el aullido de las sirenas.*

*Cuando fallece la abuela. El tren fue un grito en la noche. Los amigos dicen que la abuela presagió los hechos en la casona. El administrador, el sindicato, los obreros, los comerciantes se negaban al cierre del Ingenio, será la muerte del pueblo, de los cultivos de remolacha. La gente de arriba hace trámites, viajan, escriben, hacen reuniones, todo para que no se lleven el tren. Los de abajo, los del pueblo, ponen el hombro hasta las vidas. Por defender los cultivos de aquí, solo yo quedo, balbucea la abuela, los pocos que me acompañaban de arriba ya no están... Al llegar a ese punto de la historia, la abuela se calla y se va a la huerta, se aleja a llorar.*

*Es por eso que el hilo de la historia se corta. Mi abuela se fue con el dolor de imaginar las muertes atroces de los compañeros bajo la tortura... Nos quedan las vías por si algún día... Las vías están, aunque no las veamos. Si sacamos la maleza, brillarían como antes, pero mejor tapadas, así duelen menos.*

Juan Solís guarda el cuaderno y sale. ¡Basta de escribir, mejor me voy al bar!, se dijo. Después del truco, se conversa. Si ya van seis suicidios con el de su padre, bueno, la gente se cansa, ¿de esperar? Sin embargo, seguimos esperando, ¿qué esperamos?, ¿si un día llega? Piensa en el momento en que escucharon gritos. Se levantaron al mismo tiempo. Algunas sillas caen ahondando los llamados desesperados que bajan por la calle. Salen, el cuñado de Sergio viene corriendo como si hubiera visto al mismo diablo, lo detiene con los brazos abiertos. El impulso hizo que se cayeran.

—¡Un hombre con alas! —grita cuando logra pararse—. ¡Un hombre con alas!, ¡alas enormes!

—¿Dónde?

—Cerca de la casona, grita, algo me dijo...

—¿Quién? —le pregunta mientras se sacude el pantalón.

—El hombre de las alas —me contesta agitado. Entonces, empieza a correr, habla a los a los gritos con los ojos desorbitados.

—¡Él me dijo algo en un idioma que no entendí!

Los vecinos lo rodean, las mujeres salen afuera, sin entender lo que pasa. Juan se aleja, sintiendo un presentimiento... en la casona... un hombre con alas... siente la necesidad de estar solo.

Camina como en un sueño, se da vuelta y mira hacia el bar, todos amontonados hablan a la vez. El terror que los invade lo envuelve por un instante, hasta advertir una extraña sensación que lo hizo reír. Da una media vuelta de felicidad. Se está volviendo loco, piensa: “¿qué me pasa?”. Entonces, regresa al bar, todos hablan al mismo tiempo, señalan con el

dedo. De pronto, las mujeres corren a sus casas, el golpe de las puertas y ventanas al cerrarse suena como disparos en el medio día. El cuñado de Sergio, cuando se ve solo, corre a encerrarse él también. Sergio vuelve al bar y Juan empieza a caminar hacia la canchita, lo hace por la calle de atrás.

Las alas de su infancia vuelven a él, un ronroneo feliz lo invade. Se sumerge en el calor de la siesta surcada de nubes y bandadas de aves. Se sienta a la sombra; cuando despierta, el sol se está yendo. Entonces, se levanta de un salto, sin saber qué hacer. Regresa a su casa. Da vueltas, intenta seguir escribiendo, los gritos del cuñado de Sergio: ¡un hombre con alas me da vueltas!, no se concentra, piensa en ir al bar, en realidad su deseo es ir a la canchita, subir la loma donde está la casona. Ya la noche cayendo, sale, corre a la canchita, tal vez corre hacia la maravillosa embriaguez del amor, se detiene a respirar cuando ve una sombra, cierra los ojos, siente alguien a su lado, el corazón le late en el cuerpo; al abrirlos, ve una sombra rodeada de estrellitas, desde la oscuridad dijo algo que no alcanza a escuchar. Se tapa la cara con las manos, sin mirar, no sabe, escucha unos pasos que se alejan.

Regresa al pueblo, no pasa por el bar, quiere estar solo. Esa noche no puede dormir, busca entre las cajas de libros, cuadernos, agendas, cartas. Busca regresar al pasado o recuperar a ese niño que sueña con las alas de Julio Verne.

A partir de ese día, la canchita fue el paseo obligado de los habitantes del pueblo.

Las famosas clas no se ven, la casona está como siempre, cerrada, nadie advierte los ojos del visitante en el altillo de arriba del galpón, tampoco nadie se atreve a acercarse demasiado. La noticia de un ovni atrajo a la gente de la ciudad, aunque salió en un solo diario. La curiosidad dura poco, queda en el olvido, sea porque no se pudo ver, sea porque comienza la lluvia.

Los del pueblo saben que algo pasa, solo nosotros lo sabemos.

La casona abandonada tiene luces, pero no luces de electricidad, una luz blanca en la ventana de arriba, abierta, de lejos se la puede ver. Nadie en el pueblo se anima acercarse a la casona desde que sucedió aquello.

El veneno, dijo el médico, puede estar todavía en el piso y las paredes, algunos comentan que, cuando viene el viento norte, trae olor a muerto. Eso pasó... hace tanto, ¿cuánto? Se pregunta Juan.

Camina por el patio, entra y sale de la casa, se para frente al espejo del comedor y se burla de sí mismo. Yo, el profesor de Historia, el que regresa al pueblo para hacer algo por la gente, sin poder revivir a los que no

están, ¿qué hago? El tren no pasa más. Recuerdo el suicidio de mi padre... recuerdo su vida en la casa de la estación, sus amigos. Iván, el amiguito de los barriletos. ¿Dónde estás? —gritó—, ¿¡dónde están!? Y ahora me vienen con la historia del extraterrestre en la casona. La curiosidad por conocer al extraño personaje con alas hizo que retomara los cuatro kilómetros diarios de trote. Es hora de que entrene, comentó en el bar, ¿cómo voy a tener miedo a una persona con alas? Si tal vez no existe. Anoche... Anoche, es cierto, ¡alguien, en el camino de la casona! Juan sale. Sergio, en la puerta del bar, lo mira: se viene la noche para el deporte, dice sonriendo, es la hora del truco... Luego paso, voy para allá, para la canchita. Juan comienza a correr, se aleja del pueblo, cuando alguien se le pone al lado a la misma velocidad; Juan lo mira de reojo, piensa, ¿quién será? En el pueblo, se conocen todos, hasta a los parientes de los vecinos. Al llegar al sauce, se detiene. El visitante sigue, corre unos metros, al darse cuenta de que está solo, mira para atrás. Juan lo observa, se seca el cuello con un pañuelo, recomienza el trote, alcanza al visitante y lo saluda; él responde con un murmullo. La noche se abate sobre el camino. Juan necesita regresar, algo lo retiene al lado del extraño visitante. No sabe por dónde comenzar, el deseo de saber le impide ordenar sus pensamientos, hasta que el visitante, en castellano afrancesado, pregunta:

—¿Usted es de aquí?

—¡Sí, sí! —se sorprende Juan—. Sí, nací aquí y aquí sigo, a pesar de que, en el pueblo, ya no hay nada, ni escuela, antes...

El visitante lo interrumpe:

—Yo estoy un poco perdido, es la primera vez que vuelo por esta zona; yo también nací aquí, me dijo mi madre, yo no tengo recuerdos, vengo a buscarlos.

Juan se para en seco, lo mira, contiene el llanto, lo saluda; dando media vuelta, prácticamente huye.

—¡Es Iván, es Iván! —grita, hasta que llega al pueblo, entra a su casa y cierra con llave, cosa que no hace nunca.

Al día siguiente, sale más temprano, la curiosidad es más fuerte que su miedo, allí está, cuando lo ve, se acerca y trota a su lado, Iván dice:

—¿Qué le pasó ayer? Se fue así de...

—No, nada, me acordé de que tenía algo que hacer, disculpe —se apresuró a responder Juan.

—¿Usted sale todas las tardes? —preguntó el visitante

—Sí —se apuró Juan a responder—. Todas las tardes — miente.

—¿Sabe? —continuó—, me parece que me voy a quedar por un tiempo en la zona, me parece un lugar tranquilo.

—Bueno, como le parezca —responde temblando Juan.

Iván continuó:

—Sí, tal vez este lugar me ayude a encontrar lo que busco.

—¿Cómo? ¿Así que ha perdido algo y lo va a buscar aquí? —Juan se da cuenta de que Iván no lo reconoce, solo recuerda el lugar, algo le pasa al amiguito de la infancia. Unas ganas locas de ayudarlo agitan su corazón.

—Busco un estado —continuó Iván (aquí comienza a hablar de su estado de amnesia, que quedó registrado en su memoria de niño)—. No sé si usted puede entender, necesito encontrar el estado... Juan recuerda los juegos de preguntas y respuestas de cuando eran niños y se decide a jugar como antes.

—¿El estado? —repitió extrañado Juan—. Comencemos un juego, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Iván Álvarez y estoy desesperado por... ¡un juego! —repite— ¡Un juego!... ¿y vos?

—Me llamo Juan.

—Juan —repitió Iván—, mi madre me dijo que en este lugar vive un amigo de la infancia, no me acuerdo el nombre, tal vez lo haya anotado, ha pasado tanto tiempo... —Iván grita— Busco, busco, buuu... —se para en seco— ¡Necesito estar! Dale, Juan, ¡vamos a jugar!

Juan pregunta:

—Necesita estar, ¿dónde? ¿en una Nación organizada políticamente? —Juan se siente bien más que bien, le parece que el juego comienza.

—Usted se cree que yo puedo sacar del estado salvaje al pueblo y volverlo educado. Ja. Ja. ¡Ja!

Juan camina con la cabeza gacha, observa de reojo al amigo de la infancia.

—¡Clamo por estar! Mire, yo comparto mi necesidad con usted, estoy solo y no sé cómo pude llegar hasta aquí, participo de un club de parapentistas, un amigo me quiso acompañar, no quise, me marcaron la ruta a seguir y el lugar y llego hasta aquí, no sé si por el GPS o por seguir a mi sueño, estoy aquí, con mis pesadillas... Vengo de lejos, de Francia. Dije a mis amigos del club que, al encontrar el lugar, la casa de mi infancia, que no recuerdo, pero, según el mapa y la foto es esta, y luego regresar al club. No sé por qué no me puedo mover de este lugar, es como si quisiera regresar al olvido...

Juan se da cuenta de que se alejan de la casona cuando Iván comienza a correr gritando:

—¡¡¡Busco estar, estaaar!!!

Juan lo llama.

—Venga, amigo, que sigue el juego, no entiendo lo que dice: esa cuestión de estar, ¿se refiere al verbo copulativo?

—Yo no hablé de copular —se agitó.

—Disculpe, ¿quería saber si su necesidad era circunstancial o pasajera!

—¡Ah! ¡Las palabras! ¡Copular! ¡El amor! Me recuerda a mi amor, Ana, ¡por ella estoy aquí! —deja de trotar y parece que habla solo hasta que se da cuenta y recomienza el trote—. Busco el estado, Ana me dijo que aquí encontraría lo... —se interrumpe. Se mira las manos— Siento algo en mis manos, algo se tensa. Algo asciende —grita— ¡¡recuerdo el barrilete, los barriletes!!

Juan se sienta al costado del camino esconde la cabeza entre los brazos, Iván regresa y se sienta a su lado.

Se quedan los dos, uno junto al otro, en silencio. A veces, estremecimientos sacuden las espaldas arqueadas, de vez en cuando levantan las cabezas siguiendo una nube, otras sonríen al vacío con un gesto bobo. Juan se levanta, espera a Iván, como quien espera a un compañero de viaje. Iván mira a Juan con los ojos brillantes y le dice:

—Me doy cuenta de que tenés a alguien en tu corazón.

Juan lo mira en silencio. Sí, ese alguien es ese niño que antes fuiste y que quiero que recupere la memoria, piensa. Sin embargo, no dijo nada. Sigue con el juego de preguntas.

—Tal vez, Iván, buscas el estado de agregación...

—Es posible que usted comience a entender, ya que el estado que busco tiene que ver con la cohesión de las moléculas

—¿Estado sólido, tal vez?

—¿A usted le parece que el Estado es sólido? ¿No le parece que estamos en estado de alarma? ¿Que la situación mundial está declarada oficialmente de grave inquietud para el orden público, que implica, en algunos países, la supresión de las garantías de vivir donde los ricos tiran con misiles y los pobres se defienden con piedras? ¿De qué solidez me habla usted?

—Es difícil, si te parece, mañana seguimos —sin darse cuenta, lo tuteó—. Se me hace tarde, me voy. Juan se toma la cabeza y piensa: me parece que estoy soñando....

—¡Difícil! —gritó al mirar a su alrededor para orientarse.

Juan lo sigue con la mirada. Sube la loma a los saltos como cuando era niño. De pronto, siente miedo.

—¿Podré ayudarlo? ¿Y a mí quién me ayuda? No puedo comentar el encuentro con Iván, todavía no, soy profesor de Historia, los dos

necesitamos un psicólogo —se da cuenta de que está hablando solo cuando llega al bar.

Es la primera vez que va al bar sin antes haber pasado por la casa a bañarse. Saluda, secándose la cara con el brazo. Los que están jugando al truco intercambiaron miradas de asombro. Sergio no supo si servirle lo de siempre o... Juan da media vuelta y sale. Sergio levanta los hombros, qué bicho le habrá picado para entrar al bar después de correr. Alguien comenta que nunca lo había visto así, otro recuerda que, cuando regresó al pueblo y consiguió 20 horas cátedra en el colegio, vino al bar de mañana. Parece que el hombre con alas le cambió el horario a Juan... Así, en el pueblo, la irrupción de Juan en el bar dio qué hablar. Al día siguiente, escuchan cuando Juan regresa del liceo, sale sin saludar.

Mientras tanto, Iván camina hacia la casona; no lejos, queman malezas, de vez en cuando las llamas ascienden, chisporrotean. Iván se queda quieto contemplando ese espectáculo de fuego, “érase como eran las mónadas de mi hogar lejano”... recuerda al poeta (Montaigne)... desde el horizonte, la fogata se refleja en las ventanas de la casona... las mónadas del hogar, las llamas se adueñan de las ventanas de arriba y crecen vertiginosas arrastradas por el viento, entonces, recuerda a Giordano Bruno y el humo, como un incienso sagrado, lo envuelve. Entonces, grita, con un grito de alumbramiento, recuerda ese lugar envuelto en llamas hasta caer desmayado. Juan, que llegaba a encontrarse con su amigo, lo ve de lejos, corre hacia él.

—¡Ayer vi una fogata en el campo vecino! —grita Iván, abrazando a Juan que lo toma de los hombros.

—¡No, Iván, ayer no, hoy! Ahora están quemando maleza —Juan se levanta, le da la mano, Iván da unos pasos. Juan le dice:

—Amigo, el recordar duele mucho, sin embargo, hace bien recordar.

Caminan en silencio hasta el sauce, se sientan. Juan intenta intelectualizar ese momento doloroso para Iván. Nombra a Giordano Bruno... “La física cuántica”... Hace 400 años, fue atado a una estaca, amordazado y quemado vivo en público en el centro del campo de Fiore en Roma, no muy lejos del vaticano, tenía 52 años y era culpable de haber escrito que el Universo es infinito, que la estructura del átomo es la misma en cualquier planeta y que todo está en constante cambio. En ese momento, Iván grita, logra recordar cuando ataron a su padre y prendieron fuego a los barriletes. Los amigos se abrazan llorando. Iván se desprende del abrazo y, sonriente, como repitiendo una lección, agrega:



—Él sostuvo que todas las cosas orgánicas como inorgánicas están compuestas por mónadas que son las unidades últimas de la realidad. ¡Mi realidad! —grita Iván.

Juan continúa

—Sí, es una costumbre, queman la maleza y después pasan la disca —explica, como si todo lo anterior no hubiera ocurrido.

Iván continúa:

—A mí también la historia de Giordano Bruno me altera, ¡tanta injusticia! Me lo imagino sufriendo en esa cárcel sin tener nada para leer, sabiendo, además, que le quemaron la obra.

—También sé que, en esos momentos límites, hay una fuerza... una fuerza —repitió Juan—, sí, se siente una fuerza capaz de sobrellevar lo peor.

—Es en este lugar que hubo fuego, recuerdo y me duele el ayer, siento la necesidad de recobrar el estado. Estoy desesperado.

—Entonces, se me ocurre al verte así...

—¿Así cómo? —lo interrumpe.

—Se me ocurre que el estado que busca es un estado de ánimo que no tiene que ver con el estado sólido, líquido o gaseoso.

—¡¡¡Síiii!!! —grita— ¡Todo tiene que ver con la materia! ¡Lo pierdo, lo pierdo! —solloza, se seca la cara con el brazo, grita otra vez— ¿Sabe? A veces pienso que usted me busca pelea, como cuando era chico.

—¿No me diga que busca el estado de guerra? —le dice para desdramatizar el momento.

Iván se para en seco, luego corre con el apuro de alcanzar algo. Agita los brazos.

—El olvido, el olvido, ¡el olvidoooo! Siempre el olvido, el olvido...

—¡Pare, no corra tan rápido, mire cómo se agita, pare! ¿Qué tiene que ver el olvido?

El juego se transforma en angustia, Juan solloza, regresa por un instante al pasado, el llanto le inunda la cara, se da vuelta, lo mira y le dice:

—¿Qué tiene que ver con el estado que busca? La vida es así, hay que aceptar —en realidad, se lo dice a sí mismo.

—¡La resignación! Usted definitivamente no me entiende, yo no me resigno, yo no lo entiendo, usted llora.

—Usted me hace llorar.

—¿Qué le pasa? Parece que hubiera visto algo que le dio mucho miedo o me equivoco, yo no quiero pelear, siempre me llevé bien con la gente, en realidad siempre estoy rodeado de gente, multitudes que impiden caminar, respirar, es por eso que me largué y aterricé aquí, solo en busca

de mi ayer... y estoy contento por haberte encontrado. Los encuentros para mí son misteriosos, uno se encuentra con alguien sin saber por qué y después el encuentro se llena de una luz muy especial...

—Sí, una luz... una luz —repitió.

Se sientan, primero Iván se acuesta, con el brazo tapa sus ojos, Juan lo observa, por sus mejillas corren abundantes lágrimas, el también hizo lo mismo y, como si un hechizo los envolviera, también Juan siente involuntarias lágrimas empapando su rostro. Se duermen. Las lágrimas formaron charquitos alrededor de sus caras ocultas.

Cuando Juan despierta, escucha a Iván:

—Una red invisible, una gran urdimbre donde se tejen los encuentros.

Juan continúa:

—Nada es casual, los encuentros se tienen que dar para continuar el tejido de la vida.

Los dos habían tenido el mismo sueño y hablan en un diálogo misterioso. Se imaginan una gran red girando con el planeta Tierra, a veces la red se rompe, otra se llena de sangre. Así, la red, desplegada ante sus ojos atónitos, muestra rajaduras donde se pueden ver las caras del hambre, la injusticia y el dolor. Entonces, Juan se pone de pie de un salto, en un intento de regresar a la realidad, y dice:

—Creo que estás en un estado de necesidad, también una necesidad de alimentarte, estás muy flaco. ¿Comés?

—¿Comer? ¡Seguro! Como cuando viajo, cargo en la mochila latas.

Juan, en broma:

—¡Come latas!

—Sí, ¡latas! ¡Atún, sopas, arvejas! —bromeó Iván—, pero también ensaladas y como ensaladas de achicoria del campo o algún otro yuyo.

—Volvamos a su problema, su estado de necesidad.

—Ajá, mmm... yo creo que me encuentro en grave peligro.

Juan no sabía si salir corriendo o quedarse, aunque más que miedo era impotencia lo que sentía. Además, ser testigo del regreso del hijo del administrador del Ingenio, ayudarlo a recordar sin ser erudito en la materia, solo amigo, compañero de la infancia, recordar por cariño con el temor de que no se arme el avispero en el pueblo y sea contraproducente para Iván.

Juan siente que ese encuentro no fue casual, cuida al encuentro como una piedra preciosa. “Su pena se parece a la mía, ¿por qué pensaron en el pueblo en un extraterrestre? ¿Por qué, en el pueblo, no se habla más de lo que vio el cuñado de Sergio? ¿Por qué no me preguntan sobre mis salidas a correr cerca de la casona? Iván tuvo una gran pérdida y acaso yo, yo también se puede decir que perdí todo. ¿Qué es, si no, este estar en medio

de un pueblo que muere de muerte lenta? Hacemos de cuenta que todo está igual y no. ¿Y mi gran amor? Me dan ganas de atreverme a volar de aquí y también buscar desesperadamente el estado perdido”. Piensa en la gran urdimbre.

Iván habla solo:

—Sí, es un peligro, es la intuición del peligro, es el temor lo que nos salva. ¿Cómo reconocerlo? Después... al menos para mí estar así, sentirme así como me siento...

—Entonces, tal vez yo te pueda ayudar. Tu necesidad es, por lo visto, de urgente resolución.

—Por eso busco el estado, estoy obligado, aunque no lo crea estoy en infracción de la ley.

—¿De la ley? ¿De qué ley?

—Tal vez sea para usted una ley desconocida.

—¿Las leyes de ustedes tienen números?

—¡Claro! Las mías, las suyas... Por favor, no se me haga el difícil.

—¡Ah! ¡Las leyes tienen tantos números!

Iván se para en seco:

—Adiós, siga usted corriendo o caminando, haga lo que quiera.

Se sienta en un reborde del camino, solloza con la cabeza oculta en las rodillas, Juan se sienta a su lado, levanta el brazo y el gesto de ternura queda suspendido. Iván voltea el rostro hacia él.

—¡Vaya! Déjeme solo —dice Iván—, es un dolor que pesa en mí, me cubre completamente y me duele aquí, en esta inútil... inútil... cosa. ¿Dónde estoy?, ¿dónde está?, ¿dónde? —se para de pronto— ¿Quién es usted? ¿Por qué intenta... por qué me hace preguntas?

—¿No se acuerda? ¡Míreme! Soy el que corro por el camino. Fue usted el que me paró, fue usted el que se acercó y me dijo de su necesidad de estar. Del estado que busca, de su desesperación de estar... de encontrar el estado... usted, ¿me reconoce?

—¡Váyase! ¡Váyase!

—¡No se ponga así! Yo solo trato de ayudarlo. Retomemos, ¿de qué hablábamos?

—Le dije que estaba en infracción de la ley y usted me salió con números.

—¿Entonces?

—Es otra la ley que temo...

—¿Tienen otra ley?

—Usted debe estar enfermo, se pone pálido de pronto y me interrumpe.

—Perdone, siga por favor.

—Es otra ley, es, en realidad, la ley de todas las leyes. No tiene números —de deja caer sobre el camino y rueda como un niño, dice: ondas, ondinas, glicinas, lunas, veranos, aves. Se para tambaleante y se acuesta otra vez con una mano bajo la cabeza. Repite:

—Aves, árbol, otoño, montes, raíz, abejas, ovejas, invierno, fuego, primavera, savia, sangre, ondas, río, mar, arena, moléculas, puntos, puntitos, mónadas, ¡ah! ¡Ah las mónadas de mi hogar lejano! Las mónadas de estar en el estado, ellas y el fuego con sus llamas y las llamas con su lumbre y las brasas crepitando, como rojos caballos galopando al calor de nuestro amor. Y ella, el amor de mi vida, ella y sus ojos siguiendo mis pasos, mis pasos que caminaron, luego corrieron, corrieron como locos hasta levantar vuelo y sus ojos que estaban prendidos a mi carrera, sus ojos y yo, nos perdimos atrás de una nube que ocultó el sol, entonces supe de la sombra... y las sombras me envolvieron...

Juan se sienta junto a Iván. Este, lejos en sus recuerdos, dice:

—Entienda el peligro que corro, ¡entiéndalo! No puedo evitarlo, para encontrar el estado que para mí es de urgente necesidad, estoy obligado a transgredir.

—Mmm, mmm —murmura Juan—. Usted me recuerda el estado de sitio donde el orden se logra en el desorden, como si el desorden fuera la guerra y no un movimiento natural de acomodación de las cosas nuevas —otra vez se queda callado y piensa en el orden imperante del pueblo limpio, prolijos jardines, horarios rigurosos, el perfecto límite a la maleza, las grietas de las paredes blanqueadas con cal, las enredaderas trepan los techos, ocultan las tejas rotas...

Iván lo interrumpe:

—¿Usted cree que se puede lograr el orden entre una multitud ensordecedora encerrada en cajas metálicas que corren hacia sitios desconocidos?

Juan, pálido:

—Usted me recuerda a un alumno... Siga, siga —repite Juan—, no me haga caso.

—Le digo que usted me confunde con el estado de sitio, en realidad yo estoy sitiado en esta búsqueda.

—Me da la impresión de que el estado que demuestra al caminar o al correr es que le sube la presión, su cara se hincha y le sube la temperatura y transpira a chorros...

—¿Usted se refiere a mí como si en lugar de ser una persona hecha y derecha fuera simplemente un gas?

—Yo trato de ayudarlo.

—Usted se cree que soy su alumno o que le recuerdo a alguno de ellos de su época de profesor, usted se cree que detenta el saber, sin ser noble ni eclesiástico, ni militar. De otra manera, no intentaría resolver mi problema. Usted solo corre, lo conocí corriendo, ¿hacia dónde corre?

—Mmm, mmm.

—¿Por qué nos detenemos? —pregunta Iván—. Usted se puso otra vez pálido. Mejor, en vez de correr, caminemos, además yo también me canso de correr, aunque con usted es más liviano que cuando corro con las alas para levantar vuelo hasta que enciendo el motor...

—Le le le levantar vue... lo. ¿Se está por ir? —Juan espera que su amigo de la infancia no se vaya antes de reconocerlo.

—No tiene importancia, ¿se siente bien? —pregunta Iván— Caminemos como dos personas de clase común y sigamos el juego de preguntas.

—¿Con que ahora hablamos de clases sociales? Con unas ganas locas de correr, como cuando eran niños con la imaginación de levantar vuelo de verdad.

—Es posible —responde Iván.

Juan hace un gesto con la mano, se aleja, una extraña sensación lo envuelve, mezcla de rabia y soledad. Con los ojos llenos de lágrimas, grita:

—Váyase al estado mayor y que los servicios secretos se encarguen de encontrar tu famoso estado. ¡Me cansé del juego!

Iván grita:

—¡Por favor, no te vayas, vuelve! —Juan va lejos, no lo escucha o no lo quiere escuchar.

Juan, esa noche, sueña que está en un balconcito cuando, de pronto, salen dos lunas. Se despierta de madrugada, arrepentido por dejar solo a Iván. Dejarlo así, de pronto, en medio del camino, mira el reloj, debe esperar para volver con su amigo. No se concentra en nada. Busca en la biblioteca el apunte sobre Giordano Bruno y le molesta su propio desorden. Siempre habla del desorden como un estilo; sin embargo, se da cuenta. Es el desorden de la soledad. El lugar que ocupan las cosas, saber que no hay nadie que mueva nada, ni una hoja. Supo, en ese momento, que también él busca un estado. No pasan las horas. De pronto, lo invade un terror, un miedo de no encontrar a Iván nunca más. Entonces, sale, no es la hora señalada, no es la hora de salir de su casa y pasar por el bar, Sergio lo saluda extrañado, mueve la cabeza, presiente que algo pasa, si no fuera porque está solo y no puede cerrar el bar, lo hubiera seguido.

Juan corre hasta el sauce, allí está Iván, recostado en el rugoso tronco. Juan sabe que, al pasar, Iván se pondrá a su lado. Una misteriosa señal, una rutina pequeña que recién nace, lo llena de placer.

Un silencio largo los envuelve, un espacio fecundo cargado de presentimientos, de misteriosas coincidencias. Iván saluda:

—Se fue apurado ayer...

—Y, si... —responde Juan.

—Es complicado recuperar el estado, parece sencillo, por eso es que, para encontrar el estado, tengo primero que recuperar una tendencia.

—¿Una tendencia?

—Síiii, la tendencia que poseemos los organismos vivos...

—¿Seguimos el juego de ayer? ¿La tendencia a qué? —pregunta, al borde de la desesperación, sentándose en una piedra.

—¡A estabilizar las constantes psicológicas!

—Me sigues confundiendo, cuando creo que entendí algo, comprendo menos.

—¿Conoce, al menos, el aparato Homeostat?

—Mmm, mmm. ¡Basta por hoy! Sí creo que he escuchado, buscaré en el diccionario y luego le respondo. Me duele la cabeza, sigamos caminando, ¿o quiere trotar?

—Me abruma usted. Me abruma todo, me abruma, ¡es el caos!

—¡Bien! ¡Es el comienzo! Sintió un comienzo también para él.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Ooooh! Siento que me voy acercando. En el sueño, anoche tuve un sueño, sentí un especial alivio en mi ser y esa exaltación conocida, ¡oh! Gozo, placer, a pesar de la carga que llevaba: el dolor de la incomprensión. En el sueño, escuché voces, una voz, y me reconocí en ese otro... en una mirada especial... mi pesadilla se transformó en sueño.

—¿Yo no seré ese otro?

Iván lo mira con lágrimas en los ojos. Juan no sabe cómo tratar de ayudar a Iván, deseando de veras ser reconocido por el niño que antes fue.

—¡Basta! —grita—, ¡basta! —le grita a alguien que vive en su interior, alguien invisible, se deja caer y se acuesta mirando al cielo.

Juan, casi gritando, dice:

—Me voy, estoy cansado de enroscarme en su inútil búsqueda.

Iván, como un niño, comienza a llorar. Otra vez los envuelve el silencio. De pronto, voces de niños suben por el camino, Iván se levanta, señala la canchita.

—Mire esos niños, ¡están jugando! El estado que busco es como el juego de niños. Es un estado que salva, que redime, que libera al ser. ¡El juego de los niños sobrevive a la muerte!. Los sobrevivientes de un naufragio aferrados a una tabla. Los salvó el recuerdo de su niñez saltando las olitas de la playa o del río. En realidad, yo busco ese estado de sobrevivir pese a... —contempla el juego de los niños largo rato. De pronto, se

da vuelta y busca con la mirada a Juan—. Yo de niño sí jugué, fui feliz, pero también de niño vi el fuego quemando a mi padre y a los perros y las manos de mi madre apretando mis ojos y sentí... ¡fui niño! ¿Qué me puede salvar? ¿Cuál es mi tabla? Sigamos jugando preguntas y respuestas, que de niño jugaba, necesito recordar al amigo... ¿Le gustan los chokolatines? ¿Tiene ganas de comer un bombón?

—Sí —responde Juan, sintiendo la humedad en la boca.

—Imaginemos —continúa Iván—. Va, compra un bombón y lo guarda para más tarde y, ya en la boca, siente la saliva, normalmente la saliva está siempre en la boca, pero solo la sentimos cuando se anticipa un placer como comer chocolate.

Iván continuó:

—Se nos llena la boca de una crema pastosa, suave; al mismo tiempo, olemos chocolate, todo se vuelve chocolate, hasta nuestros ojos se entregan al placer, brillan, se caen los párpados entregados a la dulzura. La lengua recorre el sabor hasta los labios, sube por ellos lubricándolos, con el oscuro néctar que habla de selvas desconocidas, de planetas vírgenes, de árboles sagrados. Lentamente, el chocolate se adueña de nuestro cuerpo mortal y queda en el soplo divino del suspiro donde finaliza el placer, ¡ah, ah, ah, aaaaahh! Es ese el estado que busco, pero sin chocolate, ¿me entiende? Es un antes y un suspiro, un divino estremecimiento.

De pronto, Iván pega un salto, se pone a dar vueltas, como los niños que aman esa sensación de girar y girar hasta sentir que el mundo se desvanece y quedan solo ellos, dueños del cielo y de la tierra. Inmediatamente, se tapa la boca y corre, gira en torno a Juan, que se había quedado parado mirando a su antes pequeño amigo con lágrimas felices en sus ojos. Hasta que Iván se tira en el pasto dando vueltas sobre sí mismo, se levanta

—¡Sigamos jugando! —grita. Luego, pregunta— ¿Nunca pensó en la mordaza?

—¿La mordaza? —pregunta extrañado Juan.

—Sí, la mordaza —dijo, sin dejar de correr a su alrededor

—¿Por qué me salta de un rico chocolate a la mordaza? Cosa fea, la mordaza.

Se quedan quietos uno frente al otro cuando, Iván callado, permanece unos minutos tapándose la boca.

—Si usted se refiriera a un bozal, me haría pensar en caballos galopando por las praderas como en las películas o badal, palabras más suaves, pero ¡mordaza! Vaya, pienso en un trapo tapando la boca a alguien, responde Juan.

Iván, con enojo, contesta:

—Usted siempre interrumpe mis pensamientos

Juan comienza a caminar, Iván lo sigue, diciendo:

—Yo pienso que la mordaza oprime, no deja salir el hálito, el soplo del que hablábamos. Imagínese a usted mismo con un chocolate en el bolsillo y que le pongan una mordaza, ¿qué podría hacer usted con esa humedad deliciosa, con ese anticipo de placer, no ya solo de la boca, un antes de todo, una espera, un anuncio, un inicio? ¡Qué dolor! ¡Qué dolor! Impotencia de exhalar, inspirar, ese movimiento maravilloso como las olas del mar que exhalan, inspiran, se hamacan sobre la arena, se derraman y con los rulitos de espuma, escriben misteriosos mensajes. ¡Menos mal que es imposible ponerle una mordaza al mar! —dijo sentándose en medio del camino, murmurando. De pronto, pega un grito, salta—. ¡Estuve cerca!

Juan, que se alejaba al trote, regresa:

—¿Cerca de qué?, ¿del chocolatín? Pregunta en son de burla.

—Algo así —responde—, estuve cerca, mejor me voy —dijo Iván, caminando hacia la casona—. No sé si esta noche podré dormir, tal vez espere la salida del lucero del amanecer. ¡Te espero, amigo, con el lucero!

Juan se alejó casi corriendo sin dejar de repetir ¡me dijo amigo, amigo! hasta llegar al pueblo, se metió en su casa y no fue al bar.

Esa noche, se despertaba, o lo despertaban los sueños, se encontraba mirando por la ventana enormes estrellas. Entonces, se levantaba, se ponía los anteojos y las estrellas volvían a su estado normal. Así, se dormía con los anteojos puestos hasta que, cansado de soñar o de ponerse y sacarse los anteojos, se vistió decidido a regresar al camino de la casona.

El amanecer pronto se asomaría, total era dueño de caminar, trotar o correr a su antojo. Los horarios los ponía el truco del bar, o el bar mismo, o los vecinos, o me importa un bleo, yo salgo si quiero al amanecer, a la noche o ¿es que me vigilan? Juan hablaba, recorría las habitaciones, se reía de sí mismo al pasar por el espejo de la sala, se sacaba la lengua. ¡Es el caos!, se alegró, se sintió feliz y giró, giró hasta caer en el sillón agitado de felicidad.

Mientras tanto, en la casona, Iván tampoco duerme, algo hay en el ambiente, ¿la luna nueva? Tal vez, o ¿los sueños que ha tenido? Eran tantos que no recuerda ninguno, solo esa sensación maravillosa que le recorre el cuerpo y esas ganas de dar vueltas y vueltas hasta marearse, canta canciones, da vueltas y vueltas, y mueve los brazos y las piernas, en una danza dictada por los sueños y es inmensamente feliz y se prepara para la salida del lucero. Siente que ha recobrado el estado que buscaba y que no tiene que moverse de ese lugar. Pero lo asalta una duda: ¿me dejarán vivir los misteriosos habitantes del pueblo? Si él es como yo, ¡tengo un amigo!



—grita—. No ha habido en la historia gente que vive en una alfombra y deseó vivir en una alfombra, tratar al menos.

Prepara a mochila y sale en busca del lucero. Camina unos pasos, regresa a la oscuridad del altillo. “No tengo que olvidar el sueño, no lo puedo dejar en el espacio, lo puedo perder o quién sabe quién puede adueñarse... ¿dónde quedan, a dónde se van las palabras que no escribimos?”. En medio de la oscuridad, llega hasta la hoja, manotea el lápiz y escribe sin ver, tantea con los dedos el margen de la hoja, pronto el lucero ilumina la última palabra del último sueño. Entonces, Iván se calza la mochila y sale. Envuelto en el murmullo de la noche que se aleja, siente en su cara el rocío, camina dando vueltas, mueve los brazos y pega saltitos como si en el pasto húmedo estuviera marcada la rayuela y él se dirige al cielo, el infierno ha quedado a sus espaldas. ¡Cielo!, grita, salta en un solo pie. ¡El lucero! —recuerda la infancia— ¡es mi amigo, Juan! ¡es él! La despedida en la casa de la estación del ferrocarril lo sacude, se deja caer, mientras Juan sube agitado hacia la casona y se para en seco cuando escucha el grito y él también grita como si esa madrugada hubiera necesitado un grito de alumbramiento. Luego, se dirige a Iván como si toda su vida hubiera transcurrido en ese rincón. Él no lo supo, pero sus sueños fueron iguales a los de Iván y también como él entrega su cuerpo al vértigo de la danza o de la rayuela que, en ese momento, es igual.

Iván se acerca como si hubieran pasado la eternidad juntos y se sientan en un banco del jardín de la casona bajo una glorieta, cuyo abandono fue por un momento bello al sonrojarse por la luz del amanecer. El lucero brilla aún entre las nubes que, como corderitos rosados, se aprietan entre la gasa transparente del humo de los hogares lejanos.

Como si lo hubieran planeado, caminaron hasta el galpón, el chirrido del portón despierta a los árboles y una bandada de pájaros se hunde como el lucero en la mañana. Entonces, la luz descubre las alas extendidas rojas y negras.

—¡Juan, amigo! —grita Iván una y otra vez— ¡Juaaan!

Juan abre la boca en un grito mudo, se acerca y las recorre con la palma llena de secretos de sus manos de hombre. Toca todos sus rincones rojos y negros hasta que se las mira, manos sucias de niño soñador. ¡Las alas! ¡¡Aquí está el secreto del vuelo!! De las alas y del hombre con estas alas. Iván pudo regresar al ayer.

Iván, indiferente al asombro de Juan, se queda quieto junto a unas tablas que hacen de mesa, donde una máquina de escribir y una pila de hojas comparten el lugar con latas y enceres de cocina, levanta la cabeza, sigue con la mirada el rayo de sol que, en ese momento, entra por la claraboya,

da vueltas en una danza de felicidad, da vueltas alrededor de las alas donde Juan apoya la frente. Enlaza una vieja silla en el brazo, la arrima a las tablas que hace de mesa, se sienta, mira el rayo de sol, acomoda la máquina de escribir portátil, saca un manojo de hojas blancas mientras enrosca una y comienza a teclear. Una ráfaga entra al galpón, las hojas se elevan y salen abandonadas al viento, se posan bajo los árboles; en el camino, golpean las ventanas cerradas de la casona y todo renace. Iván se levanta y comienza a correr, Juan lo sigue, salen y entran, cuando se chocan se abrazan y gritan sus nombres. Las hojas siguen saliendo del galpón, Iván y Juan se tiran en el pasto y las miran subir y bajar como barriletes.

Más tarde, fueron juntos al pueblo, entraron al bar. Al verlos, hasta los que jugaban al truco se levantaron al mismo tiempo. Algunas sillas cayeron ante la sorpresa de ese regreso. Ver a Juan con el visitante, como le llamaban en sus conversas. Juan dijo:

—Es Iván, hijo de Vicente Álvarez, el administrador del Ingenio. Nació aquí en la casona, ¿lo recuerdan? Mi amigo de la infancia...

Nadie dijo nada, algunos le dieron la espalda, los más viejos salieron sin saludar. Juan abraza a Iván y salen en silencio. Del exilio, lo que más duele es el regreso, con la pesada carga de ser sobreviviente, aliviada con la esperanza de los reencuentros y encuentros de amigos.



La casa allanada, destrozada, papeles y libros quemados y entre ese caos una hoja de papel es rescatada debajo de un mueble por una mano temblorosa. Un par de versos tímidos se plasman en ese papel y, a partir de allí, la palabra empieza a sanar. Surgen, entonces, los versos salvados. Haber sobrevivido al horror y encontrarse con esa hoja de papel le recuerda a la autora, que escribió desde que tiene memoria, que todo lo que había escrito fue un salvavidas emocional. Empezar a crear con palabras nuevos textos, con la ilusión de que alguna vez lleguen a los ojos de algún lector y le conmuevan el alma, es una tímida ilusión de hacer justicia.



Libro  
Universitario  
Argentino



**UNLPam**  
Universidad Nacional de La Pampa